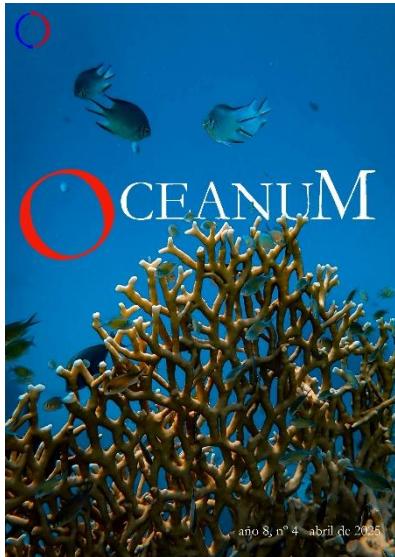


OCEANUM



año 8, n° 4 abril de 2025



ISSN 2605-4094

OCEANUM
Revista literaria independiente
Año 8, nº 4
Abril de 2025

Editada en Gijón (Asturias) por
Miguel A. Pérez García
revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez
Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango
Javier Dámaso
Osvaldo Beker
Pilar Úcar Ventura
Augusto Guedes
Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud
correcciontextosam@outlook.com

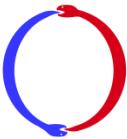
Página web:

www.revistaoceanum.com
Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

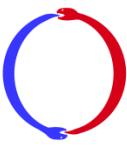


ste mes iba a hablar de Anagrama, del tiro que se pegó en el pie izquierdo. ¿O era en el derecho? No lo sé. Da igual. Ya sabe usted: que si la libertad de expresión, que si la ética, que si la moral, que si la abuela fuma... Sin embargo, el tema de la imagen de una editorial —creo que van a contratar a un restaurador de imágenes o algo así— queda diminuto al lado de la muerte de un Premio Nobel, el único que nos quedaba vivo en las letras hispanas, siempre tan escasas de referentes capaces de competir con la tiranía de lo anglosajón. Ha muerto Vargas Llosa. Es cierto que estaba ya retirado de las letras y que, a medida que se van sumando años, el desenlace que nos espera a todos es más previsible, pero perder a alguien de la talla literaria de Vargas Llosa es una verdadera tragedia.

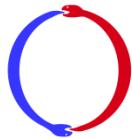
Preso de convencionalismos y mediatisado por los quemalibros, por los que reparten carnets de alma pura (con erre) y por los que se la pillan con un papel de fumar, llegué tarde a Vargas Llosa. Era el malo, el que le había propinado un puñetazo a García Márquez, el facha, así que, medio de tapadillo, me acerqué al manzano de turno y acepté la fruta que me ofrecía la serpiente. Bueno, igual no había serpiente, no me acuerdo. De lo que estoy seguro es de que aún no habíamos cambiado de milenio y no sabíamos lo que eran las redes sociales. Empecé a leer *La guerra del fin del mundo*, uno de esos títulos que abren colecciones semanales, que dan dos por el precio de uno y que, encuadrados un poco mejor de lo habitual, suelen adornar los estantes alrededor de cualquier televisor. Por si viene una visita leída...

Enseguida me adapté al ritmo de la escritura, lento, sin llegar a la foto fija de un mundo estancado y sin esperanza que pintara García Márquez en *La mala hora* o en *El coronel no tiene quien le escriba*. No se sentaba en una esquina a lloriquear las desgracias de la sociedad, a regodearse en el papel de víctima ni a huir a la fantasía para no ver la realidad, una engañifa que solo esconde otra forma de sumisión. Su historia era como un río caudaloso que se encamina sin prisa al desastre de la catarata, al fin del mundo, sin que nadie remase hacia una orilla. Se movía y avanzaba sin dar vueltas sobre el mismo asunto, mientras el lenguaje preciso y envolvente, el dibujo perfecto de lo inevitable y de la estupidez humana, se convertía en una caricatura grotesca que, si de humor se tratase, bien podría materializarse en el cine en *La vida de Brian*. Sí, sí. Son de la misma época y, quién sabe, hasta el filme —un poco anterior— podría haber influido en el libro.

Luego, una vez que quité clichés y etiquetas, vinieron otros libros. *La ciudad y los perros*, *Pantaleón y las visitadoras...*, aún no había escrito *La fiesta del Chivo*. No sé si Mario Vargas Llosa era el mejor escritor en español del último medio siglo, pero por muchos momentos me lo pareció. Tampoco sé de su vida más allá de lo que es notorio ni me importa. Nunca he ido a conocer a mis escritores idolatrados ni a que me firmen un libro. Sigo el consejo de no entrar en la cocina de mi restaurante favorito. Los escritores son humanos, así que mueren tarde o temprano. Sus letras permanecen.



6	La galera	
	Entrevista a Sergio Mira Jordán	6
	<i>Ceniza en la boca</i> , Brenda Navarro	10
	De agitadores y polemistas en la literatura: siempre provocando	13
	El perdón	18
21	Dentro de una botella	
	Epicteto: un día más en el paraíso	21
25	Estelas en la mar	
	Con el poeta Jon Juaristi	25
28	¡Avante toda!	
	Visitando el taller de encuadernación RE_CREA_TE	28
31	¡Tierra a la vista!	
	De los rebaños a los campos: el pastoreo en el este de al-Ándalus durante el siglo XI	31
36	L'imperceptible écume	
	Irina Moga	36
43	Outros mares	
	Algunha vez	43
45	¡Motín a bordo!	
	Demasiado ayer	45
49	Espuma de mar	
	Premios y concursos literarios	50
	Con un toque literario	55
	Noticias breves	57



61 Gran Sol

<i>Historia de la nación Chichimeca</i> (fragmento)	Fernando de Alva Cortés	
	Ixtlilxóchitl	61

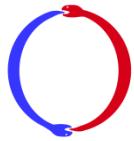
85 Nuevos horizontes

Los cómplices	Osvaldo Beker	86
Pipo	Ginés J. Vera	93
La fotografía familiar (VIII)	Encarnación Sánchez	97
Mister Hyde	Isaías Covarrubias Marquina	102
Diario, déjame proseguir	Miguel Quintana	107

132 Créditos de fotografía e ilustración



Entrevista a Sergio Mira Jordán



índice



Ginés J. Vera

de esos que suelen llamarse un clásico. Las *Meditaciones* de Marco Aurelio. De hecho, algunas de ellas salpican las páginas de *La sombra del océano*, por lo que me gustaría preguntarle acerca de esta afición literaria del protagonista.

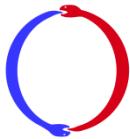
Es una de esas peculiaridades con la que quería caracterizar al personaje. Por circunstancias de la vida, Juárez tiene que pasar unos meses en casa de sus padres y allí se encuentra con este librito (o el libro lo encuentra a él). Está en un proceso de cambio (deja su mujer atrás, su Alicante natal atrás, se enfrenta a un nuevo destino que supone un cambio radical, por la lejanía y por la nueva responsabilidad) y, de un modo u otro, ve en las *Meditaciones* una suerte de «manual de vida». Por la brevedad del libro, que es literalmente de bolsillo, carga con él en los tres días que dura la investigación en la novela y recurre a sus páginas en los momentos de descanso.

Como no podía ser de otro modo, para este mes traigo una entrevista muy marinera, con un océano ya en el título de la obra cuyo autor, Sergio Mira Jordán, me la concedió poco después de recibir el I Premio Alexis Ravelo–Ciudad de Arucas de Novela Negra por *La sombra del océano*. Mira Jordán (Novelda, 1983) es profesor de Lengua Castellana y Literatura en un instituto de Gran Canaria. Además, es novelista, articulista, poeta y compositor, que ha compuesto diversas obras para banda de música o bandas sonoras para cortometrajes. Ha publicado los siguientes libros: *El asesino del pentagrama*, *El repicar monótono del agua*, *El crimen de Alcàsser*, *Bajo las piedras*, *Una extraña en la madriguera*, *Quintiliano, el pedagogo* y *Yo maté a vuestro hijo*.

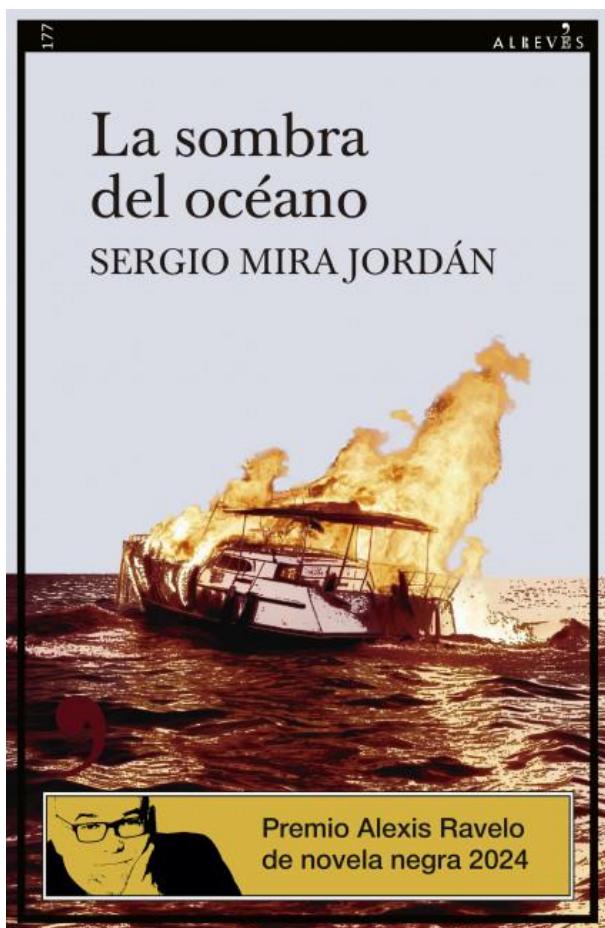
Uno de los elementos característicos de David Juárez, el subinspector que lleva la investigación sobre la que gira la trama, es un libro. Uno

Decía que el principal personaje de su novela es David Juárez, con permiso de Itahisa Calderín, claro. Juárez llega a Las Palmas procedente de Alicante, como nos ha dicho, donde estuvo destinado en la Científica. No creo que sea casual ese guiño peninsular siendo usted de una localidad alicantina, actualmente viviendo, además, en Gran Canaria.

La historia ya me rondaba en la cabeza desde hace años, cuando vivía allí. Es decir, una trama en la que una cámara fotográfica submarina desaparecía tras un naufragio paraemerger semanas o meses después en otra parte y con la clave de un asesinato. Todo eso estaba ahí, pero en un principio ambientado en la isla de Tabarca, que es un pequeño enclave frente a Alicante en el que apenas viven cincuenta personas. Cuando me trasladé a vivir a Gran Canaria, recuperé esa trama y la fui enriqueciendo. La trasladé a Canarias y el paso siguiente, sobre todo para explicar la insularidad sin caer en tópicos o en errores, fue natural: el protagonista debía ser alguien de península que llega a Gran



Canaria. Un pez fuera del agua. Eso me permitía reflejar algunos aspectos que viví en primera persona hace ocho años. De alguna forma, es más natural leerlo así y, de este modo, el resto de los personajes va explicándole y explicando a los lectores los canarismos, la isla más allá del sol y la playa, la gastronomía...



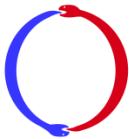
No dejo el hilo del estoicismo, por lo de Marco Aurelio, cuando en un pasaje de la novela, Juárez y Calderín filosofan sobre estar bien con uno mismo, intentando ser felices y hacer felices a los demás. Casi como un disparo, nuestro protagonista acota: “La vida es hermosa. Pero hay cuatro mierdas que intentan hacernos ver que no es así”. Me sirve para preguntarle por el ingrediente irónico en La sombra del océano.

Es otra de las particularidades de Juárez, que se traslada a la prosa. La novela está narrada en tiempo presente, en tercera persona y, en un 95 %, desde el punto de vista del subinspector. Esa

visión del mundo estoica, o mejor dicho en proceso de serlo, se ve salpicada de ironía. Es decir, creo que Juárez no es que sea un estoico puro y duro, sino que, más bien, pretende serlo o aspira a ello. Creo que la singularidad de las islas, con esas distancias «larguísimas» de cincuenta kilómetros va a ayudar a que poco a poco se adentre más en el estoicismo y asuma su nuevo rol, pero por ahora es un personaje en construcción: es nuevo en la subinspección, nuevo en la isla, nuevo en la ciudad, nuevo en su nueva condición personal. Tiene mucho que aprender y desarrollar.

Y no solo ironía e intriga se imbrican en la trama, también la crítica social. Varios son los temas en esa filosofía de doble lectura. Quizás me ha llamado la atención, no sé ni nos quiere hablar de ello, el de la masificación turística de las Islas Afortunadas. Eso que Juárez llama la gentrificación. Desde la habitación del hotel queremos ver la playa, pero en la playa no queremos girarnos y ver en primera línea una mole de hormigón afeando la idílica imagen del paraíso. ¿He acertado?

Exacto. Como en todos los lugares turísticos, desde hace diez o quince años se ha visto una masificación que ya no solo es de hoteles y playas, es decir, en zonas de costa, sino que se da ahora también en barrios o ciudades más alejados de la costa. Las viviendas turísticas han encarecido los alquileres y, de rebote, los precios en los comercios habituales o de cercanía. Canarias, a mi humilde entender, tiene complicado quejarse, porque su modelo económico se ha basado y se basa en el turismo. No hay industria y la poca agricultura y ganadería que hay (y localizada en zonas puntuales, pues luego hay lugares desérticos o montañosos) supone un porcentaje bajo del PIB. La propia orografía del terreno hace que sea difícil reinventarse, pero es necesario repensar y seguir en la línea que se está haciendo desde hace pocos años: apostar por las energías renovables, traer un turismo de



más calidad. Aun así, hubo un turismo hace cincuenta años que se ha ido quedando aquí y creando comunidades de nórdicos, indios, venezolanos, cubanos, ahora también italianos, que están plenamente integrados y sacan de adelante a sus familias.

Su obra ha merecido el I Premio Alexis Ravelo–Ciudad de Arucas de Novela Negra. Doble oportunidad para preguntarle no solo por la responsabilidad de esta distinción. Además, por inaugurar un premio unido al nombre del gran escritor de novela negra Alexis Ravelo.

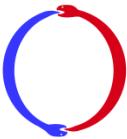
Es un orgullo doble. Por un lado, que algo que uno ha estado escribiendo durante meses en la soledad de una habitación tenga un reconocimiento y sobresalga por encima de los doscientos originales que se presentaron al concurso supuso un chute de energía increíble. Y, luego, el hecho de que el premio honrara la memoria y la figura de Alexis Ravelo, a quien tanto leímos y admiramos. Doble orgullo y doble responsabilidad, con la que espero no defraudar a los lectores que se acerquen al libro.

Para terminar, me gustaría que nos comentara una de las meditaciones de Marco Aurelio que podemos leer en su novela, como ya apuntamos, al hilo de la trama misma. Concretamente, esa que dice: «¡Cómo en un instante desaparece todo: en el mundo los cuerpos mismos, y en el tiempo, su memoria!».

Es un aspecto del estoicismo que me gusta personalmente: el hecho de que somos únicamente seres de paso, pero que, al mismo tiempo, no morimos siempre que quede alguien que nos recuerde. Es una filosofía que veremos también en la Edad Media y que encontramos, por ejemplo, en Jorge Manrique. Es algo que siempre he tenido muy patente: hoy estamos aquí y mañana quién sabe. Es la idea de vivir el presente, de vivir acorde a la naturaleza de las cosas.



Ceniza en la boca,
Brenda Navarro



←
índice



Pravia Arango

paso a la ira), pero me ha bastado la lectura de un par de páginas de *Ceniza en la boca* para transformarme en panchita, india, hija de la favela y mexicana.

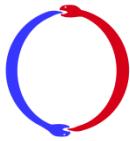
Abro un registro biológico (aviso para navegantes de sensibilidad delicada). Dicen muchos machos que buscan el apareamiento rápido y sin complicaciones de cortejos ni paradas nupciales que las hembras latinas están más preparadas para el sexo que las españolas. Las latinas, vuelven a decir, son calientes, picantes y dulces, muy sabrosonas y ricas. Cierro el registro y continúo con el apropiado a una revista literaria.



En *Babelia* (22/3/25) hay un artículo dedicado a las escritoras del extrarradio y Brenda Navarro lo es. Subo la apuesta; es latina y, por tanto, un huracán comparado con la brisa marina de las españolas. Brenda Navarro hace de *Ceniza en la boca* una novela-boxeo, porque nos propone un combate con asaltos cada vez más fuertes y destructivos tanto para los personajes como para el lector. Permítanme: hostiazo tras hostiazo tras hostiazo tras hostiazo. Más fuerte. Más rápido. Sin salida. Sin perdón. Bueno, ¿acaso sirve de algo el perdón cuando el juego es a vive o muere y mejor muere porque lo de vive es chunguísimo?

Soy blanca, mujer, hija del hormigón, española, con mucha rabia de clase (la vergüenza ha dado

En la escritura, las latinas también se desen- vuelven con una fuerza y un buen saber hacer que dejan a las españolas *en polvo, en humo, en sombra, en nada*. Siempre nos queda el consuelo (pobre, mucho) de que han aprendido bien el instrumento artístico que les dejamos y



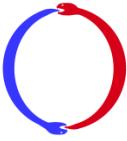
han sabido devolvérnoslo con brillo esplendoroso. Me quito el sombrero, hermanas, yo sí os creo; en el marco literario que es a lo que andamos, por supuesto.

Acabo con un enlace (el formato lo permite) a un vídeo que también puede servirles de pasatiempo para poner a prueba sus recuerdos de cine.





De agitadores y polemistas en la literatura: siempre provocando



Pilar Úcar Ventura

ideológicos de una sociedad que asiste espantada a sus consejos (o consejas en terminología de su época). Entre animales andaba el juego, padres mal avenidos con sus hijos, maridos que amenazan a sus esposas con molerlas a palos, muchedumbres iletradas... se pueden oír las risotadas que seguramente le provocaban los cuentos que escribía, a los que añadía la sabia moraleja, por si el lector del momento no se había enterado de la enjundia.

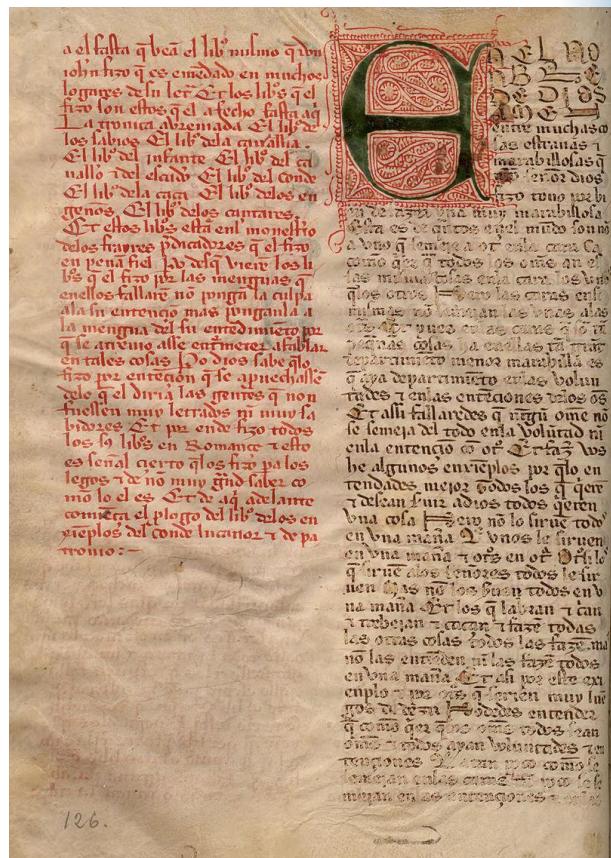
Un auténtico polemista. Habría que revisar la validez y la vigencia de su obra desde el punto de vista conceptual y estilístico y hoy desde luego, tal vez aparecieran en la pira de la plaza mayor ardiendo.

De azúcar el avispero sabe mucho la literatura. Ha habido polemistas de todo pelo y pelaje, razas y condición, sin temor ni rubor.

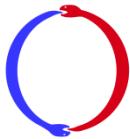
Y no se trata de los tiempos actuales solamente, ya existía el deseo congénito o adquirido, y no pocos escarceos que se pierden en la noche de los tiempos: la provocación está en la misma raíz humana. Hay quien la usa para manipular voluntades o quizás para enseñar buenas costumbres y hasta modales...

A mí don Juan Manuel, el autor de ese *Conde Lucanor*, siempre me pareció turbio, resabiado y malhumorado.

A buen recaudo, bajo la capichuela de la didáctica y del adoctrinamiento, dejó una compilación de cuentos que, lejos de ser ejemplares, hoy hacen temblar los cimientos sociales e



“En tanto que de rosa y azucena”, soneto archiconocido del ínclito renacentista Garcilaso de la Vega, un bigardo digno de admiración, que tanto guerreaba entre las sábanas cortesanas como en el campo de batalla, sin casco, nos pone frente a la delicadeza implícita, que tiene



el poeta para escribirle una carta de amor, ¿solapado? a Isabel Freire, por la que bebía los vientos y cuyo romance era motivo de dimes y diretes. Agitada debía de andar la nobleza por su indiscreción, matrimonioado como él estaba. Su muerte de una pedrada ante el asalto del castillo Le Muy, causaría commoción y descanso, a partes iguales a las implicadas. Pero ya se sabe que por aquel entonces: *carpe diem*, que el tiempo vuela y a lo hecho, pecho.



Hablando de sacramentos, Fray Luis de León rindió un homenaje al del matrimonio: una alianza indisoluble, lo que ha unido Dios que no lo separe el hombre (en genérico, claro) y con su manual de *La perfecta casada*, asistimos de nuevo a los consejos sacerdotales y bíblicos del comportamiento recto esperable de la buena y perfecta esposa.

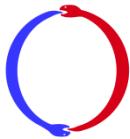
Resulta fácil imaginar las ronchas epidérmicas y mentales que levantó este catecismo dirigido al buen proceder de uno de los dos contrayentes; del otro, en la sombra, mejor no hablar; se trataba de que la mujer no se desmadrara, ni le

diera por escribir, por ejemplo, ni tan siquiera por pensar, y mucho menos por expresar de forma solemne o comedida lo que le pasaba por el magín. Pero mandaba el andamiaje del Siglo de Oro, con poco dorado (ni tan siquiera el mítico allende los mares) y sí mucho oropel, la apariencia (*vanitas vanitatis*) se erigía en batuta de actitud y la mujer del césar no solo tenía que ser honrada sino también parecerlo.

Con su hábito de agustino, él sí podía hablar, muy del gusto de entonces, de los astros, del sol y de la luna, de pájaros y flores y de mujeres, casadas católicamente. El espíritu de la Contrarreforma extendía sus alas.



Entre cuentos medievales, versos y doctrinas, se abre paso un jesuita —¿la vestimenta clerical hace al monje?— Baltasar Gracián, con un libro de “autoayuda” que puso nervioso a más de uno, *El criticón* que no dejaba títere con cabeza envuelto en el subterfugio de una creación ficcionada, de una novela rara, de robinsones en una isla... Aprovecha que el Pisuerga pasa por Valladolid y, a modo de repaso en busca de la felicidad terrenal, atiza mandoble a diestro y siniestro a las cortes europeas hasta que llega a la suya, a la nuestra, a ese imperio donde no hay

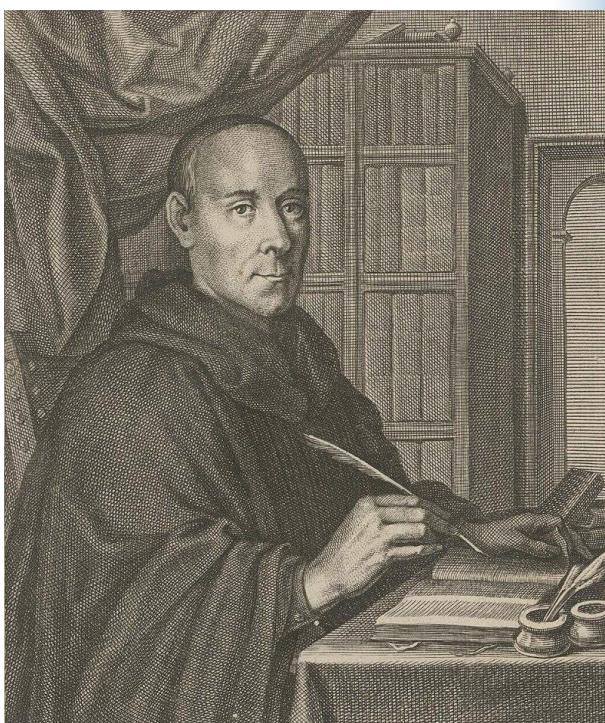


sol que se oponga, ni nadie que levante la voz a unos reyes sin átomo de autocritica y a una patulea de aduladores que sueltan sirope por miedo a desmerecer prebendas. Hablar de mudez y ceguera en las páginas de ese prospecto literario y luego contemplarse en el espejo de la realidad, supuso a los prebostes del momento un pellizco en el estómago que obvieron, porque nada cambió, más allá de que alguien, el autor, resguardado por favores religiosos, pudiera polemizar sin que la sangre llegara al río.



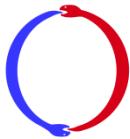
El benedictino Benito Feijoo (sin tilde nos advierte la Academia) con su poligrafía ensayística, se encargó de poner pies y patas a una población —asilvestrada, ágrafa e inulta— que él despreciaba desde su altura afrancesada, y de ahí que provocara con sus discursos, al modo de las hojas parroquiales, o con su título más reconocible *Teatro crítico universal* discusiones y debates, que tanto se llevaban en los salones aristocráticos del neoclasicismo. Inquietaba conciencias y perturbaba el sueño de quienes vivían adormecidos, o sin más, dejaban a la vida pasar; ya sabemos que, en el *siglo de las luces*, la razón domina y los sentimientos se disimulan, mucho equilibrio y gran contención.

Pero la polémica estaba servida: había que desterrar de un plumazo la gazmoñería mezclada con las supersticiones que invadía el panorama social y cultural de España. Solo se cree lo que ven nuestros propios ojos; verdades demostrables con rigor empírico y nada de improvisaciones ni imaginación. Consiguió éxito desigual, fama relativa y aplauso de algunos poderes fácticos, aunque hoy se discute su completo valor literario.



Y con él llegó el escándalo. No podía ser de otro modo. Muchos son quienes visitan el Museo Romántico de Madrid para ver la pistola —algunos creen que fue un pistolón de gran “voltaje”— de bolsillo con la que Mariano José de Larra se suicidó.

Antes de este final, se quedó tranquilo sermonando, enseñando, vituperando, atacando los vicios y defectos que él consideraba venían de serie en la propia esencia de los españoles: la pereza y la desidia, el analfabetismo, el desinterés, la molicie, la picaresca... Afrancesado de manual, viajero por la Europa “civilizada”, no duda en consignar por escrito sus vivencias, experimentadas en sus propias carnes, gracias a la



perspectiva que le concede el género epistolar en sus *Cartas marruecas* o en los artículos periodísticos —hoy sería un tertuliano televisivo, duro y acerado, chulesco y presuntuoso— por los que cobraba sus buenos reales.

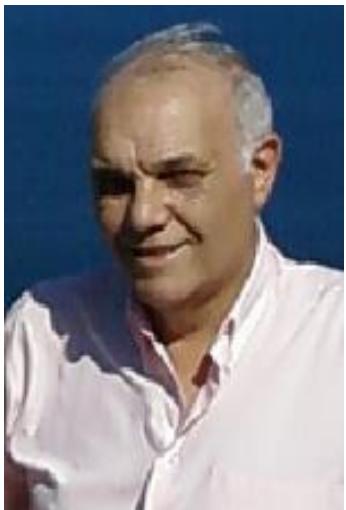
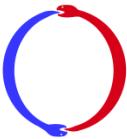
Inefable aquel “Vuelva usted mañana” que dejaba boquiabiertos a propios y extraños con una sonrisa mal dibujada en la faz, viniendo de un español que se consideraba extranjero hasta su último hálito.

El desprecio de Dolores Armijo, amante del escritor, lo dejó exangüe. Y se acabó la provocación.

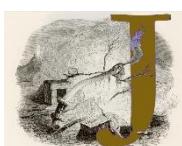




El perdón



Goyo



Xavier Cercas Mena, Ibahernando (Cáceres), 1962, se doctoró en Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Barcelona

y después de trabajar dos años en la Universidad de Illinois, ejerce de profesor de Literatura Española en la Universidad de Gerona. Publica artículos y reseñas en varios periódicos y es colaborador del diario *El País*.

Algunas de sus obras, encuadradas en su interés por la Guerra Civil española y el periodo de la Transición: *El inquilino* (1989), *Soldados de Salamina* (2001), *La velocidad de la luz* (2005), *Anatomía de un instante* (2012), *El impostor* (2014) y *El monarca de las sombras* (2017). Son obras de novela-testimonio mezclando hechos verídicos y ficticios.

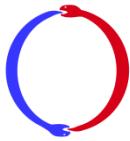
Su novela *Soldados de Salamina*, ambientada en la Guerra Civil española, obtuvo gran reconocimiento mundial y mereció el elogio de destacados escritores. El alegórico título de la novela alude a la batalla naval de Salamina, en la que la alianza griega derrotó a los persas de Jerjes, y convertida en resumen de todas las guerras. El autor inicia la novela con una entrevista a Rafael Sánchez Ferlosio, hijo de Rafael Sánchez Mazas, el ideólogo de Falange Española y que en la posguerra fue enterrado y olvidado como otros tantos falangistas. Sánchez Mazas, al comenzar la contienda, permanece refugiado en Madrid en la Embajada de Chile, hasta que decide huir en un camión hasta Barcelona y esperar la ayuda necesaria para pasar a Francia, pero es descubierto y conducido al Santuario de Santa María de Collell, cerca de Banyoles. Al comienzo de 1939, sobrevive milagrosamente ileso del grupo de fusilamiento al que había sido sentenciado, huye y, con los soldados republicanos en desbandada, es descubierto por uno de ellos que mirándolo fijamente durante unos instantes y apuntándolo con su fusil, le perdona la vida continuando su camino y contestando con un ¡Aquí no hay nadie! al requerimiento de sus compañeros. Sánchez Mazas sobrevive a duras penas y es acogido por unos pajes que lo ocultan hasta el final de la guerra.

Un diario encontrado con notas manuscritas reza así:

El que suscribe, Rafael Sánchez Mazas, fundador de la Falange Española, consejero nacional, ex presidente de la Junta Política y a la sazón el falangista más antiguo de España y el de mayor jerarquía de la zona roja declaro:

1º que el día 30 de enero de 1939 fui fusilado en la prisión de Collell con otros 48 infelices prisioneros y escapé milagrosamente después de las dos primeras descargas, internándome en el bosque,

2º que después de dos días por el bosque, caminando descalzo y pidiendo limosna en las ma-



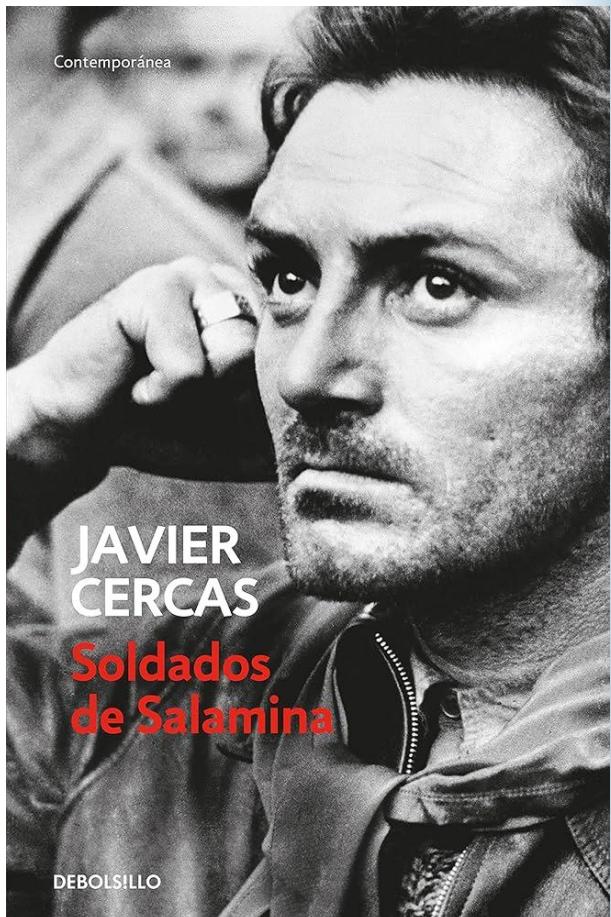
sías, llegué a las proximidades de Palol de Rebardit, donde caí en una acequia perdiendo mis gafas, con lo cual me quedaba medio ciego...

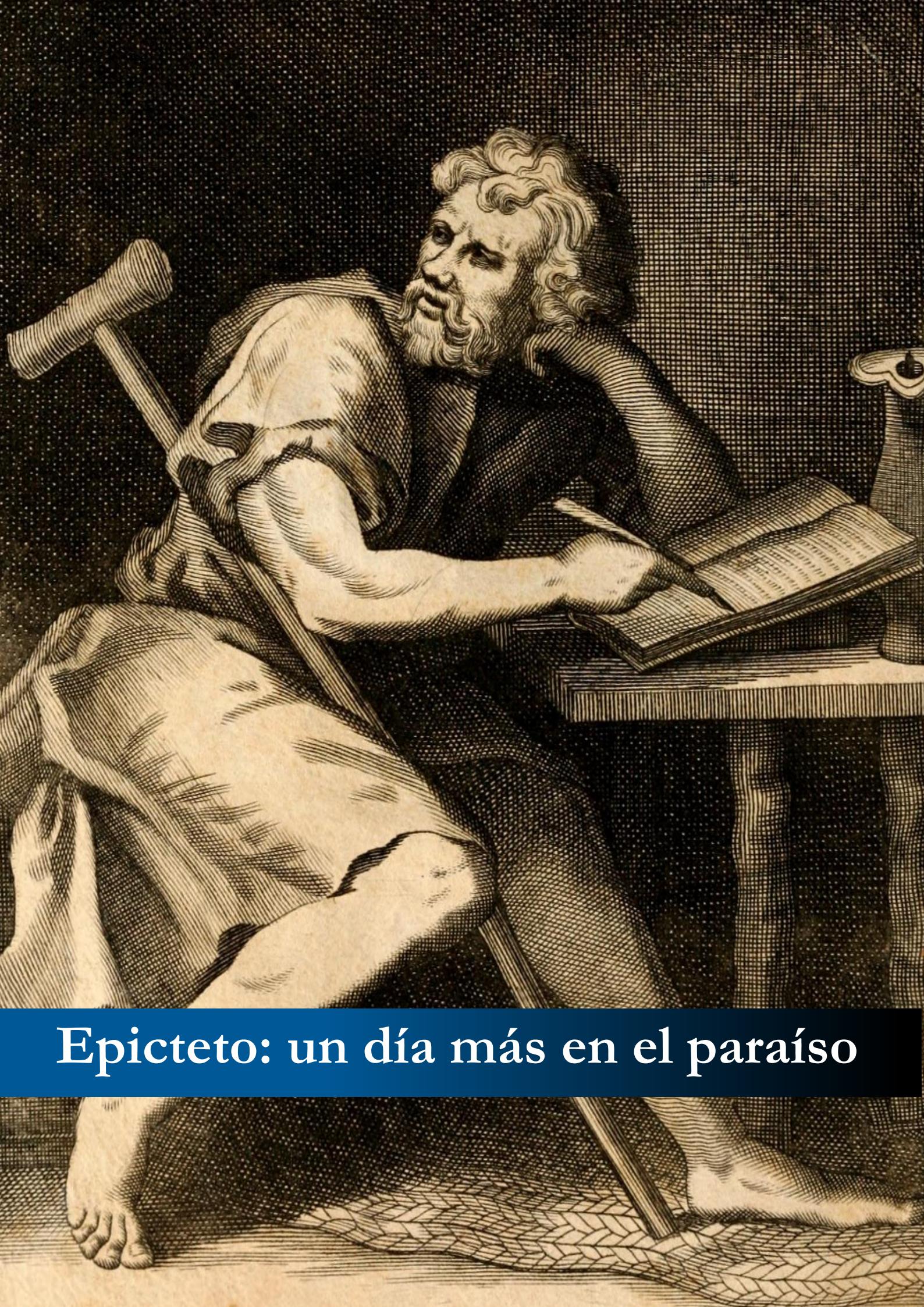
Aquí falta una hoja que ha sido arrancada. Pero el texto sigue:

... proximidad de la línea de fuego me tuvieron oculto en su casa hasta que llegaron las tropas nacionales.

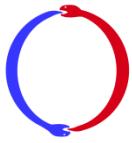
Fragmento de *Soldados de Salamina*

En la obra, de escasos diálogos y fuerte intensidad documental, el autor indaga en el alcance del insólito acontecimiento histórico y ayudándose de su amigo Roberto Bolaño, periodista y escritor chileno, conoce a Miralles, el supuesto soldado que perdonó la vida a Sánchez Mazas y que vive en una residencia de ancianos en Dijon (Francia). Cercas no desvela si Miralles fue ese soldado y decide transmitir ese incierto final al lector. La novela fue llevada al cine con el mismo título en 2003 con notable éxito, por su director David Trueba, con Ariadna Gil como protagonista ocupando el lugar de Cercas. Commovedora la secuencia del soldado republicano bailando en Collell la tristísima canción *Suspiros de España*.





Epicteto: un día más en el paraíso



índice

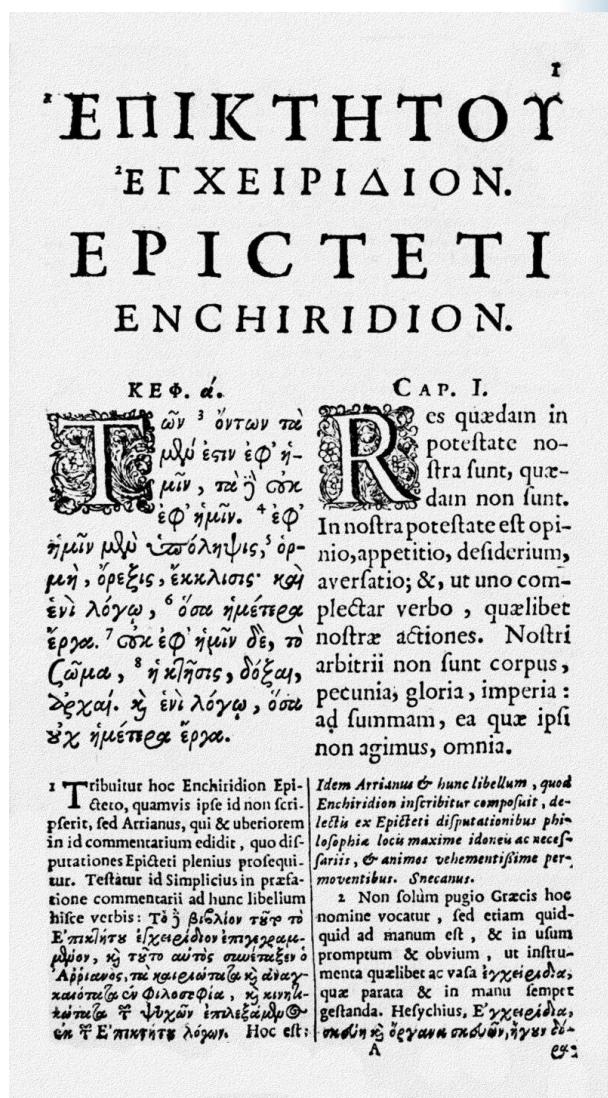


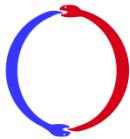
Diego García Paz

supuso, de hecho, el impulso final a la manumisión de Epicteto: su entrada, conforme al derecho romano, en la plena libertad y consideración de persona a todos los efectos. Enseñó en tierras del Imperio hasta que —cosas de políticos— el emperador Domiciano, temeroso de que un grupo de rebeldes pensadores, los filósofos, entre los que estaba él, pusieran contra las cuerdas los dogmas e imposiciones emanadas de su infalible persona, lo desterró a Grecia, donde fundó su propio grupo de seguidores y falleció.

La obra de Epicteto, de carácter oral, fue posteriormente recogida en el llamado *Manual de vida* (o *Enchiridion*), siendo un pilar esencial del pensamiento estoico, al que nuestro autor se adscribe como uno de sus referentes.

Epicteto (55-135) fue un filósofo cuya existencia comenzó de una forma bastante complicada: como esclavo —con todas sus implicaciones— en la Roma que fue el escenario de su vida. Se trataba de un hombre sensato, muy inteligente, tanto era así que su dueño, Epafrodito, estaba admirado con su valía intelectual, y consideró indigno que un hombre de tal categoría no fuera considerado más que una cosa. Afortunadamente, hablamos de personajes, ambos, dotados de una cierta ética, y por ello, aunque hubiera sido posible que al dueño no le importase lo más mínimo que su esclavo sobresaliera tanto, o bien sí le importase, pero en el sentido de obtener a su costa algún tipo de rédito personal, es decir, aprovecharse de él y de ese modo mantenerlo ajeno al estatus jurídico de persona de por vida, lo cierto es que fue Epafrodito quien lo envió a perfeccionar su talento filosófico a una prestigiosa escuela y ello





Eminentemente práctico, Epicteto se preocupó más por el alcance de la felicidad y tranquilidad personales, en el día a día, que por la definición y averiguación de lo universal. Mejor llevar una vida apacible, tranquila, como camino de la sabiduría, que escrutar lo insondable y no tener un momento de paz interior. En consecuencia, el concepto de ética para Epicteto arranca desde el individuo, sobre dos premisas esenciales: primero, saber que, en lo que de uno depende, todo el buen hacer y la mejor voluntad deben ser dispuestas; pero respecto de lo que está en manos de terceros, o de circunstancias o de hechos ajenos a uno mismo, toda vez que nada se puede hacer, asumirlo como lo natural y saber vivir con ello, sin mayor preocupación; y segundo: la construcción del buen individuo supone un crecimiento interior, un perfeccionamiento forjado en el autocontrol, en la disciplina, en la prudencia, para llegar a ser la mejor versión de uno mismo, no desbocada por las pasiones o los vicios que hagan de la persona un ser controlado por las circunstancias y no a la inversa.

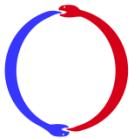
A partir de aquí, es posible observar una proyección de su filosofía a la idea de lo público o al debido comportamiento que cualquier dirigente político debiera de tener. Una cuestión constante en Epicteto es el recurso a llevar una vida *“acorde con la naturaleza”*. Esto implica armonía, actuar de forma sensata, noble, honrada, y en el caso de un mandatario, estar a una serie de principios que se adicionan a aquellos que el estoicismo enseña al respecto de la llevanza de una vida serena, propia de cualquier persona que no se dedique a la cosa pública. Estamos, pues, ante un *plus*, algo más, que la ética, esos principios de la naturaleza, exigen a quien desarrolla funciones públicas: la superación del interés personal por el interés colectivo. Forma parte de la ética política estar por el bien de la comunidad y no por el propio. Epicteto estaba hablando, en definitiva, del eterno derecho natural, de aquellos preceptos inmutables, radicados en el plano de la moral pública, que deben

regir la vida y acción de presidentes, emperadores y reyes, y así hacerse extensivos a su producción normativa, dando lugar a unas leyes honestas, justas, completas en el sentido de conjugar los mundos de la norma positiva y la norma moral.

Y si quien recibe el honor de representar al colectivo, y por lo tanto de velar por sus intereses, no se ve capaz desde un punto de vista moral de llevar a cabo dignamente tal tarea que, como digo, tiene por cimientos la renuncia a lo personal y la entrega a la comunidad, si es una persona de bien, lo que debe hacer es marcharse y dejar de perjudicar a todos. El filósofo lo decía muy claramente en el *Manual de vida*:

Cualquier posición que puedas mantener conservando el honor y la fidelidad a tus obligaciones está bien. Pero si tu deseo de contribuir en la sociedad compromete tu responsabilidad moral, ¿cómo puedes servir a tus conciudadanos si te has convertido en un irresponsable sinvergüenza? Más vale ser una buena persona y cumplir con tus obligaciones que tener renombre y poder.

La propuesta filosófica de Epicteto, desde mi punto de vista acertadísima, no es para nada sencilla de ejecutar, de llevar a la práctica. Y ello tanto por las propias debilidades humanas como por el rechazo que genera el toparse con alguien digno en el marco de una sociedad maleada, simplificada, debilitada y de un poder corrompido. Es, como mínimo, un elemento discordante —por no decir enervante— fundamentalmente porque, de inicio, solo el mero contraste ya saca a la luz las vergüenzas globales. El estoico debe luchar consigo mismo para perfeccionarse y asumir como circunstancia tan incontrovertida como incontrolable el mal ajeno, no doblegándose ante él, manteniendo la dignidad, pero tampoco frustrándose al no poder cambiar lo que es un hecho, como lo es que el sol sale todos los días por la mañana, guste o



no guste. De ahí se explican las graves persecuciones, hasta la aniquilación incluso, por parte del poder, de aquellos que considera incómodos o muros incombustibles de resistencia ante sus imposiciones: exilio (como nuestro filósofo vivió), ceses, reproches, amenazas, calumnias, y hasta la muerte (pensemos en Jesús de Nazaret, por ejemplo). Así lo dejó dicho Epicteto:

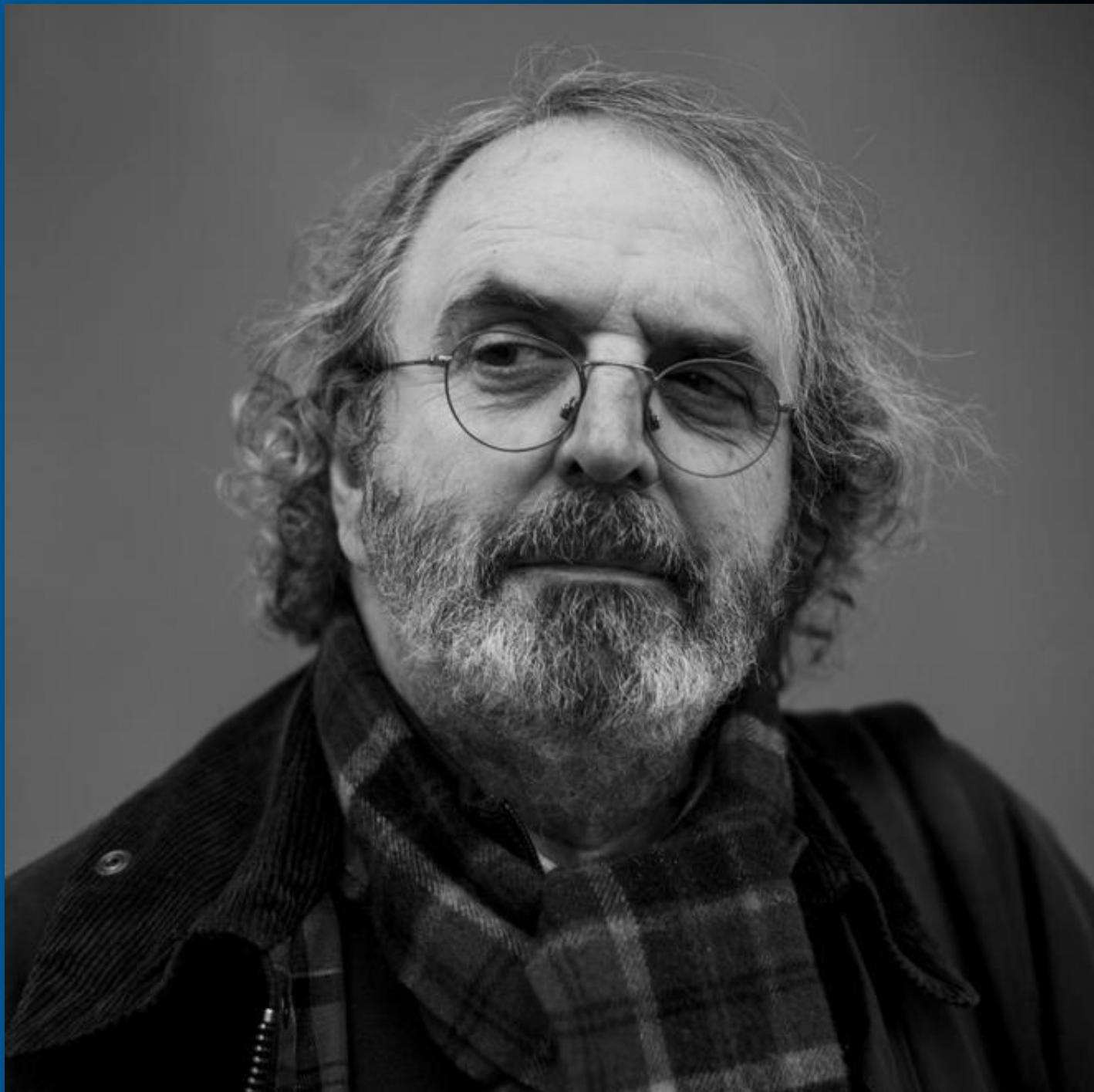
La vida de la sabiduría, como cualquier otra cosa, tiene un precio. Sigiéndola puedes ser objeto de burla e incluso llevarte la peor parte en todos los aspectos de la vida pública, con inclusión de la profesión, la posición social y hasta la posición legal ante los tribunales.

En fin, unos principios filosóficos esenciales para la buena marcha del mundo, pero que en la actualidad hacen de quien los practica un ser heroico desde todos los frentes.

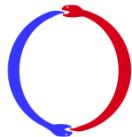
Y, mientras tanto, disfrutemos nosotros de un día más en el paraíso.

Compórtate siempre, en todos los asuntos, grandes y públicos o pequeños y privados, de acuerdo con las leyes de la naturaleza. La armonía entre la voluntad y la naturaleza debería ser tu ideal supremo.





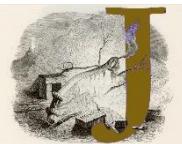
Con el poeta Jon Juaristi



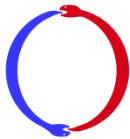
Encarnación Sánchez Arenas

de poetas ingleses y los confirmó en Cernuda. Sin embargo, Gil de Biedma debió proporcionar un modelo especialmente depurado de los mismos, de todos ellos. También está claro que hay mucho Jon Juaristi que no es Jaime Gil de Biedma, y que los poemas de ambos, a pesar de los innumerables puntos de contacto, son radicalmente inconfundibles. Hay diferencias temperamentales, especialmente esas que aproximan a Juaristi al otro poeta del 50 con quien más puntos de contacto presenta, Ángel González, ambos más tendentes a los sentimental que Biedma, y por tanto más necesitados, en frecuencia y brusquedad, de los frenos humorísticos que los llevan en ocasiones a las puertas de la antipoesía, y con una afición, difícilmente controlable muchas veces, por el chiste y los recursos derivados del juego de palabras, que se alían especialmente en Juaristi a un dominio excepcional de las formas poéticas. También es cierto que la relación con el pasado y la asunción de la propia identidad asumen formas diferentes, de algún modo más trágicas en Juaristi. Pero de este modo el poeta vasco nos da una lección acerca del empleo de las influencias ajenas en la obra propia; él sabe, como sus compañeros de generación, que es tan experiencia lo leído como lo vivido, a veces, incluso, más. El empleo de métodos, recursos y citas literales de los poemas de Gil de Biedma es para Juaristi un medio especialmente adecuado para expresar su propio mundo, dando la medida del verdadero creador, como indica Alfredo López-Pasarín Basabe en *Monográficos Sinoeles*, n. 17, 2018. El propio Juaristi nos narra en un poema el descubrimiento de la obra de Gil de Biedma y lo que eso supuso para su propia manera de escribir poesía. “Intento formular mi experiencia de la poesía civil” pertenece al libro *Los paisajes domésticos* y dice lo que sigue:

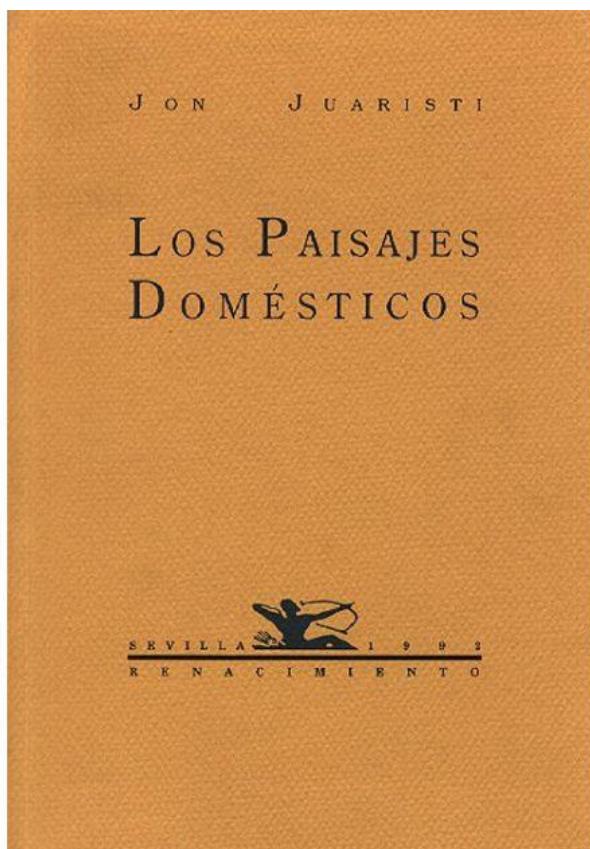
Según algún amigo sevillano,
cerró hace un siglo aquella librería
de Sierpes, donde un día
compré su Colección particular.

 Jon Juaristi Linacero (Bilbao, 6 de marzo de 1951) es un filólogo, ensayista, poeta, novelista y traductor español que ha escrito en euskera y en castellano. Ha sido director de la Biblioteca Nacional de España y del Instituto Cervantes.

Entre sus poemarios tenemos *Diario de un poeta recién cansado* (1986), *Suma de varia intención* (1987), *Arte de marear* (1988), *Los paisajes domésticos* (1992), *Mediodía* (1993), *Tiempo desapacible* (1996), *Prosas (en verso)* (2002), *Viento sobre las lóbregas colinas* (2008), *Renta antigua* (2012).



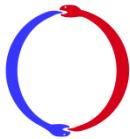
Mediaba un largo y tórrido verano
pero yo celebré la Epifanía.
Dieciocho años tenía
y empezaba a sufrir el malestar
de la vida incurable, a la que en vano
descubrir un sentido persegüía.
Ya sabéis: la acedia
de quien se cree fuera de lugar,
o demasiado tarde, o muy temprano,
o solo, o con la inmensa mayoría.
Hoy lo definiría
como cierta tendencia a exagerar.



Primera versión del texto publicado el
22/3/2025 en el *Diario Jaén*

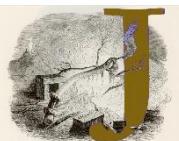


Visitando el taller de encuadernación
RE_CREA_TE

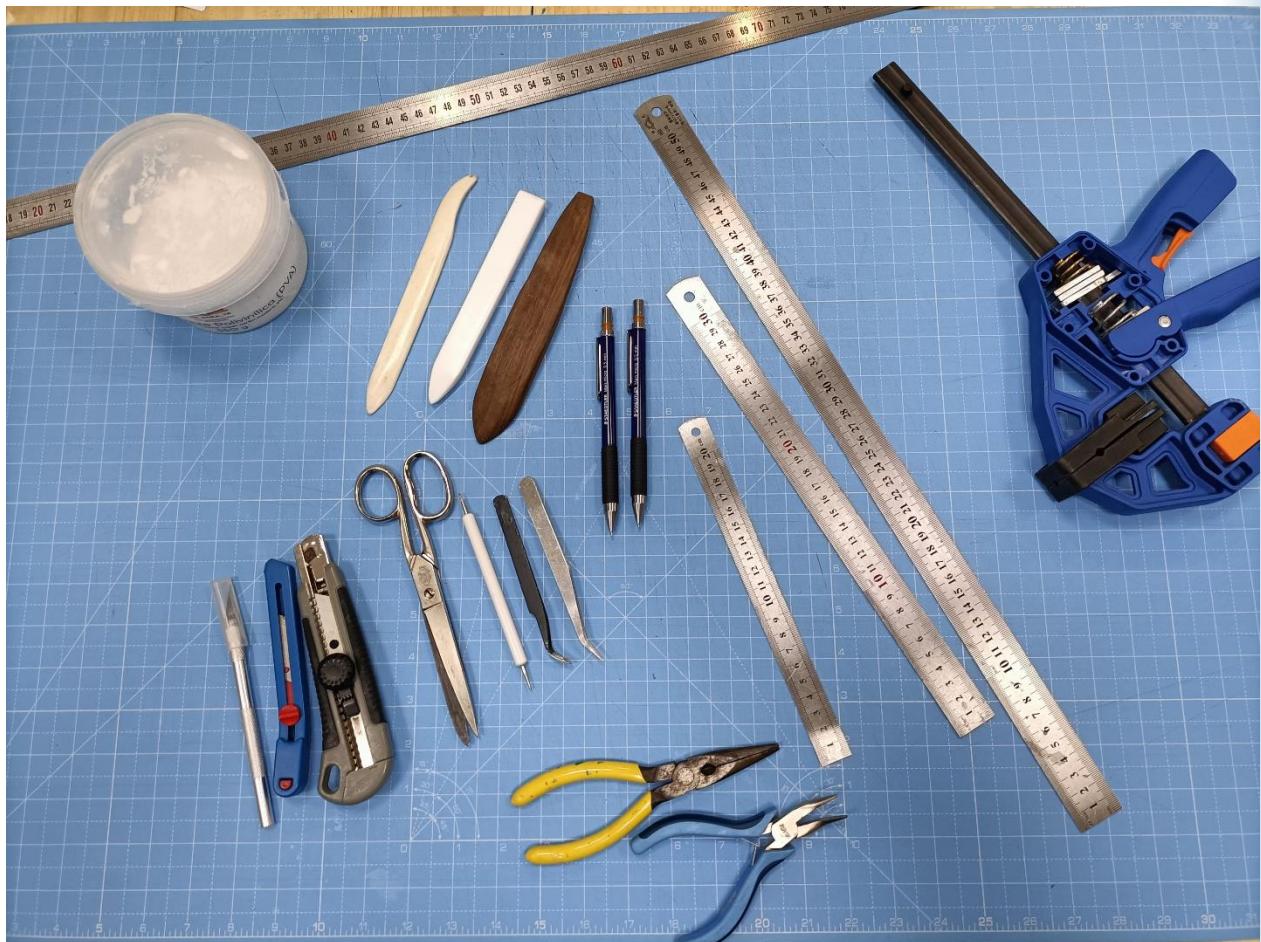
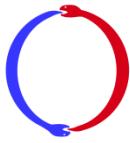


Pravia Arango

Si a Manuel lo mueve la vocación, a Julia, el justo y los genes: es la tercera generación en andar entre papeles, tarlatanas y cajos. Y Julia nos habla de los primeros pasos para acercarse al oficio. Conocer a fondo las herramientas y el material, y la práctica lenta y minuciosa, partiendo desde lo básico —como coser un cuerpo— hasta dominar técnicas avanzadas: distintos tipos de costuras, variados entapados, y finalmente alcanzar filigranas como una encuadernación en piel donde las costuras se inserten en la tapa. Entre los materiales, Julia habla de papeles que compra en dos casas italianas y una de Budapest; en cuanto al papel, hay en Budapest una diseñadora que pinta a mano el original en A3 y luego se lanza la serie, pero más que crear, para el papel se tira de catálogos. No solo de papel vive la encuadernación de Julia, también de telas que o compra ya preparadas para encuadernar o las lamina y prepara. De herramientas nos informa Manuel: no son necesarias muchas, pero sí que hay algunas que deben ser especializadas como las guillotinas, que pueden encargarse en talleres que trabajan el acero. Pero herreros del acero hay pocos (Madrid, Sevilla, Valencia, Cataluña y poco más) y eso encarece el producto; por ejemplo, si se encargan no ya una guillotina, sino diez reglas metalizadas con unas características específicas; esas reglas son únicas, por lo que su precio se dispara con respecto al producto en serie.

 **J**ulia y Manuel son artesanos del tema. Aquí les dejo el resultado del rato que he pasado con ellos. Cuenta Manuel que la encuadernación es un oficio tradicional abocado a extinguirse; sin embargo, a él le gusta y aprovecha para romper una lanza por toda la artesanía. No quiere que desaparezca y espera que se fomente desde la administración pública, puesto que es un bien cultural. Son aproximadamente diez los encuadernadores artesanales de Asturias y si se amplía el foco, en Madrid encontramos dos talleres que tal vez sean la flor y nata española, *Honorio y Anita* y *El rejón*. Añade Julia que conviene citar a Susana Domínguez Martín, una encuadernadora vanguardista, exploradora de diversas técnicas, muy transgresora tanto en la estética como en la forma de lo que hace.

El plus que ofrecen Julia y Manuel es el trabajo a demanda, el ochenta por ciento de su producción. La gente que busca algo especial para regalar con el valor añadido del tiempo de selección de los tonos del papel, de idear un objeto bello. Esa gente es su clientela habitual que, ante la avalancha de la producción igual, están muy interesadas en individualizarse, en que su tarjetón de un evento sea único. Esta especialización hace que, aunque solo lleven dos años de negocio, estén contentos y consideren que su proyecto es viable no solo en Asturias, donde se mueven, sino que ya acarician la expansión sin colisión.



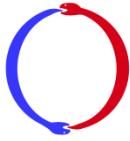
Echando la vista atrás, Julia y Manuel mencionan los excelentes talleres de encuadernación del barrio judío de Toledo cuando el libro era un signo de estatus social y se usaba la pedrería, el brocado y la plata, en libros religiosos especialmente. Coinciden en señalar la zona geográfica comprendida entre Alemania e Italia como el punto de referencia de este oficio y hablan con nostalgia de técnicas de encuadernación; a la española (solo piel de becerro), a la árabe (el labio que en la zona por donde se abre el libro también se cierra con lomo).

Gracias a Manuel y Julia por recibirme en su tienda-taller y por el rato de charla al calorcillo de su estufa. En los momentos de la entrevista estaban muy preocupados por su “perrina” enferma, espero que ya esté bien. Para los tres y para ustedes, lectores, un puñado de buenas “víbras” con este tema.



De los rebaños a los campos: El pastoreo en el este de al-Ándalus durante el siglo XI





Abdo Tounsi

Un trabajo científico de tres expertos en la materia

En este trabajo se presentan pruebas arqueológicas convincentes de la actividad ganadera andalusí desde al menos el siglo XI, vinculada a comunidades rurales donde la cría de ovejas para la producción de lana era la actividad principal. En ello radica su importancia, dado que apenas tenemos noticias del pastoralismo en al-Ándalus y las pocas referencias disponibles se remontan mayoritariamente a finales del periodo nazarí (s. xv). Trabajo desarrollado por:



**Pedro Jiménez
Castillo** – Escuela
de Estudios
Árabes (CSIC),
18010 Granada,
España

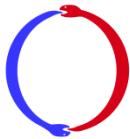


**José Luis Simón
García** –
Instituto de
Estudios
Albacetenenses don
Juan Manuel (IEA),
02002 Albacete,
España



**José María
Moreno-
Narganes** –
Universidad de
Alicante, 03690
Alicante, España





El desarrollo de la ganadería trashumante en la Península Ibérica a partir de la Baja Edad Media es uno de los aspectos más estudiados de la historia económica, ya que sentó las bases de la prosperidad del Reino de Castilla durante la Edad Moderna. En cambio, existe muy poca información sobre la actividad ganadera en el periodo anterior de al-Ándalus, la parte de la península bajo dominio islámico desde los siglos VIII al XV. Esta falta de información se debe a razones epistemológicas, ya que la ausencia de fuentes escritas hace muy difícil obtener datos arqueológicos sobre el pastoreo. Además, razones historiográficas han llevado a considerar que la ganadería desempeñó un papel secundario en la economía andalusí. Dado el estado actual de la investigación, este trabajo es relevante, ya que presenta evidencias arqueológicas convincentes de la ganadería andalusí ya en el siglo XI, vinculada a comunidades rurales donde el pastoreo de ovejas para la producción de lana era la actividad principal. Palabras clave: al-Ándalus; ganadería; colonización de secano; economía del siglo XI; pastores y campesinos medievales no elitistas; pueblos andalusíes; agricultura de secano.

El conocimiento sobre la ganadería en al-Ándalus

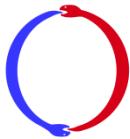
La escasa información disponible se centra principalmente en el Reino nazarí de Granada, una región limitada tanto geográfica como cronológicamente, que abarca únicamente el periodo final de dominio islámico en la península Ibérica (siglos XIII-XV). Esta situación subraya la importancia del presente estudio, que se centra en un tema poco explorado en la historiogra-

fía: la ganadería andalusí en la Alta Edad Media. Todos los autores que han abordado directamente esta actividad productiva o la han referenciado dentro de historias económicas más amplias han puesto de relieve el reto que supone la falta de datos para el estudio del pastoreo andalusí. Aquí no reiteraremos estos argumentos, que naturalmente reconocemos, ni intentaremos una revisión completa del estado de la investigación, pues ya existen varios análisis detallados y críticos a los que nos remitimos.¹ En resumen, la revisión historiográfica de la ganadería andalusí conduce a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, el estudio de esta actividad productiva en al-Ándalus se encuentra en una fase aún incipiente, lo que se pone de manifiesto al comparar la bibliografía existente sobre el tema con los estudios sobre otros aspectos de la economía rural, como la agricultura de regadío o los asentamientos rurales. Especialmente llamativa es la escasez de investigaciones, teniendo en cuenta que las referencias encontradas en fuentes árabes —sobre todo en textos legales, obras de geógrafos árabes y tratados agronómicos— demuestran que la ganadería era un pilar fundamental de la economía, esencial para la alimentación y el vestido de todos los estratos sociales. Las razones de esta situación pueden clasificarse, a grandes rasgos, en epistemológicas e historiográficas.

Las causas epistemológicas están relacionadas con los retos que plantean tanto las fuentes escritas como las arqueológicas. Los textos aportan una información limitada y dispersa, especialmente pobre para el periodo altomedieval; sin embargo, es más rica para la fase bajomedieval, siglos XIII al XV, debido a los registros y disputas legales posteriores a la conquista cas-

¹ (Cara, 2009, 2023; Malpica, 2012; Malpica et al., 2017; García-García y Moreno-García, 2018, pp. 11-16; Esquilache, 2021).



tellana. No obstante, esta escasez de fuentes escritas no es muy diferente de la que encontramos al estudiar otros aspectos de la economía andalusí, como la agricultura, para la que, por el contrario, existe un volumen de bibliografía considerablemente mayor. Esta discrepancia se debe en gran medida a que, a diferencia de lo que ocurre en la agricultura, la aportación de la arqueología al conocimiento de la ganadería ha sido mínima hasta hace poco, limitada principalmente a los estudios realizados por Lorenzo Cara sobre el Reino nazarí de Granada.² Sin duda, la arqueología de los sistemas hidráulicos se ocupa de restos materiales mucho más tangibles y fáciles de documentar que las esquivas evidencias de la ganadería, cuya datación también resulta difícil, ya que las infraestructuras más significativas, como las cisternas, a menudo han permanecido en uso casi hasta nuestros días.

Las causas historiográficas están ligadas a la creencia ampliamente aceptada entre los investigadores en la supremacía de la agricultura de regadío sobre la de secano en al-Ándalus.³ Se ha asumido generalmente que las opciones agrarias en las sociedades feudales estaban “impulsadas por la necesidad de renta, hacia formas de agricultura extensiva de secano”,⁴ mientras que las de las comunidades campesinas andaluzas eran “el resultado de procesos de trabajo mucho más autónomos, basados en una agricultura de regadío intensiva y variada”.⁵ Dado que la ganadería sería incompatible con el regadío —ya que el paso de los rebaños por los campos de cultivo dañaría los frágiles sistemas hidráulicos, y la mano de obra intensiva requerida para el riego dejaba poco tiempo para otras tareas— el pastoreo se consideraba necesariamente una actividad económica secundaria. Por el contrario, la ganadería se asocia a la agricultura de secano, donde el ganado podía pastar en

rastrojos en barbecho, fertilizando simultáneamente los campos. También se benefició de los largos períodos de barbecho propios de este tipo de agricultura, que permitían dedicar tiempo al cuidado de los animales, por lo que, dada la suposición de que la agricultura de secano era de importancia secundaria en al-Ándalus, la ganadería también fue considerada de importancia secundaria.

Sin embargo, el escenario descrito anteriormente está empezando a cambiar. Marcos García y Marta Moreno han demostrado que la ganadería no solo era compatible con la expansión de la agricultura de regadío, sino que, de hecho, era esencial para fertilizar tierras sobreutilizadas debido a los aportes adicionales de agua y el consiguiente aumento de las cosechas anuales.⁶ Esto se expresa de forma inequívoca en los textos agrícolas andaluces, donde autores como Ibn Luyūn, Ibn Baṣṣāl, el Tratado Anónimo, Ibn Ḥaŷŷāŷ y al-Ṭignarī mencionan el uso del estiércol de oveja como fertilizante.⁷ Además, cada vez hay más evidencias arqueológicas (algunas procedentes de proyectos de investigación muy recientes como el que nos ocupa) que ponen de relieve la importancia de la agricultura de secano en al-Ándalus y la importancia de la ganadería asociada.

[Leer más sobre el trabajo de investigación](#)

² Cara, 2009, 2023; Cara & Rodríguez, 1987, 1989

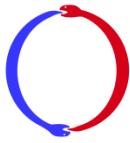
³ Jiménez-Castillo, 2022.

⁴ Kirchner y Navarro, 1996, p. 93

⁵ Kirchner y Navarro, 1996

⁶ García-García & Moreno-García, 2018, p. 33

⁷ Jiménez-Castillo & Camarero, 2021, pp. 21–23



La Diputación de Albacete apoya los trabajos de excavación en La Graja desde su inicio.

Un largo camino de trabajo que lleva más de cuatro años y sigue necesitando más investigaciones.

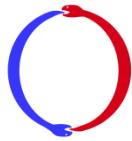
En un emocionante proceso que viene avanzando de hito histórico de la mano de distintos hallazgos de calado nacional, ha dado comienzo la cuarta campaña de excavaciones en la Alquería Andalusí de La Graja en Higueruela. Este importante enclave arqueológico de la provincia de Albacete está revelando los secretos de una comunidad de campesinos de Al-Ándalus que se aventuraron en las tierras secas de La Mancha hace mil años, transformando un paisaje hasta entonces nunca cultivado.

Los arqueólogos de La Graja hicieron historia en 2021 al descubrir la primera mezquita de Albacete y la primera de tipo rural en Castilla-La Mancha. El año pasado, el hallazgo de un ejemplar completo de oveja, datado entre los siglos XI y XII según análisis de Carbono 14, resaltó la importancia económica de la ganadería en la época planteando interrogantes sobre el origen de las razas autóctonas que, eventualmente, darían lugar al famoso queso manchego.

El Círculo Intercultural Hispano Árabe (CIHAR), presentará este magnífico trabajo científico en una mesa redonda con sus tres protagonistas: Dr. Pedro Jiménez Castillo – Escuela de Estudios Árabes (CSIC), Dr. José Luis Simón García – Instituto de Estudios Albacetenses don Juan Manuel (IEA) y Dr. José María Moreno-Narganes – Universidad de Alicante, el martes 10 de junio 2025 en Casa Mediterráneo en Alicante. Moderará la mesa el Dr. José Luis Menéndez Fueyo, técnico del MARQ Museo Arqueológico de Alicante.



Irina Moga



Texto y traducción de **Miguel Ángel Real**



Irina Moga es miembro de la Unión de escritores de Canadá y autora de varios poemarios.

Su libro *Variations sans palais* (Éditions L'Harmattan) fue galardonado con el Premio Literario Internacional Dina Sahyouni (Francia) en 2022. Sus poemas han sido publicados en revistas literarias como *Canadian Literature*, *Carte-blanche*, *New York Quarterly* y otras.

Poètes des cinq continents

Irina Moga

Variations sans palais



L'Harmattan



Chasse à la lune

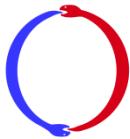
Je traque la lune.
Au-dessus de la cime des arbres, sa couleur blanche cendrée
au milieu d'une nuit ardente d'octobre
soutenue par des fuseaux de doute.

Une quiétude : une pâleur jusqu'aux contours de nos yeux
où aucune feuille ne se retire.

Nous sommes des étrangers
dans le monde de l'automne.

Nous avançons, les mains dans le dos,
attachées à des tiges de fleurs séchées,
prisonnières d'une saison bruissante

que nous regardons au loin,
à travers la lunette
d'une étoile.



Cazar la luna

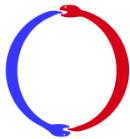
Estoy acechando a la luna.
Por encima de las copas de los árboles, su color blanco ceniciente
en medio de una ardiente noche de octubre
sostenida por husos de duda.

Una quietud: una palidez hasta el contorno de los ojos
donde ninguna hoja se retira .

Somos extraños
en el mundo del otoño.

Avanzamos, con las manos a la espalda
atadas a tallos de flores secas,
prisioneras de una estación susurrante

que observamos a lo lejos,
a través del telescopio
de una estrella.



Novembre

Je me rappelle
ton nom au mois de novembre

—glissando
des voyelles sans ancrage,
des feuilles rousses qui abritent tes passions

nos chuchotements dans la pluie
comme des messages courts
à l'intérieur des biscuits chinois

lus en cachette
sous la table

et qui n'ont pas de sens,
mais qui font,
comme l'automne,

peur et plaisir
à la fois.

Noviembre

Recuerdo
tu nombre en noviembre

—glissando
vocales sin anclaje
hojas rojizas que cobijan tus pasiones

nuestros susurros bajo la lluvia
como mensajes cortos
dentro de galletas de la fortuna

leídos en secreto
bajo la mesa

y que no tienen sentido
pero que dan,
como el otoño,

miedo y placer
al mismo tiempo.

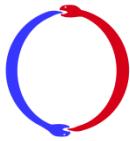
Insomnie légère

Un été de feuilles carbonisées et de grêle —
le mouvement d'horlogerie de la pluie invisible
s'est calmé,
comme un grillon accablé par la chaleur.

Cela peut être un signe caché du solstice —insomnie légère,
quand vous vous laissez emporter sans effort dans le lendemain.

À peine minuit passé, je suis accueillie par la folie des oiseaux
qui veulent démanteler les portes de l'aube
avec des trilles.

Un *ad-hoc a cappella* — ses sons à traduire en mots
si seulement on connaissait le chiffre de cette dispersion
qu'ils déversent sur la terre brûlée
— la clé secrète de l'insomnie.



Ligero insomnio

Un verano de hojas carbonizadas y granizo —
el mecanismo de relojería de la lluvia invisible
se ha calmado,
como un grillo agobiado por el calor.

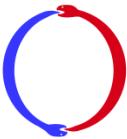
Podría ser un signo oculto del solsticio: ligero insomnio,
cuando te dejas llevar sin esfuerzo hasta el mañana.

Apenas pasada la medianoche, me recibe la locura de los pájaros
que quieren destrozar las puertas del alba
con sus trinos.

Un *ad-hoc a cappella* —sus sonidos por traducir en palabras
si supiéramos el número de esta dispersión
que vierten sobre la tierra abrasada
—la clave secreta del insomnio.

Algunha vez





Augusto Guedes

Alguna vez

Sé en la guerra
tú, mi camarada

Safo

Algunha vez
teu silencio fíxose eco,
algunha vez
teu mar bañouse no meu mar.
pombas naceron arroladas
nun lento campanario

Alguna vez
tu silencio se hizo eco,
algunha vez
tu mar se bañó en mi mar.
palomas nacieron arrulladas
en un lento campanario

Algunha vez
a miña palabra quedouse
na gaiola dos teus ollos
e os meus soños foron río
chantado nos areais brancos

Alguna vez
mi palabra se quedó
en la jaula de tus ojos
y mis sueños fueron río
en los arenales blancos

Hoxe o meu verso
quere cantar
un grito
que sexa
espadana e trigo
pedra de ámbares e nácar.

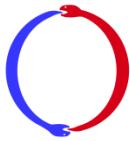
Hoy mi verso
quiero cantar
un grito
que sea
espadaña y trigo
piedra de ámbares y nácar.

¡Si, un grito as túas mans
abertas muller!

¡Si, un grito a tus manos
abiertas mujer!



Demasiado ayer



Gabriela Quintana

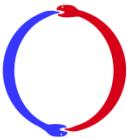
No es necesario comprender una relación de pareja. Hay quienes no nacimos para eso.

Ella era mi madre, la primera mujer que conocí. Todas las palabras que salían de su boca eran para mí la verdad absoluta y la verdad nunca se cuestiona. Sin embargo, esas palabras se rompían cuando hablaba su madre, golpeándose el discurso contra un espejo. Parecían frases domadas que se pasaban de generación en generación con pocas distorsiones. Allí, en esos momentos, mi universo se desplomaba frente al contraste de la verdad y una realidad que se iba construyendo. ¿Cuál era mi universo? Tardé muchos años en concebirlo.

Nunca he entendido qué unió a mis padres. Por eso ya no intento profundizar en el conocimiento de las relaciones sentimentales entre las personas. A cada una hay que hablarle de diferente manera, el lenguaje es distinto, incluso la energía que necesitas para conectarte con cada una. Nada me conectaba con mi madre, excepto que compartíamos los detalles de ser mujer.

Hoy en día esos detalles se pierden, se desvanecen ante los cambios físicos que las mujeres de mi época suelen hacerse y las conductas seguidas de pensamientos, muchas veces radicales. Sin embargo, en el siglo pasado, había más cosas que nos unían que aquellas que nos separaban. Uno de los rasgos femeninos de la mujer es el período menstrual. Mi regla irrumpió en mi vida con una estampa de tragicomedia. Me forzó, como un intruso que allana una casa, a cambiar el modo de verme, la forma en que me veía mi madre y la forma en la que nos comunicábamos, así como hábitos y pensamientos. Yo era menos niña y, aunque no era un hecho que me hacía más mujer, tenía que asumir una consecuencia, una condición biológica que me hacía dejar atrás la infancia, la inocencia y, me acercaba más a una complicidad con mis congéneres, la misma que estaba descubriendo. Mi madre me enseñó a ser mujer, del mismo modo en el que a ella le enseñaron. ¿Cuándo se rompería esa cadena? Parecía que nunca porque todo estaba bien definido, totalmente estructurado. Desde la infancia el ejemplo que te ponía tu madre, era el sumo referente, lo era todo..., la manera de vestir y de peinarse, el tono de voz para dirigirse a mi padre y otro para los hijos, ni qué decir de las charlas casi en clave que mantenía con sus amigas. Los gestos de las madres difieren mucho de los usados por los padres, no solo en cuanto a la educación de los hijos, incluso en el *modus operandi* de su rol social. Mientras a ellos les importa más que los hijos les permitan disfrutar de la tranquilidad en casa y se les deje hacer sus actividades, sobre todo de ocio, las mujeres prefieren que los hijos se comporten mejor en público, donde se evalúa, a la vista de todos, si es buena madre o no y si ha llevado con éxito su trabajo en casa. Y en esto, mi madre se ufanaba.

No, yo no me parecía a mi madre. Mi primera relación amorosa me lo confirmó. Yo observaba que ya no tenía ese halo de resignación de las generaciones de mujeres que me precedie-



ron, de resignación a lo que el rol femenino dicitaba. Por el contrario, tenía la inquietud de explorar las posibilidades disruptivas y si no las había, tendría que crearlas. Hay muchas frases en el inconsciente colectivo que no necesariamente son ciertas, por muchos años que lleven en boca de la gente. Una de ellas era la frase «Ya sabes cocinar, ya te puedes casar». Intentaba que me gustara la cocina, pero ninguna receta se quedó en mi memoria. Ya bastante tenía con memorizar los conocimientos académicos de todos los profesores.

No, definitivamente las mujeres de mi época han querido indagar nuevos espacios, ocupar áreas que no estaban destinadas al trabajo con estilo femenino. Aun así, hay actividades que las mujeres todavía no están realizando, como el conducir una grúa de varias toneladas en una construcción o trabajos de albañilería. Muchas de esas labores requieren de la fuerza física masculina que lo femenino no ha osado irrumpir o, en su defecto, no ha podido. Muchos de estos esquemas de los roles sociales se han resquebrajado y han dado paso a diferentes formas de relacionarse tanto en lo social como en la intimidad de pareja, más aún en estos tiempos cuando esta última ya no se circunscribe a la unión de dos individuos heterosexuales. Se han hecho estudios sobre la vida en pareja de homosexuales y lesbianas y se ha llegado a la conclusión de que la dinámica de la pareja homosexual no difiere de la heterosexual en aspectos como solución de conflictos, expresión de sentimientos o comunicación, entre otros, pero sí en la presencia de variables contextuales como ausencia de modelos de relación, familia de origen, etc.⁸

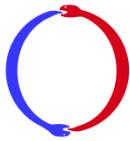
Mi madre me sigue diciendo cómo debe comportarse una mujer en el mundo y en relación a la vida íntima con un hombre. Mis padres nunca fueron un ejemplo a seguir como pareja. Sin embargo, viendo a través del tiempo y con lo

que el progresismo social en la actualidad nos muestra como adecuado, puedo constatar que las generaciones que nos precedieron no estaban tan equivocadas. Los roles se reducen ahora a nada, se han hecho añicos. Se han ido rompiendo las estructuras que, en cierta forma, nos sostenían, comandado por una sociedad caótica con conceptos totalmente opuestos a lo convencional y, a veces, hasta llegar a lo más incoherente y poco lógico. Tanto es así que los conceptos retorcidos han dado consecuencias poco favorables, como por ejemplo meter en la cárcel de mujeres a un hombre transexual como si este se tratara de un eunuco que ingresara a un harén. Argentina experimentó con esto y el resultado fue el de varias mujeres embarazadas. Otro caso: hombres que han alzado la voz reclamando ser objeto de rechazo en consulta médica por una ginecóloga, algo incongruente..., como si la persona en cuestión tuviera vagina y ovarios.

Es innegable que las generaciones del milenio pasado, cumplían roles sociales sumamente estrictos en muchos casos y que las mujeres no se divorciaban, en principio porque no existía la condición jurídica en muchos países y, en segundo, por las condiciones laborales precarias, donde un empleador podía negarse a contratar a una persona por ser mujer, un vendedor podía negarse a venderle una casa a una mujer o bien alquilarle una vivienda. Las mujeres, entonces, no se quedaban con el marido por amor o cumplir el estatus de familia feliz, contrariamente a lo que se cree, sino porque las condiciones sociales y económicas no estaban a su favor y, sobre todo, estaban en contra de su independencia.

A pesar de esto nos hace falta el ayer. Recuperar valores morales perdidos, aquellos que se han desechado como televisión vieja, como televisión de blanco y negro que no reproduce todos los colores actuales. Pero ¿por qué rescatar

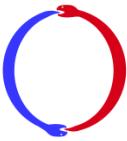
⁸ Kurdek, 2005.



esos códigos éticos perdidos? Conductas que quizá algunas corrientes de pensamiento, así como las nuevas generaciones consideren ya obsoletas. Porque, simplemente, no se puede vivir de manera armoniosa y en paz cuando las estructuras de cualquier sistema social están fragmentadas, son incoherentes, desorganizadas, sin escrúpulos, donde cualquiera las amedrenta con ideas banales y superfluas, y por encima de todo, atentan contra la dignidad de los individuos.

A high-angle, aerial photograph of ocean waves. The water is a deep, vibrant turquoise color, with white foam and spray visible where waves break. The sunlight creates bright highlights on the white foam and darker shadows on the deeper parts of the water, emphasizing the texture and movement of the waves.

Espuma de mar



índice

Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

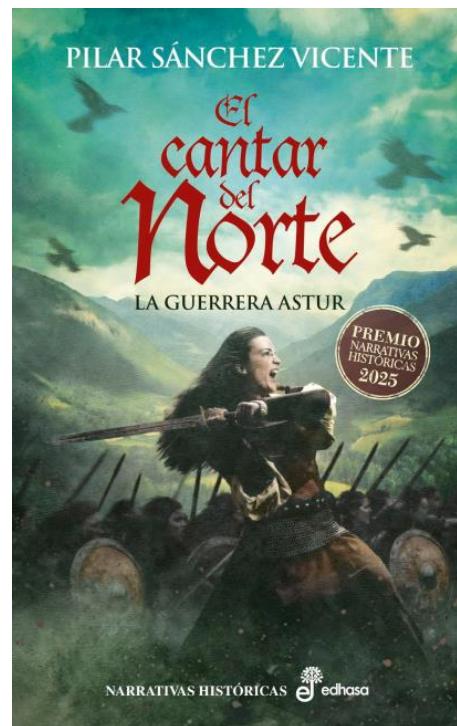
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

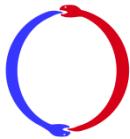
Novela

Según la nota de prensa difundida por EDHASA, el VIII Premio EDHASA Narrativas Históricas 2025 ha recaído, conforme a la decisión del jurado, en la novela *El cantar del Norte*. La guerrera astur, de **Pilar Sánchez Vicente**, presentada en nombre propio con el título original de *La Valentona* (cambiado a posteriori de mutuo acuerdo entre autora y editorial). Pilar Sánchez Vicente se suma ya al palmarés de galardonados: Francisco Narla en 2018 con *Laín. El bastardo*; Emilio Lara en 2019 con *Tiempos de esperanza*; Herminia Luque, como ganadora, con *La reina del exilio*, y José Manuel Aparicio, como finalista, con *Bellum Cantabricum*, en 2020; José Soto Chica con *El dios que habita la espada* en 2021; Abraham Juárez con *La faraona oculta* en 2022; José Zoilo con *La frontera de piedra* en la edición de 2023, y Roberto Corral, con *Gala de Hispania*, el año pasado.

En palabras del jurado, ha merecido el premio *El cantar del norte* porque es «una amena y apasionante novela sobre las mujeres guerreras que, a la sombra de la mítica figura del rey Pelayo, libraron y ganaron batallas. Y está no sólo fielmente documentada y ágilmente escrita, sino que posee un halo de leyenda que transporta al lector, de un plumazo, a las tierras astures de mediados del siglo VIII».

Pilar Sánchez Vicente (Gijón, 1961) es historiadora, documentalista y escritora. Desde 1986 trabaja como profesional de la información para el Gobierno del Principado de Asturias, actualmente



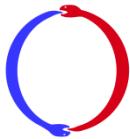


en la Biblioteca Jovellanos de su ciudad. Su gran inquietud cultural y social la ha llevado a ser miembro de diversas asociaciones de biblioteconomía, escritura e información, así como a escribir numerosos artículos y publicaciones sobre la historia, la mujer, la juventud y el turismo. Ha sido también guionista y presentadora. Por su obra, ha recibido los premios Adolfo Posada, 8 de Marzo y Timón.

NOVELA	Convocatorias de concursos que se cierran en mayo de 2025			
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Rafael de Cózar	2	25 000 a 37 500 palabras	Universidad de Sevilla (España)	5 000
Ciudad de Estepona	10	150 a 300	Fundación Manuel Alcántara y el Ayuntamiento de Estepona (España)	25 000
Bienal de novela Mario Vargas Llosa	15	Obra publicada	Cátedra Vargas Llosa (España)	88 300

Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA	Convocatorias de concursos que se cierran en mayo de 2025			
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Mánfer de la Llera	2	2 a 10	Sociedad la Montera (España)	800
Ortega y Sagrista	10	1200 a 1700	Agrupación de Cofradías y Hermandades de la Ciudad de Jaén (España)	300
Eurostars hotels de narrativa de viajes	12	20 000 a 350 000 caracteres	Grupo Hotusa (España)	25 000
Juan Gil-Albert de escritura aforística y del yo	13	100 a 250	Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert (España)	5 000
Ficción y ciencia	14	20 000 a 30 000 caracteres	Universidad de Málaga (España)	1 000
Tierra de toros	15	10 a 20	Asociación Taurina Cultural "Tierra de Toros" (España)	1 000
Microrrelatos y fotografías de EMT	23	≤ 200 palabras	EMT (España)	350
Sierra de Francia	24	4 a 10	Fundación Stmo. Cristo de Arroyomuelo (España)	250
Rafael Mir	30	≤ 8	Ateneo de Córdoba (España)	600
Nacional de las letras "Isabel Agüera" Ciudad de Villa del Río	30	5 a 10	Ayuntamiento de Villa del Río (España)	1 000
Emilia Pardo Bazán	31	≤ 15	Real Asociación de Hidalgos de España y la Cátedra Vargas Llosa (España)	10 000
En amor a dos	31	≤ 1	Ayuntamiento de Arucas (España)	600
Memoria escolar rural	31	≤ 5 000	Ayuntamiento de Fonfría (España)	1 000



Poesía

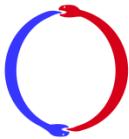
POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en mayo de 2025			
Premio	Día	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]	
Antonio Machado en Baeza	1	500 a 700	Ayuntamiento de Baeza (España)	6 000	
Rafael de Cózar	2	300 a 600	Universidad de Sevilla (España)	5 000	
Ateneo cultural Paterna	9	≥ 70	Ateneo Cultural Paterna (España)	900	
Olas de la mar en calma	10	5	Federación Onubense de Peñas Flamencas 'El Fandango' (España)	800	
Virgen del Carmen	11	14 a 40	Cofradía de la Virgen del Carmen de Alcañiz (España)	200	
Carlos Oroza	18	≥ 500	Asociación Évame Oroza (España)	6 000	
Fundación Loewe	21	≥ 300	Fundación Loewe (España)	30 000	
Sierra de Francia	24	≤ 40	Fundación Stmo. Cristo de Arroyomuelto (España)	250	
Juan Bernier	30	300 a 600	Ateneo de Córdoba (España)	1 000	
Blas de Otero - Ángela Figuera	30	500 a 850	Ayuntamiento de Bilbao (España)	5 500	
Nacional de las letras "Isabel Aguera" Ciudad de Villa del Río	30	300 a 400	Ayuntamiento de Villa del Río (España)	1 000	
Ángel García López	30	14 a 50	Ayuntamiento de Rota (España)	2 400	
Treciembre-José Luis Quintanilla	31	500 a 700	Grupo Literario Juan de Baños (España)	2 000	
Alegría	31	100 a 300	Ayuntamiento de Santander (España)	5 000	

Otros géneros literarios

Los Premios Ortega y Gasset están considerados como los más importantes en el panorama periodístico en lengua española. Este año, en su 42^a edición, han sido reconocidos:

Isabel Coello en la categoría de mejor historia o investigación periodística por el *podcast La casa grande*, una historia de ocho capítulos que aborda el maltrato y el control coercitivo. El relato está contado por mujeres que se recuperan en el Centro de Mujeres Maltratadas. En palabras del jurado, el premio se ha concedido por «la excelencia de un trabajo que sitúa a la audiencia ante una realidad compleja y llena de aristas, como es la de la violencia de género y el control coercitivo. La investigación basa su valor en una alta capacidad descriptiva, la selección de las fuentes —da voz a los hijos de los maltratadores—, la elección del tono adecuado y la agilidad y eficacia con las que hilvana las diferentes





narrativas e historias. Es un trabajo periodístico impecable, que invita a mirar el problema más allá de las cifras y a reflexionar sobre la importancia de que las administraciones públicas inviertan en este tipo de recursos».

Mikel Ayestaran en la categoría de mejor cobertura multimedia por su cobertura en Instagram de la guerra de Gaza. Desde hace más de un año, el periodista publica en su perfil en la red social imágenes del menú diario de una familia gazatí. El jurado ha destacado «el inteligente uso de los recursos en el relato de una historia que se ha contado de una forma muy original. Los menús, frugales y pobres, combinan las penalidades y la dignidad de los habitantes de Gaza. No es sencillo contar bien una historia a través de las redes sociales. Aquí se consigue a través del periodismo de continuidad, de una repetición que forma parte del relato, de la fórmula del largo aliento con un estilo directo que da alma a la historia. Las imágenes, acompañadas de un texto mínimo, van describiendo la crudeza cotidiana de vida en Gaza».



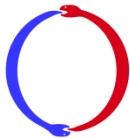
Óscar Corral en la categoría de mejor fotografía por una imagen tomada el 12 de noviembre en la localidad de Alfafar en la que se puede ver a varios bomberos sujetando un poste dañado por la DANA que asoló Valencia el 29 de octubre de 2024. El jurado destacó «la gran simbología histórica e iconicidad de una imagen que transmite la solidaridad y el trabajo común y que pone la mirada en el futuro y la reconstrucción. La composición es similar a una pintura, está repleta de detalles y muestra al ser humano poniéndose en pie ante la destrucción. Es, además, un potente y fundamental mensaje sobre el valor y la importancia de los servicios públicos, que jugaron un papel clave durante la tragedia».



Jorge Ramos, periodista mexicano, recibió el premio a la trayectoria profesional como referente informativo en América, donde ha empleado más de treinta años de su carrera en Univisión, y puede considerarse el presentador y reportero hispano contemporáneo más influyente en América. El jurado ha resaltado que la de Ramos es «la voz de los latinos en Estados Unidos. Referente en el continente americano, de norte a sur, por su constante fiscalización del poder, Jorge Ramos representa el ejemplo del mejor periodismo, el que la sociedad necesita en estos tiempos».



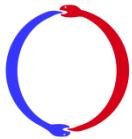
El 27 de marzo, Día Mundial del Teatro, se falló el Premio Jovellanos de Teatro, que ha recaído en el **Adrián Conde**, actor argentino radicado en Asturias, con el proyecto *Memoria de la Nisal*, de Espectáculos Adrián Conde, basado en el texto del joven dramaturgo asturiano Ernesto Is. El trabajo, una historia que se adentra desde la ficción en la peripecia de los niños



de la guerra que abandonaron Asturias durante la contienda civil para encontrar refugio en la antigua Unión Soviética, ha logrado la unanimidad del jurado del Premio Jovellanos a la Producción Escénica, con lo que logra los 21 000 € con los que estaba dotado, suma que ayudará a producir el espectáculo que se estrenará en Gijón el próximo 4 de octubre. El jurado, presidido por Toño Criado, destaca los toques de realismo mágico de la historia, «construida a partir de una serie de recuerdos personales y olvidos íntimos que se entrecruzan con las peripecias vitales de los niños y niñas de la guerra asturiana, hace una lectura contemporánea de los hechos acaecidos en la segunda mitad del siglo XX ... / ... una metáfora del recuerdo, del olvido y del desconocimiento de un pasado común que aún hoy en día nos interpreta y define en nuestro presente».



TEATRO / GUIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en mayo de 2025			
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]	
Rafael De Cózar	2	80 000 a 100 000 caracteres	Universidad de Sevilla (España)	5 000	
Altafulla International Film Festival	2	Max 10	Altafulla International Film Festival (España)	400	
Nacional de las letras "Isabel Aguera" Ciudad de Villa del Río	30	15 a 20	Ayuntamiento de Villa del Río (España)	1 000	
TRADUCCIÓN					
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]	
Alazne Díez Muñiz	15	≤ 20	Centro Cultural Cuenca Cabeza (España)	200	
Bellas Artes de traducción literaria Margarita Michelena	16		INBAL (Méjico)	6 500	

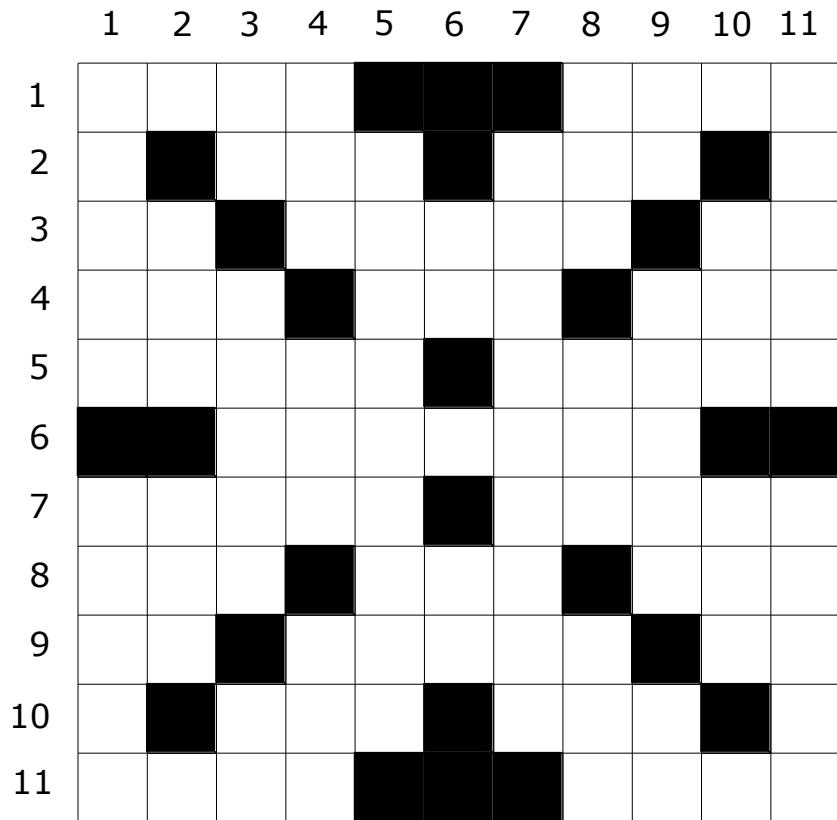


Crucigrama

por Goyo



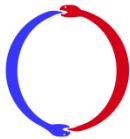
índice



Solución

HORIZONTALES **1** El capitán de *Moby Dick*. Quiebra financiera. **2** Laboratorio. Diosa. **3** Campeón. Dios del inframundo griego. Sigla de señor. **4** Región de Marruecos. Pronombre personal (plural). Plural de vocal. **5** Remero próximo a la proa. Culto, sabio. **6** El autor de *El buscón*. **7** Al revés, baño vaporoso. Resina del pino. **8** Soporte de la salida golfista. Nombre de varón. Entrada marina a la desembocadura de un río. **9** Piedra señalizadora, aunque sin vocales. Sergio...., director de *Érase una vez en América*. Voz cuartelera. **10** Religiosa. Quiera. **11** El marqués de..., autor de *Justine*. “El Terrible”, zar del siglo XVI.

VERTICALES **1** Al revés, Juan Manuel de..., crítico y articulista español. Uno de los mosqueteros. **2** Caballero honorífico inglés. La red inglesa. **3** Símbolo del aluminio. Vela triangular. Sociedad deportiva. **4** Interjección despectiva. Siglas de Estados Unidos de América. Alabe. **5** Torrente...., autor de *La saga fuga de J.B.* **6** Preposición. Río astur-galaico. **7** La esposa de Otelo. **8** Plural de consonante. Distraído, de alguna manera. Antigua casa discográfica. **9** Dios egipcio. Algo o ser fuera de lo normal, aunque al revés. Electrón-voltio. **10** Parcial del tenis. Ver la 8H, tercera. **11** Natural de Córcega. Hermano de Moisés,



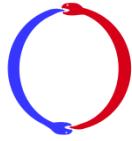
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

3	42	6	10	34	Acunad
38	47	12	11	46	Desagrado, enfado
8	52	33	25	14	Carta de la baraja
31	30	41	45	4	Enseñanza, instrucción
43	17	37	49	18	Hilo fino
1	23	40			Prenda veraniega femenina
26	15	20	35	39	Cara inferior de la hoja
27	51	50	7	9	Áspero, escabroso

Texto: pensamiento de B.Franklin.

Clave, primera columna de definiciones: necesidad, obligación.



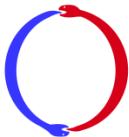
Anagrama se dispara en un pie

índice

O en otra parte. No está claro dónde se metió la bala. El caso es que, con plena conciencia, premeditación y alevosía, cargó el tambor completo, lo hizo girar y apretó el gatillo como si hubiera tenido posibilidad alguna de que el percutor no detonase la carga explosiva del casquillo. Pero, alma de cántaro, ¿qué esperabas? ¿El escudo protector de la libertad de expresión? ¿En qué país piensas que vives? Si en España, hasta hace unos pocos años, era tabú hasta hablar del rey, cuando periodistas y escritores se tentaban las vestiduras antes de juntar un par de letras. Menos mal que vino Corinna y la pillada africana, que dejó al monarca con las posaderas al aire —metafóricamente hablando— y las vergüenzas —estas sí, muchas y literales— expuestas al populacho de tal modo que tuvo que hacer lo que marca la tradición familiar: salir por pies. Pues ya ve usted, señor editor de Anagrama, este es el país en que se juega los cuartos, con su dosis de cinismo y de hipocresía y la autocensura que dicta qué se puede decir y qué hay que callar, aunque esto último resulte más evidente y palpable que la salida o la puesta del Sol, un lugar en el que se alaba el buen gusto en el vestido del rey aunque salte a la vista que está como vino al mundo.

Nadie se puede creer que le pille por sorpresa. Seguro que se lo advirtieron, que cuidado con según qué temas, que tocas la fibra sensible y que hay que ir con las bendiciones de todas las partes para poder decir algo, lo que es equivalente a no decir nada porque, en cuanto se quiere contentar a todo el mundo, la intersección de todos los intereses y opiniones viene a dar como resultado el conjunto vacío. Eso está bien, hablar de la nada no molesta a nadie. Luisgé Martín es un escritor contrastado, ganador del Premio Herralde (de la propia editorial Anagrama y con el nombre de su fundador) en la edición de 2020 (entre otros galardones) y con una abundante obra, sobre todo de narrativa. Luisgé Martín decidió escribir —o le propusieron escribir— sobre uno de los crímenes más terribles ocurridos en España en los últimos tiempos, el asesinato de dos niños de corta edad a manos de su padre como ejercicio último de violencia vicaria que incluía la desaparición de los cuerpos. Terrible sin paliativos. ¿Se puede escribir sobre eso? La respuesta es afirmativa, no puede ser de otra forma. De hecho, el listado de crímenes terribles que se han asomado a las páginas de la literatura, a las pantallas y a los escenarios es muy largo, aquí y en el resto del mundo. Incluso, en la época de la dictadura española, un periódico denominado *El caso* tenía a bien traer a sus páginas los detalles más escabrosos de los crímenes, con mucha más intensidad cuando había morbo: un asesino de alta alcurnia, víctimas infantiles, parricidios... No eran pocos los que acudían a sus páginas a mojar pan en la sangre, como lo justifican las tiradas que llegaron a superar los 100 000 ejemplares.

Los números... Ahí está el asunto trascendente: las ventas previstas. Si en la España medio analfabeta de la dictadura, cuando en una buena parte de los hogares había más televisores que libros, se podía lograr que los lectores acudieran al reclamo del crimen morboso como moscas a la miel, en una sociedad más leída sería fácil dar un puñetazo encima de la mesa editorial y conseguir un verdadero *best-seller*. Seguro que hasta imaginaban la película... Anagrama no anda muy boyante en ese aspecto. Vende, pero sus títulos tienen ese marchamo de calidad, a veces de exquisitez, que los aparta de lo estrictamente comercial. ¡Esta era la ocasión! Un buen escritor y un tema mediático que concitó el interés de una buena parte del país durante el tiempo que duró el desarrollo de los hechos, desde el primer momento hasta la sentencia condenatoria, constituyen los ingredientes perfectos para un lanzamiento a bombo y platillo en el mejor momento del año, a la entrada de la primavera.



Sin embargo, el cálculo fue erróneo. La visión desde un único punto de vista, el del asesino, desató la respuesta de la víctima y todo acabó en los tribunales sin que nadie —al margen del círculo editorial del libro— hubiese leído ni una palabra de la obra. Decisiones *a priori*, lo que viene a ser poner la venda antes que la herida. El boicot anunciado por algunas librerías y libreros contribuyó a que Anagrama retirase la distribución del libro, aunque no existiese ninguna exigencia cautelar al respecto. A la espera de una decisión judicial firme, que aún no se ha producido, la obra duerme en sus cajas, aunque cabe la posibilidad de que nunca salga a la luz.

No importa, el daño reputacional en un sello de la calidad presumida de Anagrama está hecho y tiene difícil reparación, aunque haya actuado con la suficiente rapidez como para retirar la obra a tiempo.

Sea cual sea la decisión judicial última y la subsiguiente posición que adopte la editorial, una situación como esta, que araña la frontera de la libertad de expresión con la ética, desencadena un buen número de preguntas que no tienen fácil respuesta. ¿Se puede publicar todo o debemos censurar aquello que sobrepasa determinados límites? ¿Y dónde están esos límites? ¿Corremos el riesgo de que, una vez establecidos, resbalen poco a poco hacia la moralina? Ahí reside el problema: una vez establecido un mecanismo que dice qué se puede publicar y qué no, sobre qué se puede publicar y sobre qué no, cómo se debe contar y cómo no se debe hacer, se pasa de la discusión cualitativa de si se debe aplicar o no un límite a la discusión cuantitativa de dónde se pone el listón para arrojar al resto de los libros a la hoguera. Como en los viejos tiempos...

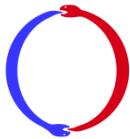
Al margen de cualquier consideración y de cualquier resultado, la pregunta que sí se deberían hacer los responsables de Anagrama es muy sencilla: ¿qué necesidad había de meterse en este jardín?

Al cierre de esta edición de *Oceanum*, Anagrama anunció la resolución del contrato con Luisgé Martín y la liberación de los derechos sobre la edición de la polémica obra. No quedaba más alternativa, aunque el daño sobre la reputación de la editorial no será tan fácil de reparar.

La silla “p” de la RAE ya tiene dueña

Según aparece en su página web, «el Pleno de la Real Academia Española (RAE) ha elegido en su sesión del jueves 27 de marzo de 2025 a la filóloga **Cristina Sánchez López** (Madrid, 1966) para ocupar la silla p, vacante desde el fallecimiento de Francisco Rico Manrique el 27 de abril de 2024. La candidatura de Cristina Sánchez López fue presentada por los académicos Ignacio Bosque, Miguel Sáenz y Paloma Díaz-Mas. Tal como establecen los estatutos y el reglamento de la RAE, la nueva académica tendrá que leer su discurso de ingreso en la corporación para tomar posesión de su plaza.

Cristina Sánchez López es catedrática de Lengua Española desde 2008 en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Se licenció en Filología Hispánica (sección Lingüística Hispánica) y en Filología Románica por la misma universidad, donde se doctoró en Filología en 1993 con premio extraordinario. Fue profesora en la Universidad Autónoma de Madrid de 1993 a 2000 e investigadora visitante en las universidades de Harvard (Cambridge, Estados Unidos), La Serena (Chile) y Ca’ Foscari de Venecia (Italia). Ha dictado cursos de li-



cenciatura, grado, máster y doctorado sobre casi todas las disciplinas en las que suele dividirse el estudio de la lengua española, como son la fonética y la fonología, la morfología, la sintaxis, la semántica, el análisis del discurso y la gramática comparada de las lenguas románicas.

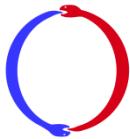
Su ámbito de investigación es la gramática del español; en concreto, la sintaxis, las relaciones entre el léxico y la sintaxis, la variación gramatical en el mundo hispanohablante y la sintaxis histórica. Participa a la vez en varios proyectos dirigidos a mejorar la enseñanza de la gramática española en las clases de secundaria y de bachillerato.



Entre los temas que ha investigado más a fondo están la cuantificación, la determinación, el grado de los adjetivos y adverbios, la negación, las comparativas, las construcciones con se, las partículas y la modalidad oracional. Ha publicado sobre estos temas artículos y capítulos de libro, así como varios volúmenes. Aparte de los libros que ha dedicado a casi todas estas materias, ha contribuido con seis extensos capítulos a obras de referencia sobre el español, como la *Gramática descriptiva de la lengua española*, dirigida por Ignacio Bosque y Violeta Demonte, y la *Sintaxis histórica de la lengua española*, dirigida por Concepción Company Company. Es coautora de dos manuales de lengua española para bachillerato.

Dirigió desde su creación hasta hace poco el grupo de investigación de la UCM sobre Relaciones entre el Léxico y la Sintaxis / Gramática Teórica del Español y ha sido investigadora principal de tres proyectos de investigación financiados dentro del Plan Nacional. Colaboró en la elaboración de materiales para la *Nueva gramática de la lengua española* y en el *Manual de la Nueva gramática de la lengua española*, y formó parte del grupo de trabajo del Instituto Cervantes para la digitalización del Archivo Gramatical de la Lengua Española de Salvador Fernández Ramírez (AGLE).

Durante los tres últimos años ha sido la coordinadora de la edición revisada y aumentada de la *Nueva gramática de la lengua española*, que se presentó en el XVII Congreso de la ASALE, celebrado en Quito, Ecuador, el pasado mes de noviembre.



Ha sido vicedecana de Ordenación Académica y Planes de Estudio de la Facultad de Filología de la UCM (2006-2010) y directora de su departamento de Lengua Española y Teoría de la Literatura (2013-2022). Desde 2014 colabora con distintas agencias e instituciones para la evaluación de la calidad de la docencia y la investigación tanto nacionales (MCIU, Aqu-Catalunya, Agencia Galega, ANECA, MIAS) como internacionales (FONCYT de Argentina; FWO de Bélgica). Es gestora de la Agencia Estatal de Investigación desde septiembre de 2022».

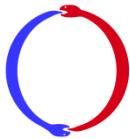
Obituario

La muerte del peruano **Mario Vargas Llosa** (28/3/1936-13/4/2025) en su casa de Lima golpeó al mundo de las letras hispanas en donde más le duele, en la carencia de grandes figuras en relación con las literaturas en otros idiomas. Era el último Premio Nobel vivo que quedaba y el último representante de la eclosión de la literatura hispanoamericana. Tras de sí deja una obra extensa con títulos notables que dibujaron desde todos los ángulos su Perú natal y que, en algunas ocasiones, buscaron paisajes y personajes más allá de sus fronteras para construir un retrato de una buena parte del continente suramericano. Novelista cuidadoso, celoso con la construcción y la secuenciación, exquisito con el lenguaje, rebelde con las coyunturas, consiguió el respaldo del público, en una buena parte, gracias a los consejos de Carmen Balcells, su agente literaria, que modeló su obra desde los primeros escritos hasta conseguir pulir las facetas de la gema que constituía el autor. Y llegaron los reconocimientos de verdad: el Premio Cervantes (en 1994) fue el primero de ellos, un premio que se le otorgaba de forma muy temprana —aún no tenía sesenta años— en relación con lo que solía y suele ser habitual. Tiempo después culminaría su carrera con el Premio Nobel de Literatura, en 2010, lo que permitió que sus letras sobrepasasen el ámbito del español y alcanzasen la universalidad.





Historia de la nación Chichimeca (fragmento)



Fernando de Alva Cortés Ixtlilxóchitl

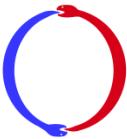
Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

Capítulo I

Que trata de la creación del mundo y sus cuatro edades, que los históricos de esta Nueva España dieron, y fin de cada una de ellas



os más graves autores históricos que hubo en la infidelidad de los más antiguos, se halla haber sido Quetzalcóatl el primero; y de los modernos Nezahualcoyotzin, rey de Texcoco, y los dos infantes de México, Itzcoatzin y Xiuhcoztatzin, hijos del rey Huitzilihuitzin, sin otros muchos que hubo (que en donde fuere necesario los citaré), declaran por sus historias que el dios Teotloquenahuaque Tlachihualcípal Nemoani Ihuicahua Tlalticpaque, que quiere decir conforme al verdadero sentido, el dios universal de todas las cosas, creador de ellas y a cuya voluntad viven todas las criaturas, señor del cielo y de la tierra, etc., el cual después de haber creado todas las cosas visibles e invisibles, creó a los primeros padres de los hombres, de donde procedieron todos los demás; y la morada y habitación que les dio fue el mundo, el cual dicen tener cuatro edades. La primera que fue desde su



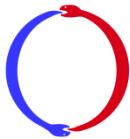
origen, llamada por ellos Atonatiuh, que significa Sol de agua; que con sentido alegórico significan con este vocablo, aquella primera edad del mundo haber sido acabada con el diluvio e inundación de las aguas, con que se ahogaron todos los hombres y perecieron todas las cosas creadas.

La segunda edad llamaron Tlalchitonatiuh, que significa Sol de tierra, por haberse acabado con terremotos, abriéndose la tierra por muchas partes, sumiéndose y derrocándose sierras y peñas, de tal manera que perecieron casi todos los hombres, con cuya edad y tiempo fueron los gigantes que llamaron quinametzocuilhixime.

La tercera edad llamaron Ecatonatiuh, que quiere decir Sol de aire, porque feneció esta edad con aire, que fue tanto y tan recio el viento que hizo entonces, que derrocó todos los edificios y árboles y aun deshizo las peñas, y pereció la mayor parte de los hombres; y porque los que escaparon de esta calamidad hallaron cantidad de monas que el viento debió traer de otras partes, dijeron haberse convertido los hombres en esta especie de animales, de donde nació esta fábula tan mentada de las monas.

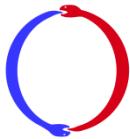
Los que poseían este nuevo mundo en esta tercera edad fueron los ulmecas y xicalancas y según por sus historias se halla, vinieron en navíos o barcas de la parte de oriente hasta la tierra de Potonchan, desde donde comenzaron a poblarle; y en las orillas del río Atoyac que es el que pasa entre la ciudad de los ángeles y Cholula, hallaron algunos de los gigantes de los que habían escapado de la calamidad y consumición de la segunda edad; los cuales siendo gente robusta y confiados en sus fuerzas y mayoría de cuerpo, se señorearon de los nuevos pobladores de tal manera, que los tenían tan oprimidos como si fueran sus esclavos; por cuya causa los caudillos y gente principal buscaron modos para poderse librar de esta servidumbre, y fue en un convite que les hicieron muy solemne: después de repletos y embriagados, con sus mismas armas los acabaron y consumieron, con cuya hazaña quedaron libres y exentos de esta sujeción y fue en aumento su señorío y mando.

Y estando en la mayor prosperidad de él, llegó a esta tierra un hombre a quien llamaron Quetzalcóatl y otros Huémac por sus grandes virtudes, teniéndolo por justo, santo y bueno; enseñándoles por obras y palabras el camino de la virtud y evitándoles los vicios y pecados, dando leyes y buena doctrina; y para refrenarles de sus deleites y deshonestidades les constituyó el ayuno, y el primero que adoró y colocó la cruz que llamaron Quiahutzteotlchicahualiztéotl y otros Tonacaquáhuitl, que quiere decir: dios de las lluvias y de la salud y árbol del sustento o de la vida. El cual habiendo predicado las cosas referidas en todas las más de las ciudades de los ulmecas y xicalancas, y en especial en la de Cholula, en donde asistió más, y viendo el poco fruto que hacía con su doctrina, se volvió por la



misma parte de donde había venido, que fue por la de oriente, desapareciéndose por la costa de Coatzacoalco; y al tiempo que se iba despidiendo de estas gentes les dijo, que en los tiempos venideros, en un año que se llamaría ce ácatl, volvería, y entonces su doctrina sería recibida y sus hijos serían señores y poseerían la tierra, y que ellos y sus descendientes pasarían muchas calamidades y persecuciones; y otras muchas profecías que después muy a las claras se vieron.

Quetzalcóatl por interpretación literal, significa sierpe de plumas preciosas; por sentido alegórico varón sapientísimo; y Huémac, dicen unos que le pusieron este nombre porque imprimió y estampó sobre una peña sus manos, como si fuera en cera muy blanda, en testimonio de que se cumpliría todo lo que les dejó dicho. Otros quieren decir que significa el de la mano grande o poderosa. El cual ido que fue, de allí a pocos días sucedió la destrucción y asolamiento referido de la tercera edad del mundo; y entonces, se destruyó aquel edificio y torre tan memorable y suntuosa de la ciudad de Cholula, que era como otra segunda torre de Babel, que estas gentes edificaban casi con los mismos designios, deshaciéndola el viento. Y después los que escaparon de la consumición de la tercera edad, en las ruinas de ella edificaron un templo a Quetzalcóatl a quien colocaron por dios del aire, por haber sido causa de su destrucción el aire, entendiendo ellos que fue enviada de su mano esta calamidad; y le llamaron asimismo ce ácatl que fue el nombre del año de su venida. Y según parece por las historias referidas y por los anales, sucedió lo suso referido algunos años después de la encarnación de Cristo señor nuestro; y desde este tiempo acá entró la cuarta edad que dijeron llamarse Tletonátiuc, que significa Sol de fuego, porque dijeron que esta cuarta y última edad del mundo se ha de acabar con fuego. Era Quetzalcóatl hombre bien dispuesto, de aspecto grave, blanco y barbado. Su vestuario era una túnica larga.

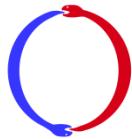


Capítulo II

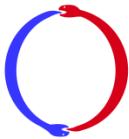
Que trata del origen y venida de la nación tolteca, reyes y caudillos que tuvieron y de sus poblaciones y cosas acaecidas en su tiempo

En esta cuarta edad llegaron a esta tierra de Anáhuac, que se dice al presente Nueva España, la nación tolteca, los cuales según parece por sus historias, fueron desterrados de su patria, y después de haber navegado y costeado diversas tierras hasta donde es ahora la California por la Mar del Sur, llegaron a la que llamaron Huitlapalan, que es la que al presente llaman de Cortés, que por parecer bermeja le pusieron el nombre referido, en el año que llamaron técpatl, que fue en el de 387 de la encarnación de Cristo nuestro señor. Y habiendo costeado la tierra de Jalisco y toda la costa del sur, salieron por el puerto de Huatulco y andando por diversas tierras hasta la provincia de Tochitépec, que cae en la costa del Mar del Norte; y habiéndola andado y ojeado, vinieron a parar en la provincia de Tolantzinco, dejando en los mejores lugares y puestos alguna de la gente que traían para poblarlos. Esta nación tolteca fue la tercera que pobló esta Nueva España, contando por los primeros a los gigantes, y por los segundos a los ulmecas y xicalancas. Estando en el puesto de Tolantzinco contaron ciento y cuatro años que habían salido de su patria; los cuales traían siete caudillos, que por sus tiempos siempre entre estos siete elegían uno que los gobernaba. El primero de estos se llamaba Tlacomihua, aunque otros lo llaman Acatl; el segundo Chalchiúhmatz; el tercero Ahuécatl; el cuarto Coatzon; el quinto Tziuhcóatl; el sexto Tlapálhuitz; el séptimo y último Huitz. Los cuales después poblaron la ciudad de Tolan, que fue la cabeza de su monarquía e imperio, por parecerles lugar conveniente y pasar por el río.

Y a los siete años de su fundación eligieron rey y señor supremo, que fue el primero que tuvieron. Este se llamaba Chalchiuhltlanetzin o Chalchiuhlatónac, que fue en el año que llamaban chicome ácatl, el cual fue en el de 510 de la encarnación. Este rey gobernó cincuenta y dos años, en cuyo tiempo fueron los de esta nación en grande aumento y trataron parentesco y amistad con los naturales que a la sazón había en la tierra, teniéndolos debajo de su dominio y señorío. Al cual le sucedió Tlilquecháhuac Tlalchinoltzin, que entró en el año asimismo llamado chicome ácatl, que fue en el de 562, el cual reinó otros tantos y murió en el de 613 de la encarnación, que llaman chicuacen tochtli, y heredóle en el imperio Huetzin que reinó otros cincuenta y dos años, por ser costumbre entre ellos reinar de cincuenta a cincuenta y dos años, y si antes de cumplirlos morían, gobernaba la república. Este rey Huetzin murió en el de 664, y asimismo en el que llaman chicuacen tochtli. Sucedíóle después Totepeuh, que reinó otros tantos años y murió en el año llamado macuili calli, que fue en el de 716 de la encarnación; y por su fin y muerte entró en la sucesión Názáxoch, el cual reinó otros tantos reinó cincuenta y dos años y acabó en



el de 768, que también se llamó macuili calli, a quien heredó el imperio Tlacomihuá. Este engrandeció y amplió mucho su imperio, hizo muy grandes y sumptuosos edificios, entre los cuales fue el templo de la rana, que colocó por diosa de la agua; el cual reinó cincuenta y nueve años, pasando y excediendo el orden de sus pasados; y murió en el año de 826, que llaman mactactlioceácatl, y por fin y muerte le sucedió la reina Xiuhquentzin, que reinó cuatro años y falleció en el de ome ácatl, que fue en el de 830; a la cual sucedió en el imperio Iztaccaltzin, padre de Topiltzin, en cuyo tiempo se destruyó esta nación.



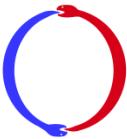
Capítulo III

Que trata de la vida y hechos de Iztaccaltzin y Topiltzin, últimos monarcas de los toltecas, en cuyo tiempo se acabó su imperio

Habiendo sucedido Iztaccaltzin en el imperio, reinó cincuenta y dos años, que fue el tiempo que constituyeron sus antepasados; en cuyo discurso trató amores con Quetzalxochitzin, esposa de un caballero llamado Papantzin descendiente de la casa real; y en esta señora tuvo este rey a Topiltzin, y aunque adulterino, le sucedió en el reino o imperio, que fue en el de 882 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que asimismo se llama Omeácatl; por cuya causa algunos de los reyes y señores sus vasallos se levantaron contra él: unos pretendieron para sí el imperio, pareciéndoles ser más propincuos y dignos de él, y otros en venganza del adulterio, que fueron los más señalados Coanacotzin, Huetzin y Mixiotzin, reyes y señores que eran de las provincias que caían en las costas del Mar del Norte. Y es así que habiendo reinado los cincuenta y dos años referidos el rey Iztaccaltzin, hizo jurar a su hijo Topiltzin, hallándose en la jura algunos de los reyes y señores que le eran amigos, como fueron Iztacquauhtzin y Maxtlatzin.

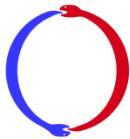
Luego que entró Topiltzin en la sucesión del imperio, hubo grandes presagios de su destrucción, y se cumplieron ciertos pronósticos y profecías que habían pronosticado sus mayores; que fueron entre otras muchas, que cuando imperase un rey que tuviese el cabello levantado desde la frente hasta la nuca, como a manera de penacho, en su tiempo había de acabarse esta monarquía tolteca. Y que asimismo los conejos en este tiempo habían de criar cuernos como venados, y el pájaro huitzitzilin criar espolón como gallipavo; todo lo cual sucedió así, porque el rey Topiltzin tuvo el cabello como está dicho, y se vio en el tiempo de su reinado acaecer lo referido en los conejos y huitzitzilie; y acaecieron otros prodigios de que causó grande espanto y alteración al rey, y mandó juntar a los sacerdotes y adivinos para que le declarasen lo que significaba; y habiéndole dicho ser de su destrucción, según por las historias parece, mandó llamar a sus mayordomos y entregarles sus tesoros, que eran los mayores que hubo en aquel tiempo, para que los retirasen en la provincia de Quiahuiztlan, temiéndose de los reyes sus contrarios; y tras de los prodigios y señales comenzó la hambría y esterilidad de la tierra, pereciendo la mayor parte de las gentes y comiéndose el gorgojo y gusanos los bastimentos que tenían en sus trojes, y otras muchas calamidades y persecuciones del cielo, que parecía llover fuego; y fue tan grande la seca que duró veintiséis años, de tal manera que se secaron los ríos y fuentes.

Y viendo los reyes sus contrarios cuán faltó estaba de fuerzas y sustento, vinieron contra él con un poderoso ejército, y a pocos lances le fue-



ron ganando muchas ciudades hasta venir a apoderarse de la de Tula, cabecera del imperio; y aunque salieron huyendo de ella el rey Topiltzin con toda su gente, a pocas jornadas les fueron dando alcance y matando, y el primero que murió fue el rey viejo Iztacquahtzin su padre, y con él la dama Quetzalxóchitl, que tenían ambos casi una edad, que, según está en las historias, eran de casi de a ciento cincuenta años. Y en la provincia de Totolapan alcanzaron a los dos reyes Iztacallihtzin y Mantla (conferados de Topiltzin) en donde les dieron desastrada muerte, por más que se defendieron; y el rey Topiltzin se perdió que nunca más se supo de él; y de dos hijos que tenía solo el uno, que fue el príncipe Póchotl, lo escapó Tochcueie, que así se decía la ama que lo criaba en los desiertos de Nonoalco; y los pocos de los toltecas que escaparon en las montañas y sierras fragosas y entre los carizales de la laguna de Colhuacan. Este fin tuvo el imperio de los toltecas que duró quinientos setenta y dos años, y viéndole tan arruinado los reyes que vinieron a sojuzgarle, se volvieron a sus provincias, y aunque victoriosos, muy derrotados y con pérdida de la mayor parte de sus ejércitos, que perecieron de hambre; y la misma calamidad corrió en sus tierras, porque fue generalmente la seca y esterilidad de la tierra, pareciendo ser permisión de Dios que por todas vías fuese castigada esta nación, pues de la una y otra parte apenas quedaron algunos.

Estos toltecas eran grandes artífices de todas las artes mecánicas: edificaron muy grandes e insignes ciudades, como fueron Tolan, Teotihuacan, Chololan, Tolantzinco y otras muchas, como parece por las grandes ruinas de ellas. Su vestuario era unas túnicas largas a manera de los ropones que usan los japones, y por calzado traían unas sandalias, y usaban unos a manera de sombreros hechos de pala o de palma. Eran poco guerreiros, aunque muy republicanos; y eran grandes idólatras. Tenían por particulares dioses al Sol y a la Luna; y según parece por las historias referidas, vinieron por la parte de poniente costeando por la Mar del Sur. La última y total destrucción fue en el año de 959 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman Cetécpatl, siendo pontífice de la Iglesia de Dios Joannes XII, y emperador de Alemania Othón I de este nombre y rey de Castilla don García.

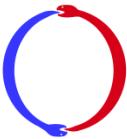


Capítulo IV

Que trata de la venida y población que hizo el gran chichimeca Xólotl en las tierras de los toltecas

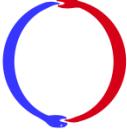
Habían pasado cinco años que los toltecas se habían destruido y estaba la tierra despoblada, cuando vino a ella el gran chichimeca Xólotl a poblarla, teniendo noticia por sus exploradores de su destrucción, que fue en el año de 963 de la encarnación de Cristo nuestro señor que llaman macuili técpatl; el cual salió de hacia la parte septentrional y de la región y provincia que llaman Chicomóztoc, y habiendo entrado por los términos y tierra de los toltecas hasta llegar a la ciudad de Tolan, cabecera de su imperio, en donde halló muy grandes ruinas despobladas y sin gente, por lo que no quiso hacer asiento en Tula, sino que prosiguió con sus gentes enviando siempre exploradores por delante, para que viesen si hallaban alguna de la gente que hubiese escapado de la destrucción y calamidad de esta nación. El cual llegó a un lugar que se llama Tenayocan Oztopolco, lugar de muchas cuevas y cavernas, que era la principal habitación que esta nación tenía; de buen temple, aires y de buenas aguas, opuesta al nacimiento del Sol, cerca de la laguna que ahora se llama mexicana; que con su acuerdo y con el de los más principales de su ejército, se fundó allí su corte y principal morada, y habiendo tomado la posesión quieta y pacífica sobre toda la tierra que contenía dentro de todos los términos del imperio de los toltecas, por su persona y por la de sus caudillos y capitanes (que los más principales de ellos eran seis señores que se llamaban Acatómatl, Quahuatlápal, Cozcaquauh, Mitlíztac, Tecpan, Iztacquauhtlila), pobló con las gentes de su ejército, que fue el mayor número que se halla en las historias haber tenido ningún príncipe de los más poderosos que hubo antes ni después en este nuevo mundo porque, según parece sin las mujeres y niños, era más de un millón, y las tierras que pobló este gran ejército en su primer asiento fueron todas las que caen de la parte

El de adentro de las sierras de Xocotitlan, Chiuhnauhtécatl, Malinalocan, Itzocan, Atlíxcahuacan, Temalacatitlan, Poyauhtlan, Xiuhtecuhitlan, Zacatlan, Tenamítec, Quauhchinanco, Tototépec, Meztitlan, Quachquetzaloyan, Atotonilco y Quahuacan, hasta tornar a dar con la sierra referida de Xocotitlan, que todo ello contiene más de doscientas leguas de circunferencia; y los pocos toltecas que habían escapado de su destrucción, les dejó vivir en los pueblos y lugares en donde estaban reformados y poblados cada uno con su familia, que fue en Chapultepec, Colhuacan, Tlatzalantepexoxoma, Totolapan, Quauhqueholan, y hasta la costa del Mar del Norte en Tozapan, Tochpan, Tziuhcóac y Xicotépec, y lo mismo en Chololan, aunque algunos de ellos no pararon hasta la tierra de Nicaragua a donde fueron a poblar, y a otras tierras remotas, en donde no llegó con tanta fuerza la seca y calamidad referida.

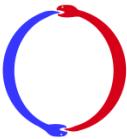


Este gran chichimécatl traía por mujer a la reina Tomyauh en quien tuvo al príncipe Nopaltzin, que ya era mancebo cuando vino a estas partes, y era uno de los más principales caudillos de su ejército; y asimismo tuvo otras dos hijas en ella que nacieron en Tenayocan en donde tenía corte, que fueron las infantes Cuetlaxxochitzin y Tzihuacxochitzin. El cual procedía del antiquísimo linaje de los reyes teochichimecas, cuyo imperio y señorío estaba debajo del septentrión, cuales fueron Nequámetl Namácuix y otros muchos, según parece por la historia de los reyes chichimecas, y lo declara el canto que compusieron los infantes de México, Xiuhtcozcatzin y Izcoatzin, que se intitula canto de la historia de los reyes chichimecas. Y este apellido y nombre de chichimeca lo tuvieron desde su origen, que es vocablo propio de esta nación, que quiere decir los águilas, y no lo que suena en la lengua mexicana, ni la interpretación bárbara que le quieren dar por las pinturas y caracteres, porque allí no significa los mamones, sino los hijos de los chichimecas habidos en las mujeres toltecas; aprovechándose los históricos de los labios que concluyen la partícula te para poder pronunciar tepilhuan.

Había poco más de veinte años que este gran poblador estaba poblando, cuando comenzaron a venir otros seis caudillos de su misma nación, también con cantidad de gente, que venían en su seguimiento, entrando cada caudillo un año tras otro; el primero de los cuales se llamaba Xiyotecua; el segundo Xiyotzoncua; el tercero Zacatitechcochi; el cuarto Huihuaxtzin; el quinto Tepotzoteaca; el sexto y último Itzcuintecua: a los cuales recibió y mandó poblar en las tierras y términos de Tepetlaóztoc. Y habiéndose reformado los toltecas que habían escapado de su destrucción y calamidad, y teniendo por su cabeza principal a Nauhyotzin, que residía en Culhuacan, suegro que vino a ser del príncipe Póchotl, acordó el gran chichimeca Xólotl de pedirles le diesen un cierto tributo y reconocimiento como a supremo y universal señor que era de esta tierra de Anáhuac. Nauhyotzin en nombre de todos los demás de su nación respondió: «que la tierra la habían poseído sus mayores a quienes pertenecía; y que jamás ellos reconocieron ni pagaron tributo a ningún señor extraño, y que así ellos, aunque eran pocos y estaban acabados, pretendían guardar su libertad y no reconocer a nadie, sino tan solamente al Sol y a los demás sus dioses». Y vista por Xólotl su determinación y que por medios de paz no habían querido allanarse, lo remitió a las armas; y así despachó al príncipe Nopaltzin su hijo con razonable ejército, que fue menester poca gente, porque sus contrarios, aunque juntaron toda la más que pudieron, no eran tan aventajados en la milicia como los chichimecas. Diose la batalla en la laguna y carrizales de Colhuacan; y aunque los culhuas tenían el campo aventajado para pelear en canoas, en pocos lances fueron vencidos y desbaratados por el príncipe Nopaltzin; y habiéndolos sojuzgado restituyó en el señorío de los culhuas a Achichómetl (que a esta sazón se llamaban así los del linaje de los toltecas), con cierto reconocimiento que diesen en cada



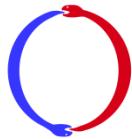
año al gran chichimécatl Xólotl su padre. Esto acaeció en el año de 984 de la encarnación de Cristo nuestro señor y en el que llaman le calli.



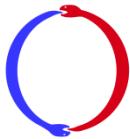
Capítulo V

Que trata de la venida de los aculhuas, tepanecas y otomíes, y de cómo Xólotl los recibió y les dio señoríos y tierras en que poblasen, casando a las dos cabezas con sus dos hijas, y de los hijos que tuvieron; y asimismo del casamiento del príncipe Nopaltzin y de los hijos que tuvo

Hacía cuarenta y siete años cumplidos que Xólotl estaba en esta tierra de Anáhuac poblándola, y cincuenta y dos años de la última destrucción de los toltecas, que ya era el año de 1011 de la encarnación de Cristo nuestro señor, cuando llegaron la nación de los aculhuas, los cuales salieron de las últimas tierras de la provincia de Michoacan, que eran de la misma nación de los chichimecas michchuaque, aunque venían divididos en tres parcialidades, que cada una de ellas tenían diferente lenguaje, trayendo cada una de ellas su caudillo y señor. Los que se llamaban tepanecas traían por caudillo y señor a Acolhua, que era el más principal de los tres; el segundo se decía Chiconquauh, caudillo y señor de los otomíes, que era de las tres la más remota y de lenguaje muy extraño y diferente; y según sus historias parece vinieron de la otra parte de aquel mar mediterráneo que llaman Bermejo, que es hacia donde caen las Californias. El tercero se llamaba Tzontecómatl, caudillo y señor de los verdaderos aculhuas: los cuales se fueron a la presencia de Xólotl para que los admitiese en su señorío y diese tierras en que poblasen, el cual teniendo muy entera relación de ser estos caudillos de muy alto linaje se holgó infinito; y no tan solamente los admitió, sino que también les dio tierras en que poblasen los vasallos que traían, y los dos de ellos los casó con sus dos hijas, dándoles con ellas pueblos y señoríos; casando a la infanta Cuetlaxxochitzin con Aculhua y le dio con ella la ciudad de Azcaputzalco por cabeza de su señorío; y a la otra infanta Tzihuacxóchitl la casó con Chiconquauhtli, y le dio a Xaltocan por cabeza de su señorío, que lo fue muchos años de la nación otomíe. A Tzontecómatl caudillo de los aculhuas, le dio a Cohuatlichan por cabeza de su señorío, y les casó con Quatetzin, hija de Chalchiutlatónac señor de la nación tolteca y uno de los primeros señores de la provincia de Chalco. Acolhua primer señor de Azcaputzalco y de los tepanecas, tuvo en la infanta Cuetlaxxochitzin tres hijos varones, que el primero se llamó Tezocómoc, el cual después de sus días le heredó en el señorío; el segundo se llamó Hepcoatzin, que después vino a ser primer señor de los tlatelolcos; y el menor Acamapichtli, de los tenochcas que es la nación mexicana, que después vinieron a poblar, y fueron los últimos. Chiconquauh, señor de Xaltocan y de la nación otomíe, tuvo en la infanta Tzihuacxochitzin otros tres hijos. La primera se llamó Tzipacxochitzin, que casó con Chalchiuhtemotzin, primer señor de Chalco Atenco; el segundo Macuilcoatlochopantecuhtli, que vinieron a ser primeros señores y pobladores de la provincia de Metztitlan Tzontecomatltecuhatl tuvo solo un hijo que se llamó Tlacotzin que casó con una hija de



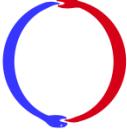
Cozcaquauh, uno de los primeros señores y pobladores de la provincia de Chalco. El príncipe Nopaltzin que también casi a estos tiempos se casó con Azcaxochitzin, hija legítima del príncipe Póchotl, y nieta de Topiltzin último rey de los toltecas (con esta unión y matrimonio quedaron en perpetua paz y conformidad, y comenzaron a emparentar los unos con los otros); tuvo en esta señora tres hijos: el primero fue el príncipe Tlotzinpóchotl; el segundo Huixaquentochintecuhtli; el tercero y último Coxanatzin Atén-catl. También tuvo antes de estos un hijo natural, que se llamó Tenanca-caltzin.



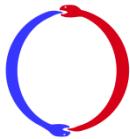
Capítulo VI

De cómo el gran chichimeca dio a otros señores poblaciones y provincias

Hasta la venida de los aculhuas, ninguno de los caudillos y señores que trajo consigo el gran chichimeca, tenía señorío particular, porque los traía ocupados en las poblaciones, unas veces en unas provincias y otras en otras; y porque ya era tiempo que fuesen premiados, pues el gran chichimeca había hecho tan grandes y espléndidas mercedes a los extraños, como lo eran los señores acolhuas, acordó en el mismo año atrás referido de dar y repartir a todos señoríos y estados, conforme a la calidad y méritos de sus personas. A los tres señores de los seis que trajo consigo, que fueron Acatómatl, Cuauhatlápatl y Cozcaquauh para que juntamente con Chalchiuhtlatónac, caballero de nación tolteca, fuesen señores de la provincia de Chalco, tierra fertilísima y abundante de todas las cosas necesarias a la vida humana; y a Metlíztac que era el cuarto, le dio y repartió la provincia de Tepeyácac; y a los otros dos, Técpatl y Quauhtlíztac, los hizo señores de la provincia de Macahuacan. A sus dos nietos hijos del príncipe Nopaltzin, fuera del sucesor, que eran Huixaquen y Cozanatzin, los envió a Zacatlan y Tenamítec para que fuesen señores de todas aquellas tierras, que caen fuera de la circunferencia de las sierras atrás referidas, corriendo desde los términos de las sierras y tierras de la Cuexteca hasta las de la Mixteca, suficiente señorío para la calidad de sus personas, porque incluye en sí muchas y muy grandes provincias, sin ningún vasallaje ni tributo al imperio, mas de tan solamente el homenaje y asistencia de la corte, cuando fuesen llamados, y ayuda y socorro de gente si se ofreciesen guerras, en favor del imperio. A todos los demás señores atrás referidos, fue con ciertas obligaciones y reconocimientos de tributo y vasallaje. La misma gracia y merced gozaron las hijas y yernos del gran chichimeca. En este mismo año cercó un gran bosque en la sierra de Texcoco, en donde entró cantidad de venados, conejos y liebres; y en medio de él edificó un cu que era como templo, en donde de la primera caza que cogían por las mañanas él y el príncipe Nopaltzin, o su nieto el príncipe Póchotl, la ofrecían por víctima y sacrificio al Sol, a quien llamaban padre y a la tierra madre, que era su modo de idolatría, y no reconocían ningún otro ídolo por dios; y asimismo de aquí sacaban para su sustento y de las pieles su vestuario; y estaba a su cargo esta cerca y cuatro provincias, que eran Tepepolco, Zempoalan, Tolantzinco y Tolquachiocan. Y al príncipe Tlotzin, su nieto, le dio las rentas que pertenecían al imperio, que tenían obligación a dar los de las provincias de Chalco, Tlanahuacaztlálhuic, y todo lo que contenía desde el volcán, sierra-nevada hasta donde acaba aquella cordillera, y sierras de Texcoco, que es corriendo desde los valles de la campiña, por la parte del norte, hasta las tierras de la Mixteca, corriendo hacia el sur corriendo todas aquellas llanadas y lagunas: el cual puso su asiento y corte en un lugar que se

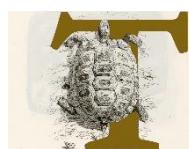


dice Tlatzalantlalanóztoc; el cual se casó con Pachxochitzin, hija de Quauhatlápal, uno de los señores referidos de la provincia de Chalco, en quien tuvo seis hijos que fueron las dos primeras hembras; el tercero, y primero de los varones, fue el príncipe Quinatzintlaltecatzin; el segundo fue Nopaltzin Cuetlacchihui; el tercero y último Tochintecuhtli, que vino a ser el primer señor de la ciudad y provincia de Huexotzinco; y el cuarto y último fue Xiuhquetzalitecuhtli, primer señor de la ciudad y provincia de Tlaxcalan.

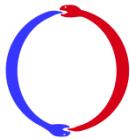


Capítulo VII

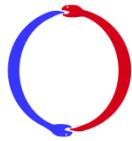
De lo más que sucedió en tiempo de aqueste gran monarca Xólotl hasta su fin y muerte



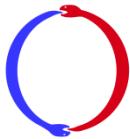
lacotzin, hijo de Tzontecómal, señor de Coatlichan y de los aculhuas, se casó con Malinalxochitzin, la mayor de las dos hijas del príncipe Tlotzinpóchotl, en la cual hubo dos hijos, el primero Huetzin y la segunda Chichimecalihuatzin: el cual viéndose emparentado con la casa imperial y que sus obligaciones eran muy grandes y su estado y señorío muy corto, acordó de ir a visitar al gran chichimeca Xólotl y pedirle hiciera alguna merced a su tataranieto Huetzin; y así estando Xólotl en una recreación que tenía cerca de la laguna, le representó allí su demanda, el cual entre otras muchas mercedes que le hizo, dio a Huetzin, que era entonces mancebo de poca edad, la provincia de Tepetlaóztoc que tenían poblada aquellos seis caudillos que vinieron después de recién entrado en esta tierra, que había ochenta y un años que le pagaban tributo y vasallaje y eran de su recámara; con que se le aumentó el señorío. El tributo que estos chichimecas pagaban era conejos y liebres, venados, pieles de fieras y mantas de nequén. El príncipe Nopaltzin, que asimismo estaba en esta sazón con su padre, dio orden de que su bisnieto Huetzin se casase con Atototzin, la mayor de las dos infantes hijas de Achitometzin, primer rey y señor de los culhuas y la menor que se decía Ilancueitl se casase con Acamapichtli, su sobrino, hijo de Aculhua primer señor de Azcaputzalco y rey de los tepanecas: que ambas a dos infantes eran sobrinas de la princesa Azcalxóchitl su mujer: lo cual se puso por obra y se efectuó. Esto sucedió en el año de 1050 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman ce ácatl. Los de la provincia de Tepetlaóztoc, visto que estaban presos debajo del señorío del mancebo Huetzin, aunque le acudían con los tributos que tenían obligación, todavía lo sentían por pesada carga y en especial Yacánex que era el caudillo principal de ellos, el cual vino a tanta demasía su desvergilanza que acometió a hacer dos cosas muy atrevidas: la una fue que así como supo los casamientos de su señor Huetzin con la infanta Atototzin, se opuso pidiéndola con violencia y amenazando al rey su padre, de que él y toda su corte se alteraron y le respondió que no podía quebrar su palabra que tenía prometida al príncipe Nopaltzin y en el ínterin que andaban con demandas y respuestas, despacharon de secreto a la infanta para entregarla a su esposo Huetzin, temiéndose de este tirano no se la sacase a fuerza de armas, porque había ido apercibido de gente y armas. La otra fue negar la obediencia totalmente a Huetzin su señor, levantando a todos los más de los chichimecas de la provincia de Tepetlaóztoc, de tal manera que el gran chichimeca Xólotl en el año de 1062, que llaman ce ácatl, por atajar alteraciones y novedades y excusar guerras, envió a llamar a Tochintecuhtli, hijo de Quetzalmácatl señor de Quahuacan, hombre valeroso y muy experto en la milicia y con él cantidad de familias de chichimecas. Venido que fue le



mandó que ante todas cosas y por principio de las mercedes que pretendía hacerle si acudía con puntualidad a lo que le quería encargar, fuese a Xaltocan y de camino se desposase con Tomiauh, su bisnieta, hija de Opante-cuhtli que a la sazón era recién entrado en el señorío de Xaltocan y reinado de los otomíes y hecho esto se fuese a Huexutla y allí se pusiese con su ejército a la defensa y amparo de Huetzin, de que desde luego le hacía señor de todas aquellas tierras y de Teotihuacan y otros lugares y que procurase si pudiese sin derramamiento de sangre prender y matar a Yacánex y a sus consortes y donde no, ayudase a Huetzin y por fuerzas de armas los matasen. Todo lo cual puso por obra Tochintecuhtli y se puso en el puesto de Huexutla el año siguiente de 1064 que llaman ce técpatl. El príncipe Quinatzin pasó su corte y morada a Oztoctícpac, que es en Texcoco y dio principio a esta ciudad en su población, dejando a su padre en Tlazalan, donde asistía; lo uno por parecerle éste ser mejor puesto y lo otro, por amparar a su sobrino Huetzin; que dos años antes el príncipe hizo tres cercas grandes la una por bajo de Huexutla hacia la laguna y otra en la ciudad de Texcoco, que había comenzado a fundar estas dos para sembrar en ellas maíz y otras semillas que usaban los aculhuas y toltecas y la otra cerca en el pueblo de Tepetlaóztoc para venados, conejos y liebres; y dio el cargo de tener cuenta de esto a dos chichimecas caudillos, que el uno se decía Acótoch y el otro Coácuech, los cuales aunque en la una cerca les era de gusto, las otras dos, de las sementeras, cosa que jamás ellos habían acostumbrado, les fue muy pesada carga; y así se confederaron con el tirano Yacánex y con otros bandoleros, de manera que les fue forzoso al príncipe Quinatzin y su sobrino Huetzin juntar sus gentes con las de Tochintecutli primer señor de Huexutla y acometer al enemigo en dos partes: en la una, en donde se había fortalecido con su gente que fue donde está ahora el pueblo de Chiautla. Fue Huetzin sobre él y tuvieron muy cruel batalla, en donde murieron de ambas partes mucha gente hasta que fueron vencidos los bandoleros y su caudillo Yacánex se fue huyendo sin parar hasta Pánuco, porque había la sierra en donde pretendieron ampararse y tenían aquella fuerza. El príncipe Quinatzin al mismo tiempo con la gente que llevó, los desbarató y mató a muchos de ellos, aunque también se les escapó Ocótoch, el que los acaudillaba, uno de los dos atrás referidos, en seguimiento de Yacánex. Aunque por entonces quedó la tierra pacífica y en las provincias remotas todos se ocupaban en poblar y aumentarse las gentes. En este mismo año tuvo también guerra Aculhua, señor de Azcaputzalco, con Cozcacuauh uno de los chichimecas rebelados, que se le había alzado con la provincia de Tepotzotlan que pertenecía a su señorío; que después de haberlo desbaratado y vencido, se le escapó huyendo hacia la parte a donde fueron los demás. Estas batallas sucedieron a los ciento cuarenta años después de la destrucción de los toltecas, que fueron las primeras que tuvieron los chichimecas unos con otros. En el año de 1075 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman matlactiomei técpatl falleció este gran chichimeca, monarca y padre de familias Xólotl, estando en su ciudad y corte de Tenayucan, a los ciento doce años de su imperio y



a los ciento diecisiete de la última destrucción de los toltecas, en la mayor prosperidad, paz y concordia que tuvo este nuevo mundo; al cual se le hicieron muy solemnes honras y fue enterrado su cuerpo en una de las cuevas de su morada, asistiendo a ellas la mayor parte de los príncipes y señores de su imperio.

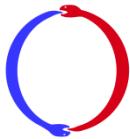


Capítulo VIII

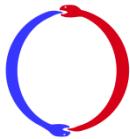
De cómo el príncipe Nopaltzin entró en sucesión del imperio y de las cosas que sucedieron en su tiempo



cabadas las honras del gran Xólotl, luego todos los príncipes y señores juraron al príncipe Nopaltzin por su señor supremo y universal, como persona que le venía de derecho el imperio; y supo tan bien gobernarle, que en treinta y dos años que le duró el imperio no se atrevió ningún señor a desmandarse, sino que a todos los tuvo muy sujetos y fueron en grande aumento todas las cosas y los estados y señoríos del imperio; que a esta sazón todo lo más que contienen las tierras desde los chichimecas, mixtecas y michuques y toda la costa del Mar del Sur y Norte estaba poblado. En este tiempo entró en la sucesión del reino de los culhuas Calcozametzin, que fue el tercero, por orden y confirmación de Nopaltzin; el cual demás de las leyes que sus pasados constituyeron, mandó guardar las siguientes. La primera, que ninguno fuese osado a poner fuego en los campos y montañas si no fuese con su licencia y en caso necesario, so pena de muerte. La segunda, que nadie fuese osado a tomar ninguna caza que hubiese caído en redes ajenas, so pena de perder el arco y flechas que tuviese y que en ningún tiempo pudiese cazar sin su licencia. La tercera, que ninguna persona tomase la caza que otro le hubiese tirado, aunque la hallase muerta en el campo. La cuarta, que por cuanto estaban puestos y dedicados los cazaderos de particulares amojonados, ninguna persona quitase los tales mojones, so pena de muerte. La quinta, que los adulteros fuesen degollados con flechas hasta que muriesen, así hombres como mujeres: y otras leyes, fuera de éstas hizo y estableció, que eran convenientes en aquellos tiempos para el buen gobierno de su imperio. Su nieto el príncipe Quinatzin Tlaltecatzin, que tenía su asiento y corte en la ciudad de Texcoco, casó con Quauhtzihuatzin hija de Tochintecuhtli primer señor de Huexutla, en la que tuvo cinco hijos; que el primero se llamó Chicamacatzin; el segundo Memexotzin o según otros Memelxtzin; el tercero Matzicoltzin; el cuarto Tochpili; el quinto y el menor de todos, fue el príncipe Techotlalatzin que vino a heredar el imperio por las causas que adelante se dirán. Huetzin, que casó con la infanta Atototzin, como atrás queda referido, tuvo en ella siete hijos, el primero fue Acolmiztli que le sucedió en el señorío; la segunda se llamó Coxxochitzin; la tercera Coazánac; el cuarto Quecholtecpanzin Quauhtlachtli; el quinto Tlatónal Tetliopeuhqui; el sexto Memexoltzin Itzitztolinqui; el último y séptimo Chicamacatzin Matzicolque. Este y Tlataclánex fueron a Huexotzinco, y Meméxol a Tlaxcalan. Tochintecutli, primer señor de Huexutla, tuvo en Tomiacuhtzin cinco hijos que el primero se llamó Matzicoltzin y la segunda Quauhcihuatzin, que fue reina de Texcoco; el tercero Quiauhztzin; la cuarta Nenetzin que casó con Acolmiztli señor de Coatlichan; y el quinto y último se llamó Yáotl. Y el segundo hijo de Aculhua, llamado Epcoatzin, se casó con Chichimecazoatzin hermana



de Huetzin señor de Coatlichan, en quien tuvo dos hijos; que fue luego Quaquauhpitzáhuac, que vino a ser segundo señor de los tlatelolcas y la segunda y última que caso con Chalchiutlatónac su primo hermano, que vino a ser primer señor de Coyohuacan. Acamapichtli, el menor de los hijos de Aculhua, tuvo en la infanta Ilancueitl tres hijos; el primero se llamó Huitzilihuitzin, segundo señor de los tenochcas y rey de los colhuas; el segundo fue Chalchiutlatónac que fue el primer señor de Coyohuacan, como está referido; el tercero y último Xiuhtlatónac que lo mató Huepantécatl. Todos estos linajes y descendencias sucedieron en el tiempo que imperó Nopaltzin. Hácese mención de estos linajes por haber sido origen de lo más ilustre de la Nueva España. A los últimos tiempos del imperio de Nopaltzin lo más de ello asistía en el bosque de Texcoco, que ya a esta sazón se llamaba Xolotepan, que es lo mismo que decir Templo de Xólotl, en donde daba muchos y saludables documentos a su hijo el príncipe Tlotzin, de la manera que había de regir y gobernar el imperio, que estaba en gran pujanza y sujetos a él muchos reyes y señores que estaban ya muy poderosos; trayéndole a la memoria el valor grande de su abuelo Xólotl y de los demás sus antepasados; y todas las veces que esto hacía era con gran sentimiento y lágrimas de sus ojos. El cual estando en la ciudad de Tenayocan, falleció el año 1107 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman macuili ácatl: fue sepultado su cuerpo en el mismo lugar donde estaba su padre, con gran sentimiento y dolor del imperio: a cuyas exequias y honras se hallaron muchos señores.

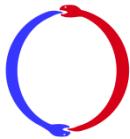


Capítulo IX

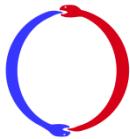
Que trata de la vida y cosas que acaecieron en el discurso del tiempo que imperó Tlotzin



urado que fue y recibido en el imperio Tlotzin, una de las cosas en que más puso su cuidado fue el cultivar la tierra; y como en tiempo de su abuelo Xólotl lo más de él vivió en la provincia de Chalco, con la comunicación que allí tuvo con los chalcas y toltecas, por ser su madre su señora natural, echó de ver cuan necesario era el maíz y las demás semillas y legumbres para el sustento de la vida humana; y en especial lo aprendió de Tecpoyotl Achcauhatl que tenía su casa y familia en el peñol de Xico: había sido su ayo y maestro y entre las cosas que le había enseñado, era el modo de cultivar la tierra y como persona habituada a esto, dio orden de que en toda la tierra se cultivase y labrase y aunque a muchos de los chichimecas les pareció cosa conveniente y la pusieron por obra, otros que todavía estaban en la dureza de sus pasados, se fueron a las sierras de Metztitlan y Totépec y a otras partes más remotas sin osar levantar armas, como lo habían hecho Yacánex y sus aliados; y desde este tiempo se comenzó a cultivar en todas partes la tierra, sembrando y recogiendo maíz, y otras semillas y legumbres y algodón en las tierras cálidas para su vestuario. El modo que tenían en la jura y coronación de los emperadores chichimecas era coronarlos con una yerba, que se dice pachxóchitl, que se cría en las peñas y ponerles unos penachos de plumas de águila real encajados en unas ruedecillas de oro y pedrería, que llamaban Cocoyahuálol, juntamente con otros dos penachos de plumas verdes, que llamaban Tecpíotl; que lo uno y lo otro ataban en la cabeza con unas correas coloradas de cuero de venado: y después de haberle puesto en la cabeza las cosas referidas (que esto hacían los mayores y más ancianos señores del imperio), salían a ciertos campos en donde tenían acorraladas cantidad de fieras de todo género, con quienes peleaban y hacían mil gentilezas y después de haber matado y despedazado, corrido, saltado y lechádose unos a otros y hecho otras cosas de regocijo a su modo, iban a los palacios, que eran unas cuevas grandes, en donde comían todo género de caza asada en barbacoa, y no, como algunos piensan, seca al Sol, porque siempre los chichimecas usaron el fuego y era ley entre ellos, que cuando tomaban posesión de alguna tierra encendían fuego, sobre las más altas sierras y montañas; como parece en las historias lo hizo Xólotl al tiempo y cuando tomó posesión sobre ésta de Anáhuac y también les servía para hacer señal (cuando tenían guerra) con humo en las montañas y sierras altas. Los cuales andaban por familias y los que no tenían cuevas, que era su principal habitación, hacían sus chozas de paja; y la caza que cazaban los de cada familia, la comían todos juntos, excepto las pieles que eran del que la cazaba: su vestuario eran las pieles referidas que las blandaban y curaban para el efecto; trayendo en tiempo de fríos el pelo adentro y en



tiempo de cañones cuando son las aguas, el pelo por la parte de fuera; aunque los reyes y señores solían traer debajo de las pieles algunos paños menores de nequén muy delgados o de algodón los que los alcanzaron. Casaban con sola una mujer y ésa no parienta en ningún grado, aunque después sus descendientes casaron con primas hermanas y tíos, costumbre que tomaron de los toltecas. Y finalmente fue y ha sido la nación más belicosa que ha habido en este nuevo mundo, por cuya causa se señorearon de todas las demás. Y habiendo imperado Tlotzin Póchotl treinta y seis años, murió en el de 1141 de la encarnación de Cristo nuestro señor en el que llaman ce tochtli y fue sepultado su cuerpo en la misma parte que estaba su padre y abuelo, hallándose en su entierro y honras príncipes y señores: y el modo de su entierro era, que así que moría, sentaban en cuclillas el cuerpo y ataviado con las vestimentas e insignias reales, lo sacaban y sentaban en su trono y allí entraban sus hijos y deudos y después de haber hablado con él con llanto y tristeza, se iban sentando hasta que era hora de llevarlo a la cueva de su entierro, en donde tenían hecho un hoyo redondo, que tenía más de un estado de profundidad, allí lo metían y cubrían de tierra. Este príncipe fue el último que tuvo su corte en Tenayocan, porque su hijo Quinatzin no quiso venir a ella, por tener la ciudad de Texcoco muy poblada de edificios y caserías, en donde él asistía y tenía su corte; antes se la dejó a su tío Tenancacaltzin a quien le hizo señor de ella.

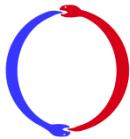


Capítulo X

De la entrada en el señorío e imperio de Quinatzin y venida de los mexicanos e hijos que tuvo Acolmiztli señor de Coatlichan

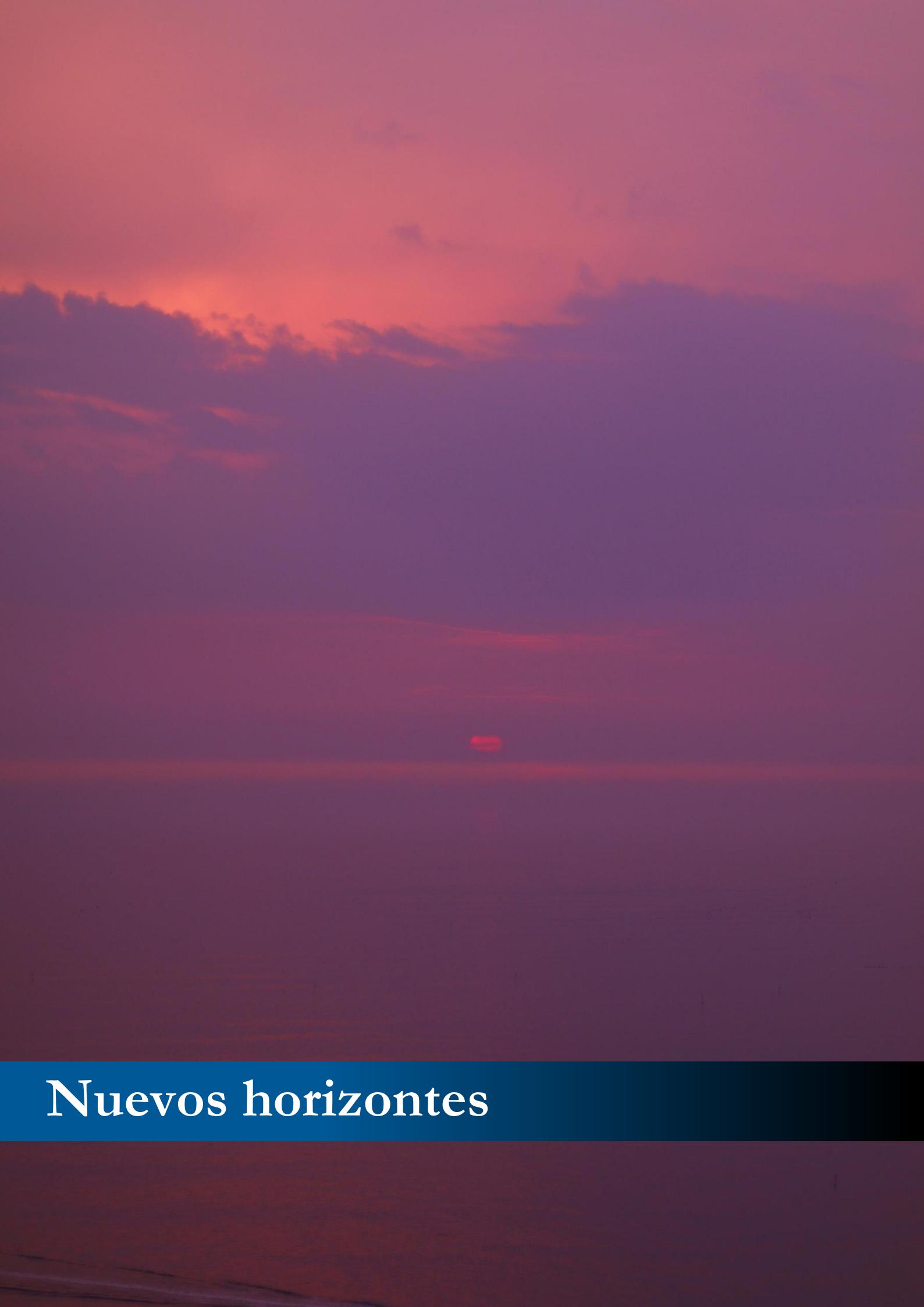


a ciudad de Texcoco tuvo principio su población en tiempo de los toltecas y se decía Catlenihco y se destruyó y acabó con las demás de los toltecas y después la fueron reedificando los reyes chichimecas y en especial Quinatzin que la ilustró mucho y quedó en ella haciéndola cabeza y corte del imperio, pusieronle después de la venida de los chichimecas Tetzcoco, que significa lugar de detención, como en efecto lo fue, Pues en ella se poblaron casi todas las naciones que había en esta Nueva España. Quinatzin Tlaltecatzin después de haber dado sepultura en Tenayoacan a su padre, se vino a la ciudad de Texcoco con todos los señores que se hallaron en las honras y con los que después vinieron: fue recibido y jurado por supremo señor, en donde estuvo y asistía siempre. En este mismo año que murió Tlotzin entraron los mexicanos en la parte y lugar donde está ahora la ciudad de México, que era en términos y tierras de Aculhua señor de Azcaputzalco, después de haber peregrinado muchos años en diversas tierras y provincias, habiendo estado en la de Aztlan, desde donde se volvieron, que es en lo último de Xalixco. Los cuales según parece por las pinturas y caracteres de la historia antigua, eran del linaje de los toltecas y de la familia de Huetzitín, un caballero que escapó con su gente y familia cuando la destrucción de los toltecas en el puesto de Chapultepec, que después se derrotó y fue con ella por las tierras del reino de Michhuacan hasta la provincia de Aztlan como está referido: el cual estando allí murió y entró en su lugar Ozelopan su hijo y éste tuvo a áztatl, éste áztatl tuvo a Ozelopan segundo de este nombre, el cual acordándose de la tierra de sus pasados, acordó de venir a ella, trayendo consigo a todos los de su nación, que ya se llamaban Mezitín, que le acaudillaban, juntamente con Izcahui Cuexpálatl Yopi y según otros Aztatl y Acatl; y asimismo venía con ellos una hermana suya, mujer varonil llamada Matlalatl, hasta el puesto referido; sucediéndoles en su peregrinación muchas y varias cosas que cuentan las historias, trayendo por su particular ídolo a Huitzilopochtli, con quien por medio de sus sacerdotes se regían por asegurarse de las calamidades pasadas y estar debajo del amparo del rey de Azcaputzalco, en cuyas tierras comenzaron a poblar y le pidieron les diese quien los gobernase; el cual les dio a dos hijos que tenía, por cuanto estaban ya divididos en dos parcialidades, que los unos se llamaban tenochcas y los otros tlatelolcas, tomando los nombres de sus parcialidades conforme a los puestos en donde estaban poblados: porque los tenochcas hallaron un águila que estaba sobre un nopal que había nacido entre unas piedras, comiendo una culebra, de donde tomaron la etimología de su nombre y los tlatelolcas una isla y en medio de ella un montón de arena; a los cuales Aculhua les dio por su señor y cabeza a Epcoatzin y a los tenochcas a Acamapichtli, que ambos eran sus hijos y fueron los



primeros señores que tuvieron los mexicanos, con que se ennoblecieron y fue en aumento su señorío y así viéndose en este estado levantaron el ánimo Para poderse vengar de algunos que los habían injuriado, como fue de los culhuas, que aunque eran de su misma nación les habían sido muy contrarios y así dieron sobre la ciudad de Culhuacan una madrugada y la saquearon, sin que los vecinos de ella fuesen poderosos a defenderla; el segundo año de su fundación tuvieron guerras con Tenancacaltzin, señor de Tenayocan y aunque no le pudieron vencer, viendo que habían dado lugar a este desacato sus propios sobrinos, como lo eran los señores mexicanos, acordó de irse a la tierra septentrional de sus pasados; y así desde este tiempo comenzaron las tiranías entre los mismos deudos unos con otros y fueron los primeros tiranos los reyes de Azcaputzalco y los de su casa y familia, con que se fueron ensanchando a las vueltas de los tepanecas los mexicanos hasta la provincia de Atotonilco. Acolmiztli, señor de Coatlichan, en Nenetzin su mujer, tuvo cuatro hijos: el primero se llamó Cóxcox que heredó el reino de los culhuas; el segundo Huitzilihuitzin; el tercero Mozocomatzin, el que vino a heredar el señorío de Coatlichan. La cuarta y última fue Tozquentzin, que casó con Techotlalatzin, emperador chichimeca que fue después.

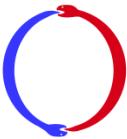
[Seguir leyendo](#)



Nuevos horizontes



Los cómplices



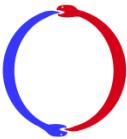
Osvaldo Beker

La amistad es más difícil y más rara que el amor.
Por eso, hay que salvarla como sea.

Alberto Moravia



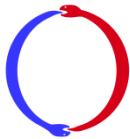
ntes de contarte, directamente, así como quien no quiere la cosa, te quiero hacer dos preguntas bien precisas, así, como de la nada, como sacadas de la galera: ¿habrá gente más o menos similar a nosotros dos? Y, por otro lado, ¿qué opinás vos sobre esto que te voy a contar? Una es una pregunta práctica, general, abarcativa; la otra es subjetiva, apunta a que vos me hables sobre lo que te parece, sobre tu opinión sincera. Esos son los dos interrogantes. Mantenélos al tanto, en tu cabeza, no te olvides, y después de escucharme, por favor, respondeme. Pero primero escuchame bien. Seguramente que sí habrá gente igual, pero bueno, no la he visto nunca de manera directa ni tampoco he visto ficciones que representaran algo así al respecto (ni películas ni series ni novelas ni cuentos). No todavía. Vos sí quizás. Pero intuyo que a mucha gente en el mundo le habrá pasado o le debe estar pasando —y el hecho de que les acontezca implicará para otros, como para mí, seguramente, tanto un regocijo en el alma como una sensación de, cuanto menos, feliz irrealdad. Esta especie de originalidad, me refiero a los sucesos en sí, me enorgullece (no voy a mentirte: me hace sentir especial o algo así) y, a la vez, un poco me inquieta, debo decirte. Me enorgullece, por un lado, por algo que me está ocurriendo, y que coincide, supongo, con lo que *deseo* (qué palabrita esta, ¿no?). Y me inquieta porque uno nunca sabe qué puede



llegar a suceder mañana, o pasado mañana. Paso a contarte inmediatamente. No te quiero demorar más. Ya te estoy haciendo todo un preámbulo y temo agotar tu paciencia, che. Pero no te olvides: después contestame las preguntas que te hice antes, ¿dale?

La cosa es así. Voy a tratar de resumirte. Medio que no sé por dónde arrancar. Tengo mucha ansiedad por contarte cómo va la historia hoy, ahora, ya, en este preciso instante. Pero bueno. En fin. Vamos más o menos en orden. Arranco por el principio. ¿Te acordás de Hernán Martó, mi mejor amigo? Te lo presenté para uno de mis cumpleaños hace un tiempo, y muchas veces te habré hablado de él, eso no lo dudo. Bueno, Hernán y yo hemos compartido varias novias. Varias. Así, tal como lo escuchás. Compartido. Suena raro, ¿no? ¿O, al menos, poco común? Sí, hemos, tal como lo acabo de decir, *compartido*. Nunca de manera simultánea, eso sí. Al menos no aún. Primero uno, después otro. Es como una carrera de postas. Primero va uno, picotea, y después va el otro, y picotea en el mismo lugar (o en el mismo cuerpo, para ser exactos). ¿Querés que te cuente las que me acuerdo? Son, por supuesto, las que muy bien pueden llegar a etiquetarse como “novias”. Después hay muchas otras cuyos nombres ni siquiera recordamos. Ni Hernán ni yo. Es más: ni siquiera hacemos un esfuerzo por acordarnos. Cada tanto, sí, se nos vienen algunas a la memoria, eso sí puede ser. Yo teuento de las que “califican”. Muchas otras fueron caprichos de una noche, o circunstancias que se dieron (fueron tan fugaces que en la mayor parte de las oportunidades ni nos importa esforzarnos en recordarlas siquiera).

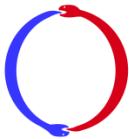
Hubo una, por ejemplo, que se llamaba Agustina —una pelirrojita muy inocente que estudiaba Medicina, que vivía en la loma del culo y que me daba un poco de lástima—. A él un poco le gustaba. Cuestión de piel. Pero bueno: obviamente se cansó a las semanas, la dejó por mensaje de texto y ahí fui yo a “picotear”. Siempre pasa lo mismo. Es como un procedimiento habitual ya. La chica de turno está triste, acude a mí con sus penas y yo aprovecho la oportunidad para zambullirme de cabeza. Nunca me rebotaron las minitas que pasaron por Hernán. Vos te preguntarás si yo me aprovecho del momento de consuelo... Puede ser un poco, ponele, no te lo voy a discutir eso. En fin. Hubo otra que se llamaba Agostina, con O (esa mina fue un desastre, la peor, tanto conmigo como con él), una minita que no sabía nada de la vida y que pretendía que tuviéramos “algo serio”. Al principio, cuando la dejó él, y después, cuando la dejé yo, se puso un poco densa, pero bueno, después dejó de insistir, por suerte. Después pasaron una tal Camila, Florencia, Carolina y la insistente e incansable Victoria, que todavía me escribe largos mensajes, cada tres o cuatro días, por WhatsApp, a pesar de que la desagendé: por supuesto que jamás le respondo: no vaya a ser que la cosa se ponga más intensa, pobre.



A esta altura estarás ya haciéndote varias preguntas, y seguramente estarás elaborando algunas ideas quizás prejuiciosas, no lo ignoro. Pero bueno. En fin. Esas chicas primero pasaron por él. Y después por mí. Ojo, hay una más, la más reciente, la última: Ayelén, una morochita que rajaba la tierra. Encima usaba remeras con un escote enorme por el que se me desviaban los ojos. Y ella, la muy turra, se daba cuenta. Y lo hacía a propósito. Y le gustaba. Y yo más la miraba, y ella más se dejaba. La semana pasada la corté. Sí, la semana pasada. Se puso insoportable. Celosa al mango. Absorbente como no conocí a nadie antes. Salimos un mes y pico. Tuve bastante paciencia. Fuimos varias veces al telo, al cine y a un par de bares. A los mismos telos, cines y bares que ella había ido, algunos meses antes, con Hernán. Le gustaba tomar a la turra. Se mandaba tres botellas de cerveza y no le pegaba nada. No sé cómo hacía. Hernán la dejó hace tres meses, durante el verano, después de un tiempito de relación también. Una relación que me la conozco de memoria, como todas las que tuvo él. Mi relación con Ayelén, a su vez, se basó, entre otros pocos sucesos, en jamás nombrarla, cosa que era muy molesta para mí porque Hernán es como un hermano, ya sabés. Y él piensa lo mismo de mí. Y nos lo decimos siempre. Nos conocemos desde antes de empezar la escuela primaria, desde el jardín de infantes, es decir, hace más de veinte años. Por aquel entonces él era flaquito, esmirriado, todo pecoso y petiso. Hoy parece un modelo de ropa íntima masculina. Yo antes era más alto que él. En algún momento de nuestra adolescencia, año tras año, me pasó de largo. O de alto, mejor dicho. Pero bueno, todos vamos cambiando.

Lo cierto es que Ayelén, que tenía una voz de pito insoportable, no quería que yo lo viera ni hablara con él. Me argumentaba cosas que yo las relacionaba inmediatamente con unos celos profundos. Me llegó a revisar el celular, me hacía preguntas incisivas, directas, sin pudor. De la nada se inventaba historias en las que me involucraba y me hacía sentir como un condenado a muerte. Al principio yo le decía que no, que nada que ver, que a Hernán apenas lo conocía. Igual era medio tonto decir eso porque yo la conocí a través de él. La cosa se fue poniendo cada vez más intensa. Ya los primeros días había empezado a mostrar algunos indicios, pero después, poco a poco, se fue yendo al pasto. Obviamente me la pasé mintiéndole, ocultándole. ¿Qué querías que hiciera? Hernán estaba al tanto de lo que me dijo ella (yo apenas le contaba algunas cosas) y, un día, me recomendó algo y me dijo: “No vale nada, Pitu. Es una boluda esa mina. Déjala. No pierdas más el tiempo que no te conviene. Va a ser mejor que la cortes ya. Si no, después se va a hacer más difícil. Da vuelta la página y a otra cosa, mariposa. Ya fue”.

No esperaba nada menos de su parte. Apenas me lo ordenó, porque yo lo tomé así, como una orden, como todas las cosas que él me pide (porque cuando él me pide algo, yo soy capaz de salir con el sorete colgando), le dije a Ayelén la frase crucial: “Tenemos que hablar”. Se puso a llorar y



ni siquiera me escuchó que la quería cortar. Duró menos de diez minutos la “charla”. Por un lado, mejor. No me la hizo tan problemática. Yo pensé que, teniendo en cuenta lo densa que fue durante la relación, iba a ponerse fulero el momento en que la dejará. Por suerte, nada que ver. En fin, mucho mejor. Chau, Ayelén. Otra vuelta de página, otro que tire y pegue.

Hernán hace unos tres años está estudiando Diseño Gráfico. Yo, Arte. Estuve a punto de cambiarme para que estudiáramos juntos. Aún estoy en la duda. Igualmente hablamos todos los días y nos vemos por lo menos dos veces, o tres, por semana. No hace mucho se me ocurrió una idea fantástica que espero que muy pronto se concrete. Le propuse, no ayer sino hace un par de semanas, que vivamos juntos. Ni él ni yo soportamos demasiado estar con nuestras familias, te digo la verdad:

—Estaría buena la idea —fue lo primero que me dijo apenas terminé de hacerle la propuesta.

—Dale, y vos dejame a mí que yo me encargo de la cocina, sabés que me gusta —le ofrecí, muy seguro de mí mismo, de mis dotes culinarias y de mis conocimientos de su nutrición.

—Por mí no hay ningún problema —me dijo, y me dio una de las sonrisas tan seductoras que tiene.

—¡A planificar ya, chabón! —le respondí, y sentí que tocaba el cielo con las manos.

El patrón fijo, en fin, siempre es que él me pasa las minitas. Todas las que te nombré antes tuvieron la misma forma de pasar por nosotros. Él se las levanta en el boliche (no recurrimos a ninguna red: no las usamos) y luego está un tiempito con cada una. Yo me les hago el amigo y, para cuando él las deja, terminan estando conmigo. Yo sé que están conmigo porque quieren estar cerca de él, aunque sea de forma indirecta. Yo me hago el boludo. Él ni se mosquea cuando se entera de mis “noviazgos”. O le es indiferente, o lo hace ya de manera premeditada. Es como nuestro ritual fraternal.

—Vamos por la *next* —me dijo el otro día, cuando le conté que Ayelén ya formaba parte de la historia, comentario que no despertó en él ni siquiera un gesto de curiosidad.

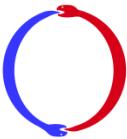
—Mañana es sábado.

—Por eso te digo. Mañana vamos a bailar.

—¿Y adónde querés ir?

—Me mandaron un *flyer* de un lugar nuevo por Morón, y parece que va a estar bueno.

—Listo, vamos —le dije, libre de obstáculos, sin ningún tipo de reparo.



Fuimos a ese lugar. Su nombre ya era raro: “Satanás”. Salimos de ahí y nos fuimos a desayunar. Esta vuelta Hernán no se levantó a ninguna. Estuvo con tres ahí adentro (yo siempre se las voy contando), pero decidió volverse conmigo. Yo me sorprendí un toque, pero igual estaba chocho. Todavía no había salido el sol que estábamos mandándonos unas regias medialunas que zambullimos en una taza enorme de café con leche en el barcito de la estación de servicio a la que siempre vamos. A él siempre le gustó y yo le seguí el juego. Una vez nos comimos veinte medialunas entre los dos. No sé cómo hace para comer tanto y mantenerse delgado. No hace nada de actividad física y, sin embargo, tiene un cuerpo envidiable. Hace un par de noches dormimos juntos en su dormitorio de la casa de sus padres. Le observé atentamente el abdomen, sus hombros y sus glúteos: envidiable. No tiene ni una gota de grasa, a pesar de todo lo que engulle. Yo, en cambio, debo cuidarme: soy exactamente al revés. Como un poco de más y ya se me acumula la grasa en los costados. Él no. Es hermoso el chabón.

Ayer vino a mi casa a boludear un poco a la noche. Se trajo un par de botellas de vino caro que acabamos rápidamente. Yo le birlé a mi viejo un licor carísimo, de chocolate, y un whisky importado. En un momento, en el medio de la noche, retarde, el chabón largó el celular y, medio de costado, me comentó algo:

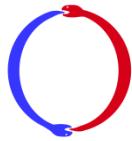
—Pitu, hay una minita que me da vueltas en la cabeza. Ojo que solo me la quiero coger y descartarla, no te preocunes.

—Ah, menos mal —le respondí y lo miré detenidamente a sus profundos ojos azules.

—Después te la paso.

—Ya estoy medio podrido de las minas —le dije muy seriamente—. ¿No te pasa a vos?

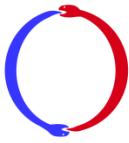
La cuestión es que no sé muy bien qué habrá entendido Hernán con lo que le respondí (mi comentario sobre mi “hastío” por las mujeres). Realmente eso es algo que aún no sondearé. No por el momento. Pero al rato, ayer, anoché, hace horas nada más, ¿me escuchás?, anoché, hermosa noche, la más linda de toda mi vida, ya estábamos durmiendo juntos, acostados, apretados, y él me abrazó con una delicada fuerza, tras un sexo dulce (y tan esperado) al que no estoy habituado, pero que creo que es lo quería tanto, lo que deseaba, para mí, fervientemente. Un beso larguísimo de despedida de la vigilia, mezcla de saliva y de aroma a tabaco negro, fue suficiente para mí como para darme cuenta de que me quiere mucho. Por supuesto no tanto como yo lo quiero a él. Afuera el cielo fue cómplice y nos envió una poderosa tormenta de verano bajo la que nos dormimos tranquilos, suavemente.



Bueno, ahí fue la historia. Te la resumí bien. Tampoco me imagino que sea algo realmente, cómo decirlo, rimbombante. Estamos ya avanzados en el siglo veintiuno. Pero bueno, no quiero influir en tus respuestas, basta de hablar yo, ahora la palabra es tuya. Te escucho, Paquito.



Pipo



Ginés J. Vera

A Elga Reátegui, por tener un poco alma de gata.

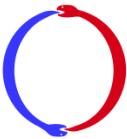
El tiempo pasado con los gatos nunca se desperdicia.

Sigmund Freud

u nombre humano —quizá entre ellos tengan otros nombres— se lo ha puesto su “dueña” humana. Entrecomillo lo de dueña porque, como sabéis, los gatos no tienen dueño. Nadie tiene dueño. Los gatos lo que sí tienen es carácter, van a su aire, y Pipo no es una excepción. Vive en una urbanización de humanos; eso sí, rodeado de pinos, casas bonitas con jardín y alguna carretera con coches rápidos y ruidosos. Pensé en ellos, en los coches, cuando ayer tarde me subí a uno para regresar desde la urbanización a mi piso en la ciudad. Miré por la ventanilla con un sentimiento extraño, entre la tristeza y la nostalgia.

A Pipo lo conocí anteayer por la mañana. Es de color amarillo león, gordito —me recordó a Garfield—, y, para ser un gato, se portó muy bien cuando lo tuvimos que curar con Betadine. Traía unas heridas en sus orejas. Seguramente, fruto de alguna reyerta con otro gato, perro o, quién sabe... No nos lo dijo.

Tampoco era la primera vez que venía a la casa de esta “dueña”. Solo se dejaba caer por aquí de vez de cuando, me contaron. Pipo permanece unos días, como si tomara fuerzas o se abstrajera de su peregrina existencia; luego, se va, quizá a otras casas, con otras familias humanas. Quizá en cada



una lo hayan bautizado de una manera distinta. O, quizá, vagabundee solo, sintiéndose libre.

La otra mañana, como dije, apareció con arañosos. Supe que no era la primera ocasión en la que echaban mano del Betadine. En cambio, sí fue la primera vez que ambos coincidíamos tras haber escuchado algunas historias sobre él. Lo más curioso es que se dejó acariciar. A eso de media tarde, me miró fijamente tras dar una vuelta a la piscina, como si midiera una distancia o reflexionase sobre algo. En un parpadeo, sin previo aviso, saltó sobre mis piernas; se enroscó y estuvo un rato en mi regazo pidiendo en el lenguaje gatuno que le rascara la cabeza. Creo que le cogí cariño, que le caí bien.

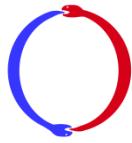
La no dueña humana me propuso que me lo llevara a casa; dos solitarios, bromeó. Sé que no hubiera salido bien, él no es mío, los animales no son de nadie, nadie es de nadie, y Pipo menos. Quiero creer que él es feliz en el campo, yendo de un lado a otro, a su aire.

Se quedó allí, en la urbanización, cuando me despedí en la calle de mis amigos humanos. Pipo también abandonó el jardín, dio unos pasos tímidos acercándose a nosotros, a cierta distancia; luego, se sentó en la acera, lo vi hacerse diminuto en el espejo retrovisor.

Mi tonta afición a escribir historias me llevó a imaginar que aquello fue su forma de despedirse, de decirme: “Quizá nos veamos otro día, quizá te deje rascarme detrás de las orejas”. Mi tonta afición a inventar historias me llevó, anoche, a preguntarme cuál es la probabilidad de que Pipo muera de viejo. ¿Los gatos piensan en su vejez? No lo visualicé de forma melodramática, ya saben: él tumbado en un rincón, rodeado de alguno de sus hijos —le presumo muchos—, con su última compañera gatuna tomándole la pata, compungida, hasta que cerrase los párpados. Nada de eso.

Pipo es un gato, no un cliché cinematográfico; seguramente, si la naturaleza es generosa y le concede ese regalo, se irá al cielo de los gatos una tarde de lluvia ¿?, solo, tranquilo; quizá recordando su comida favorita —nada de lasaña—, alguna pendencia gatuna, alguna gata coqueta o descarada... No mola, a veces, inventarse estas historias, historias con gatos, porque todas las historias tienen un final. Me descubrí, sin querer queriendo, imaginando lo malo: coches demasiado rápidos, serpientes traicioneras, piscinas profundas, huecos peligrosos, gente desaprensiva...

No, no me lo traje a mi casa porque Pipo es libre, nació libre, quiero que sea libre, que viva todos y cada uno de los días, semanas, meses y años que le depare el destino en libertad. Porque nadie es de nadie; la vida y la

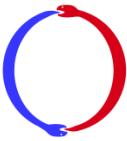


libertad son el mayor regalo. Y porque, en parte, yo también soy un poco gato. Dos solitarios.

Se me olvidó responderte, Pipo: “Hasta que nos veamos de nuevo, amigo”.



**Poemas dedicados a
Paloma Fernández Gomá
y a
Ana Moreno Soriano**



Encarnación Sánchez Arenas

Navegamos sin rumbo hacia playas desconocidas
sin barcas ni racimos del néctar que nos habitó,
somos números de batallas por librar
hacinadas en una memoria sin nombre.

Debemos dejar que el acanto descubra horizontes
y la garza explore el alba de su despedida,
desdibujando el cielo para recuperar la fe,
cuando el llanto nos inunde con decibelios de ultraje
y mareas empapadas por la deriva.

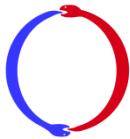
La escasez siempre fue débil
y fingió las sombras de un viaje inesperado.

Arcadia de dolor trascendida
donde es imposible conocer los mensajes
más allá de las vallas publicitarias.

“Memoria sin nombre” en *La soledad que nos habita*, Paloma Fernández Gomá

MEMORIA SIN NOMBRE

Nos han silenciado durante siglos.
El honor se escondía bajo valores viriles
donde la libertad no primaba.
Ahora el “te quiero” es comunitario,
es igualitario.
Todo afecto se puede perpetuar
con una convivencia previa,
y que luego pase los designios eclesiásticos
forjados en libertad.
Es una memoria sin nombre,
del colectivo popular.
La libertad se ejerce
sin bastidores de represión.

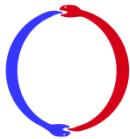


Hay caminos interminables que se adentran
en foros de debate
para encontrar la huella oculta de la soledad,
sembrando la inquietud,
el pozo sin fondo de la ausencia
o la eterna pregunta sobre la verdad.
Cómo llegar al germen de la soledad
donde se inoculan los pasos perdidos,
todo el bagaje acumulado
y ese temido descanso
tan irreal como incontrolado,
que nos acompaña en silencio.

“Caminos interminables”
en *La soledad que nos habita*, Paloma Fernández Gomá

LA SOLEDAD SONORA

Contigo no se forja la soledad,
La soledad contigo es sonora.
Tu lado del sillón de ambos
Está cubierto de un espejismo que gime,
Y el amor sucumbe entre la almohada
Con tu abrazo protector.
El día que finjas irte
convocaré a otro candidato
sin condiciones sexuales,
únicamente una compañía sonora
de arbitraje de la discapacidad.

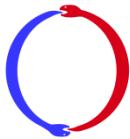


El tiempo pasa,
se cuenta por la ausencia
de una palabra
que ya no digo
porque no tengo madre
y, en el exilio
de su regazo,
sueño con ser la niña
de sus abrazos.

“Madre” en *La materia de los sueños*, Ana Moreno Soriano

MADRE

Heredé de ti la religiosidad
y un amor hacia las mujeres de mi pasado.
Ahora se forjan los hijos
con una memoria limpia de polémicas,
es la veneración a una madre
que ha parido con dolor
y debe estar despojada
de todo tipo de rencor.



Mujer al fin, adviertes cualquier día
que estás cansada de no estar cansada
de tender puentes, de sembrar semillas,
de escuchar quejas y de enjugar lágrimas,
de que tus ojos miren lo invisible,
de tejer cuentos y enhebrar palabras.
Mujer al fin, un buen día te atreves
a levantar tus manos y tus alas,
a calcular tus pasos y tu vuelo,
porque tienes derecho a estar cansada.

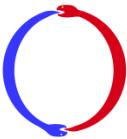
“Cansancio” en *Mujeres tejiendo alas*, Ana Moreno Soriano.

MUJERES TEJIENDO ALAS

Nos hemos forjado bajo la libertad.
Ahora las palabras no desertan,
ahora los hechos no claudican.
Hemos parido a nuestros hijos
con el llanto hacia un padre al que pertenecer.
Hemos levantado el vuelo
con alas perpetuas.
Hemos levantado el vuelo
entre alas de adversidad.
Las mujeres nos debemos un juramento
de respeto y dignidad.

Mister Hyde



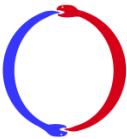


Isaías Covarrubias Marquina

Era cerca de la medianoche de un día viernes cuando George se despertó sediento, tenía la garganta seca, dispuso ir a la cocina a beber agua. Cuando abrió la puerta de su cuarto escuchó voces en la sala de su casa, sus padres discutían en voz baja, casi murmurando. Se detuvo en la puerta y dejó un resquicio abierto para escuchar lo que hablaban, solo logró captar algunas palabras, suficientes para dejarlo confundido.

Cuando sus padres se marcharon a su dormitorio, George fue a la cocina con cierto sigilo, vació el vaso con agua rápidamente, tragando grandes sorbos. Regresó a su cama, su hermano Mike dormía enrollado en su cobija. Le costó conciliar de nuevo el sueño, finalmente se durmió, tuvo una pesadilla.

Su padre y otro hombre discutían e iniciaron una riña. Trataban de dominarse con la fuerza de sus brazos. El hombre sacó un puñal, mientras su padre tomó un taco que estaba encima del paño de una mesa de billar y le asestó un golpe en la cabeza, el hombre quedó aturdido, su padre lo sujetó fuertemente por la muñeca logrando que soltara el puñal. Siguieron forcejeando, ahora fue su progenitor quien se hizo con el puñal. El hombre,



más corpulento, intentaba estrangularlo. Un chorro de sangre salió disparado con el primer hundimiento, el segundo empapó la camisa de un malva espeso. El hombre quedó tendido sobre el paño, agonizando.

El sábado por la mañana, la noticia corrió como la pólvora. En una pelea en un bar a las afueras del pueblo, un trabajador negro, venido semanas atrás para laborar en la construcción de un centro comercial, había asesinado a un compañero. Estaba detenido por el crimen.

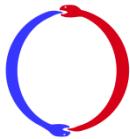
Ese día por la noche, dos oficiales de la policía se acercaron hasta la casa y preguntaron por su padre. Este los recibió cortésmente en la sala. Con aplomo respondió a cada una de las preguntas que le hicieron alrededor del asesinato en el bar, pues él estaba presente cuando sucedió. Su madre sirvió unas tazas de chocolate caliente. Los policías agradecieron la información que su padre les suministró, también las bebidas. Al cabo de un rato, se despidieron en un tono cordial, con su labor cumplida.

Los chicos no se atrevieron a preguntar nada, su padre era poco comunicativo y distante. Le querían, pero también temían sus gestos autoritarios. Una vez, cuando todavía eran unos niños, se dedicaron a jugar con la comida en la mesa y fueron castigados. Pasaron dos días encerrados en su habitación sin probar bocado alguno, solo podían beber agua y salir al baño. Escuchaban el llanto suplicante de su madre implorando se les levantase el castigo, pero su padre no cedió. Mientras devoraban unos panes con leche, una vez quedaron liberados, su padre leyó un pasaje de la Biblia, era aficionado a leer a su familia pasajes admonitorios del libro religioso.

George y Mike eran gemelos. Mike había nacido primero sin dificultad, pero el parto se complicó y solo fue luego de una tensa hora que nació George. Crecieron muy unidos de niños, pero desde la adolescencia, sin mediar razones, comenzaron a sentirse algo extraños uno del otro. George era introvertido, inclinado a leer novelas. Mike era resuelto, no parecía medir muy bien los riesgos de nada que se le ocurriera hacer.

Culminaron su último año de preparatoria y George obtuvo una beca para estudiar literatura en una universidad francesa. Mike se volvió huarño, pendenciero, comenzó a consumir drogas. Un día se unió a una caravana de impresionantes con mañas de ladrones de poca monta que pasó por el pueblo y se marchó con ellos.

Pasaron los años, después de terminar sus estudios, George tomó una plaza como profesor en la misma universidad donde se graduó. París le gustaba, se había casado con una compañera de clases con la que tenía dos niñas, curiosamente eran gemelas. De Mike, algunas personas del pueblo que lo conocían aseguraban se había convertido en un delincuente peligroso, con varias entradas en la cárcel.



La madre de George se ganaba el cariño de quienes la conocían. Cuidaba con esmero y devoción de sus gemelos y de su esposo. Cuando este comenzó a padecer de una temprana demencia senil, ella redobló sus atenciones para con él. Su madre había fallecido hacía un lustro, de un infarto fulminante, entonces George decidió internar a su padre en un asilo donde estaría bien cuidado. Ahora, cinco años después, recibía una llamada de parte de una empleada de la institución informándole que su padre había muerto.

El avión aterrizó muy temprano por la mañana, George viajó una hora más en un auto rentado para llegar al pueblo. Por la amplia y cuidada carretera fue rememorando episodios de su vida en familia, el carácter severo de su padre, la abnegación de su querida madre, la sonrisa ladina de su hermano, del que no tenía noticia alguna.

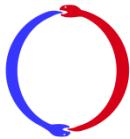
El funeral terminó al final de la tarde, la cremación se realizó inmediatamente después en el mismo tanatorio. Aún con los marcados rasgos de su vejez, George reconoció entre los pocos asistentes al antiguo propietario del bar. Recordó que visitaba regularmente a su padre los últimos días de cada mes, en esas ocasiones George se las ingenaba para observarlos, siempre estaban tensos, nerviosos.

Mientras manejaba de vuelta al hotel donde se hospedaba, George sintió añoranza por todo lo vivido con su familia, así que giró en redondo el auto y se encaminó hacia su antigua casa. Ciertos vericuetos legales habían impedido venderla, ahora ese detalle le permitía arroparse en el cobijo nostálgico de la morada de su infancia.

El deterioro y el abandono se hacían notar en cada espacio. George entró en su antiguo dormitorio, sentado al borde de su cama, no pudo ni quiso reprimir el llanto. Después se dirigió a la habitación de sus progenitores, la puerta estaba un poco trabada, pero finalmente pudo abrirla. Había una gran cantidad de polvo acumulado, con papeles desparramados por el suelo. Fotos, cartas, documentos judiciales, tirados y estrujados. George se preguntó quién podría haber causado tal desorden.

Recogió una foto donde se observaba a un conocido grupo de racistas maltratando a una mujer negra; en otra foto hacían ademanes de querer fusilar a un joven también negro. No eran escenas de su pueblo, por lo demás apacible, sino de otro muy violento situado más al sur, a una hora de distancia, donde eran comunes esos actos escabrosos, sádicos, crueles.

Su mirada se detuvo en una foto rota, levantó los pedazos y los unió, era de su padre joven. Vestía el atuendo típico del siniestro grupo racista sin el capirote que les ocultaba el rostro. En otra foto estaba semidesnudo,



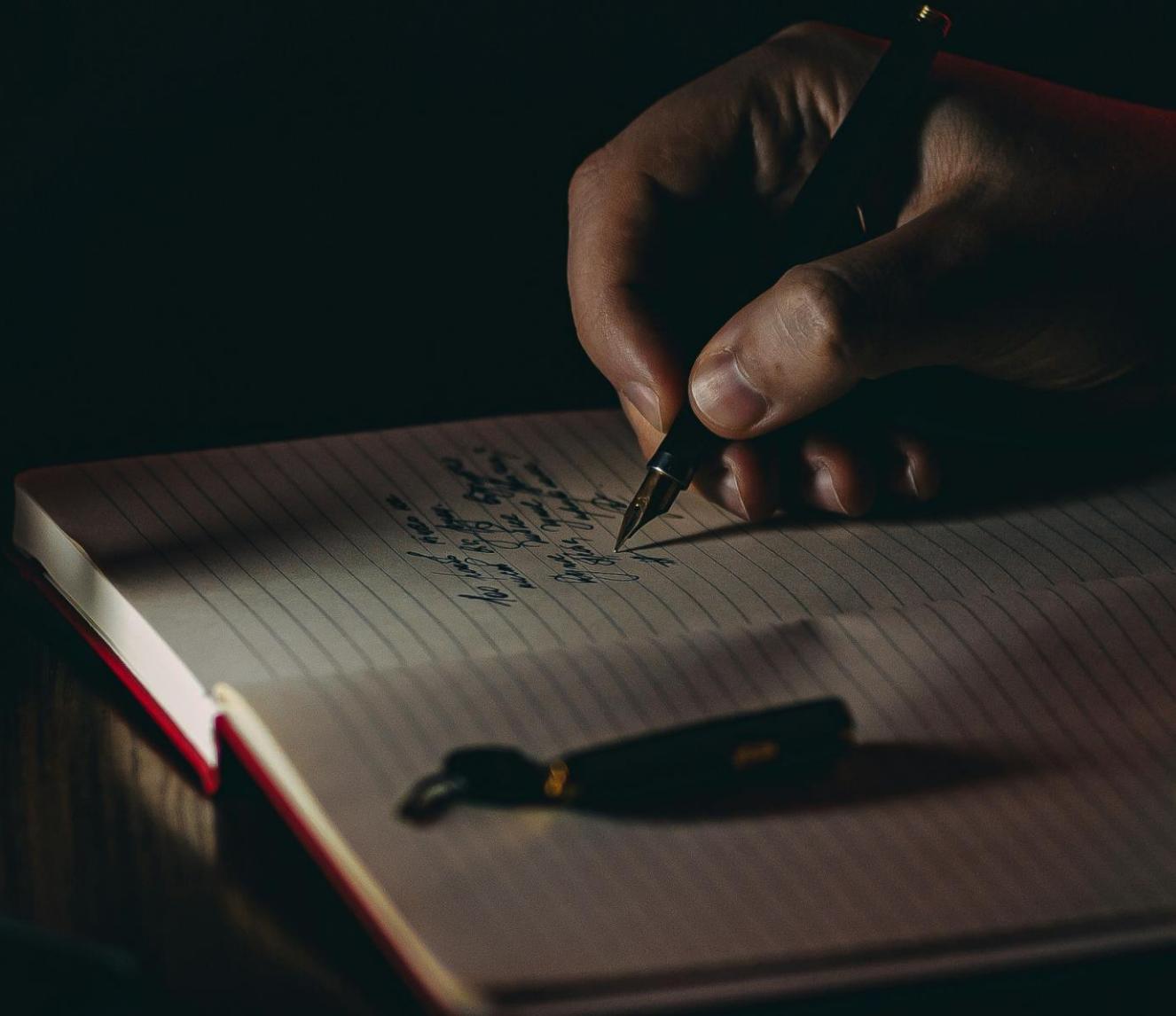
con los brazos en alto sosteniendo un gran vaso de cerveza, el pie encima del torso de un hombre tumbado en el suelo. Una escena propia de las peleas con apuestas entre gamberros en los tugurios del otro pueblo.

Pero lo que a George le heló la sangre fue leer una carta recogida del suelo. Alguien le escribía a su padre rogándole no le hiciera nada malo a su familia mientras siguiera asumiendo la culpa del asesinato del bar. George rememoró que, unos años después del crimen, una prueba de ADN demostró inequívocamente que el trabajador negro no era el culpable, aunque nunca dieron con el paradero del verdadero asesino.

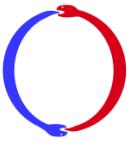
George manejó de regreso al hotel, cavilando en un verso de un poema de Borges: en el espejo hay otro que acecha. La doble vida de su padre había sido una delgada línea roja entre ser un buen esposo, un progenitor responsable, un correcto ciudadano, temeroso de Dios y un psicópata sumergido en un mundo tenebroso, inhumano, criminal.

Al llegar al hotel le entregaron un mensaje urgente. Al hablar por teléfono con su mujer, la preocupación se apoderó de cada fibra de su cuerpo. Ahogada en llanto, le contó que una de las gemelas, llena de una furia irreconocible, por una riña tonta había lanzado a su hermana por las escaleras de su casa. La niña herida tenía algunos traumatismos, estaba en el hospital, aunque fuera de peligro.

George reparó en la última frase pronunciada por su esposa, comprendió enseguida que nadie en su hogar estaba fuera de peligro. Como una vuelta fatal del destino, su drama familiar tomaba un nuevo giro que le dolía en lo más íntimo al tratarse de sus amadas hijas. Con la angustia latente, preparó la maleta para regresar de inmediato.



Diario, déjame proseguir



Miguel Quintana

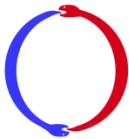


quiero poner palabras, Wolfgang, a tus notas. Ya sé que no las necesitan. Es más: sé que es un atentado sacrílego. Pero también sé que no podrán mancharte mis palabras. Quien sí se manchará con ellas será yo al expulsarlas. No me importa, a pesar de todo, que la suciedad que tenga dentro salga fuera. No, no me importa. No me importa tampoco ser pobre, ser parco, estar seco. Me conformo ya solo con tener activo el órgano para oírtete. Aunque no oiga, ni de lejos, lo que tú oías. Aunque no sepa discernir bien lo que oigo. Quizás tampoco necesite discernir. Sino gozar. ¿Será que no quiero saber, sino deleitarme? Como te digo, quiero poner a tus notas mis palabras. Ya sé que para ti hubiera sido muy sencillo poner bellas notas a mis palabras toscas. Pero para mí es difícil. Es difícil, y muy difícil para mí, dejar de disfrutar de tus notas y venir a penar buscando en mi tosquedad esas palabras toscas (porque temo que no quiera remediarlo la Musa), esas palabras toscas que se acomoden al gozo que producen tus bellas notas...

—¡Oh Dios! ¡Qué ceremonioso te pones! ¿Quieres engañar a alguien?

—Por favor, Diario, déjame proseguir...

—¡Proseguir! Una tosca palabra...



—Anda, calla la boca, sé dócil y no muevas tus páginas, que quiero seguir hablando con Wolfgang.

En fin, Wolfgang, que... Como te decía, estoy intentando el sacrilegio de profanarte. Solo quiero que tu sentencia sobre mí sea una simple sonrisa. En cuanto al método que voy a seguir...

—¡Ah, tienes un método!

—Quizá yo no tenga método, ¡Diario!, pero tú eres un metomentodo...

—Pero, vamos a ver, hombre, ¿qué quieres hacer?

—Pues, mira, lo primero es hacer que te calles, y después escribir. Escribir en tu blanca y tersa piel lo que buenamente se me ocurra, aunque mis ocurrencias no sean blancas ni teras, desgraciadamente, a no ser que quiera la Musa remediarlo. Así que, aunque sigas con tus inoportunas impertinencias, no voy a escucharte por un rato.

Método. Método, Wolfgang, este es el problema...

—¡Sí, sí, podrás no escucharme, pero no podrás dejar de oírme!

Este es el problema, el de buscar y hallar un método...

—Veamos, querido, yo soy la Musa, a quien tanto invocas, y estoy aquí para echarte una mano, las dos incluso si procediera. Si quieres, ahora mismo te arrojo a la Pluma dos o tres métodos para que, si los sigues, te quede de perlas tu diario, o tu poema, o tu novela. Por cierto, ¿qué intentas escribir?

—¡Oh Musa, Musa! ¡Qué generosa y magnánima pareces, pero qué huidiza eres y pasajera!

—¡Vamos, hombre! ¿No te aliento?

—¡Qué hosca has sido!

—¿No te inspiro?

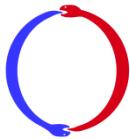
—¡Qué tacaña serás!

—Bien, amigo, sigue tú confiando en mí, que no desasistiré yo a ningún pupilo mío... Por otra parte, no sé por qué te quejas tanto de mí: ¿cuántas veces te he hablado yo y tú dormías?

El método, Wolfgang, es el problema. Pero estando como estamos en confianza, creo que no ha de importarte mucho que revuelva tus notas de la mano del azar, tal vez este el mejor ayo. Así que voy a dejar este Diario y empezar contigo. Así pues... ¡Ea!, Azar, échame una mano.

—Vamos a ver, amigo, si vas a hablar de Wolfgang, ¿por qué no empiezas por el final?

—¡Cómo! ¿Por el final? El final..., ¡pero si el final es el Lacrimosa!



—Bueno, y qué. ¿No voy a poder yo obligarte con toda la fuerza que guardo en mi seno a que empieces a escribir, tu Pluma mojada en las lágrimas del día aquél en que la nada toda vierta de sus ojos vacíos lágrimas invisibles que no puedan regar tierra alguna? ¿No podría con mi seno poderoso obligarte yo a ello?

—¡Oh Azar, me lo pones difícil!

—Nada es difícil para el azar. Incluso obligarte a escribir...

—¡Quieto ahí! Amigo mío: yo tengo libertad.

—Ah, sí..., libertad. Oí alguna vez esa palabra en algún sitio.

—¡Hombre, Azar! ¡No me seas majadero! ¿Alguna vez?

—Sí, cuando era joven...

Oh, se me inquietan las páginas de este diario. Parece como si no le gustase que hablase con el Azar. ¿Será que no entiende lo que escribo en su piel? A ver..., parece que quiere decirme algo... Bueno, de todas formas, no quiero oír lo que digan unas páginas blancas, sin mucha sustancia... Porque esto de que cuando era joven...

—Oye, Azar, ¿cómo es eso de que cuando eras joven?

—Sí, en una cárcel.

—¿Oíste una vez hablar de la libertad cuando eras joven en una cárcel?

—En efecto, así es. Bien es cierto que también podría haber oído de ella cuando la libertad era joven y libre; o, también, cuando era joven y libre la cárcel a donde había sido reducida la libertad. En tercer lugar: podría haber oído...

—¡Vale, vale! No me aturulles... Yo soy libre, y en paz.

—¿Ah sí? Pues entonces, ejerce como tal. ¡No sé a cuento de qué invocas a la Musa!

—¿Quieres que escriba haciendo oídos sordos a la divinidad?

—Naturalmente. ¿No dices que eres libre? ¿Qué más se necesita para escribir?

—Inteligencia.

—Ah sí, también oí esa palabra.

—Genio.

—Qué más necesitamos.

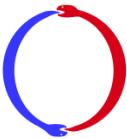
—Agallas.

—¡Es cierto: los peces llenan de renglones los mares!

—Mira, Azar, se me inquieta el diario... Qué, a ver, Diario, ¿quieres decir algo?

Trepidan en mis manos sus hojas. Veo sarcasmo cuando me dice:

—¿Tú crees que esto es un diario? ¡Vaya diario de pacotilla, hablando con el azar y con las musas! ¡Parece más bien que estás hablando con las musarañas! O por lo menos, pensando en ellas. ¡Vamos! En un



diario se escribe lo que hiciste ayer, o anoche, o se escribe lo que piensas hacer mañana, o la noche de mañana. Y cosas por estilo.

En fin...

Es verdad, voy a hacer caso del Azar, Wolfgang, y empezar contigo justamente con lo que tú acabaste. Es decir, con lo que tú no pudiste acabar. Con lo que acabó contigo, más bien. Estaba rondando tus entrañas la muerte, tu trémula pluma dando temblor al Lacrimosa... Oh, Wolfgang, me cuesta tanto romper con míseras palabras el hechizo que esos compases esculpen dentro de mí una hermosa estatua de cristal cálido, dolorosa ella. Me cuesta tanto impedirme a mí mismo arrojar ahora mismo al suelo mi papel, mi pluma, verter ahí mismo mi inútil tinta. Me parece pura injuria atreverme a balbucir nada cuando se levanta ese inmenso poema tuyo al cielo. Ese subyugador poema de aire exhalado por Dios a través de tus manos. Me parece la mayor estupidez posible no abandonarlo todo, todo, y quedar de rodillas transido de la belleza de tu palabra, atisbando con los ojos del oído la inmensidad de la hermosura que suena. Ah, Wolfgang, si supiera, me gustaría pasar al papel mi temblor, pasar al papel algo así como una vasta alegría doliente, y si supiera hacerlo, me gustaría teñir este papel de esa muerte dulce que corre por tus venas y contamina los dedos que ciñen la pluma cuando escribes esas estrofas mortuorias que invocan a la eternidad. Me gustaría asimismo poder hacer temblar estas palabras, obligarlas a erizarse con la grandiosidad que me invade por doquier con tu son. Mas ya ves, Wolfgang, cómo me enmudece tu Lacrimosa, cómo mi verbo paraliza. Apenas sé sino bañarme entre tus notas y sufrir el gozo más agudo. Apenas sé sino abrazarme a ellas, respirarlas, para que corra luego también por mis arterias esa hermosa muerte lánguida que rezuma otro licor de vida. He bebido, Wolfgang, de tus manos gotas de eternidad, lágrimas de aroma celeste con tu Lacrimosa...

Va a costarme hallar un método que me satisfaga. Pues..., por ejemplo, ¿tendría que usar microscopio o telescopio para analizar? Por cierto, ¿es adecuado un telescopio para hacer análisis? Por otra parte, ¿quiero hacer análisis, o bien una síntesis? Ítem más: ¿no es cierto...?

—¡Oh, siempre con dudas!

—¿Qué dices, Diario?

—Que no he visto a nadie con tantas vacilaciones como tú.

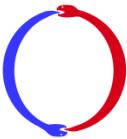
—¿Qué pasa, que tú no vacilas nunca?

—Hombre, tengo dudas, pero son dudas razonables.

—Dudas razonables... Pues si tienes pocas dudas es que también tienes poca razón, porque precisamente la razón es la que genera dudas... El más ignorante de los ignorantes jamás duda: lo ve todo clarísimo.

—Y, claro, tú, que eres listísimo, estás inmovilizado por las dudas...

—¿Te ríes de mí, Diario?



—Yo no me río de ti, pero como alguien lo lea se va a reír a mansalva de tu diario... Porque, ¡vamos, vaya diario! Si esto es un diario que baje aquí Dios y lo vea.

—¿Qué tendría que escribir en él, según tú?

—¡Coña, ya te lo dije! Además..., ¡coña!, todo el mundo sabe lo que hay que escribir en un diario. Por ejemplo, ahí, en esta página de al lado tendrías que empezar a hablar de cómo parecería ser posible alimentar una lejana sospecha o conjectura remota de que esa mujer (ya sabes a quien me refiero), daría la impresión de que quisiera como seducirte...

—¡Ostras,...!

—Sí, sorpréndete ahora.

—¡...Pedrín!

—Además: si alguien leyera tu diario, ¿no crees que le interesarían mucho más los detalles de este tipo de cosas que no lo que escribes ahí arriba, de ese Wolfgang o quien sea, que vamos..., ¡vamos! Porque, vamos a ver: ¿cómo decías?, a ver..., sí, aquí, mira, dices he bebido, Wolfgang, de tus manos gotas de eternidad... ¡Beber gotas de eternidad! ¡Qué chorrrada! ¡Beber gotas de eternidad! ¡Y encima estoy seguro de no te han calmando la sed!

—Oh, qué gracioso eres... ¡Tú sí que dices chorraditas! A ver, Diario: consúltale a la Musa..., pregúntale si está bien o mal dicho eso.

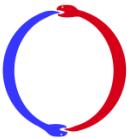
—¿Te crees tú que un diario va por ahí haciendo preguntas a las musas? Por otra parte, no necesito que ninguna musa me diga ni que me dé su opinión.

—Pues eres bien estúpido, porque con la Musa hay que estar siempre bien avenido... Además, por otra parte, como andes fiscalizando lo que escribo en tus páginas no voy a ser libre para decir lo que quiera.

—Vale, anda..., que me aburres. Haz lo que quieras.

—Muy bien, pues con tu beneplácito, voy a seguir...

¿Sabes, Wolfgang? Ya alguna vez he dicho cómo oí, por vez primera, al azar algunos de los compases de tu Lacrimosa, hace ya demasiado tiempo, cuando era un niño, dentro de una casa de adobes humildes, de humilde arcilla y humildes pajas mezcladas con ella, secados al sol. Casi, tal vez, aterido de frío, o sentado al amor de un brasero, con casi lúgubre luz de una bombilla intentando luchar contra la oscuridad de la estancia, tus compases tremundos desgarraban sin saber yo por qué la tela frágil de mi infancia. Ardía tal vez allí un fuego donde espumaba una olla sus aromas, y las notas del Lacrimosa, llenas del perfume del dolor, estrangulaban el efluvio culinario del pote, donde mi madre habría echado acaso más amor que sustancia. Y el niño, carcomidas por tus notas sus entrañas, ebrio de miedo por tus lóbregos aldabonazos, aspiraba la fragancia del crisantemo, cuyo recuerdo lo tenía fresco en la memoria por haberla sentido no pocas veces en el no lejano cementerio... Al niño le llegaba ese descorazonador primer acorde de dolor sin avisar, de improviso puro, tal vez cuando estaba jugando con la semiarisca gata allí en la cocina. Seguramente alguna



vez, habiendo ya sonado el primer acorde y siguiendo su oído a los lamentantes violines que venían a inundar después de luto la lobreguez de la estancia, el niño sentía la obligación de dejar de asir con astucia a la indócil gata, momento en el que aprovechaba ésta para arañar jovialmente su mano o para hincarle lúdicamente sus incisivos en los dedos. Y el niño seguía hipnotizado por los clavos de los violines sin reparar en la sangre que manaba de sus manos. Inmediatamente después oía el niño herido cantar..., cantar a hombres y mujeres una misteriosa, oscura, tal vez suplicante palabra desconocida e indescifrable... Lacrimosa..., supe mucho después que decían..., Lacrimosa dies illa.

—¿Ves cómo te obligué a empezar por el final, amigo mío?

—¡Oh! ¡Qué dices, Azar! ¡Pareces bobo! ¿Cómo que me obligaste?

—Bien, ¿no empezaste por el final?

—Pues ya que lo preguntas: no, no empecé por el final; he empezado por el principio. ¿No es cierto que esto en lo que estoy ahora es el principio de mi diario dedicado a Wolfgang?

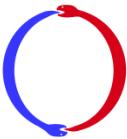
—No sé..., no me convences. Por otra parte, parece que tu musa te abandona..., debe de estar dormida acolchada entre las plumas de las nubes... O tal vez beoda, que no pocas veces la he visto empinar el codo... En conclusión: lo dicho, que como ella está durmiendo la mona, me deja a mí campo libre para insuflarte lo que me dé la gana.

—Ah, querido Azar, ¡luego tú también eres libre! ¿No decías que solo habías oído esa palabra, libertad, una o dos veces en tu vida? ¡Ya serían tres o cuatro...! ¿No?

Vuelve a temblar bajo mis manos el cuaderno del diario donde escribo. Las páginas ya escritas se agitan, las hojas aún vírgenes se mueven ansiosas. Aparece la Musa, y dice:

—¡Eh, Hado! —y el Hado deja de mirarme y se encara a la divinidad. Y se ponen a hablar entrambos, mano a mano. A mí, por cierto, no me interesa de momento demasiado su cháchara, por lo que voy a seguir, Wolfgang, con tu Lacrimosa. Como te decía...

...supe, mucho después de los arañazos de aquella tantas veces ingrata gata, que lo que les hacías cantar a aquellos hombres y mujeres era derramarás lágrimas en aquel día en que te levantes del polvo, tú, hombre culpable, para ser juzgado. Pues, a la verdad, nadie puede lavar su culpa por mucha inocencia con la que quiera enjabonar su conciencia. Pero el niño entonces sí era inocente y no podía entender cómo hablar tan hermosamente de la muerte fuera al mismo tiempo tan desgarrador. Oía el niño el desgarro, y tal vez las lágrimas caer, mas no sabía qué cosa fuera ser culpable ni qué cosa era ser juez. Solo tus compases finales labraban dentro de mí la caja de la inquietud. Más aguda que los surcos escocedores del felino adusto..., el cual solo se dejaba del todo acariciar, permitiendo que



mi amor por ella pasase de mi mano a su lomo mediante caricias largas, cuando tenía a sus pechos seis u ocho cachorillos colgados. Mucho después de aquellas ocasiones primeras en que oí tu Lacrimosa por vez primera, Wolfgang, escuché con ansiedad los compases de tu Réquiem, en uno u otro templo, en un teatro u otro, sabiendo ya qué era lo que escuchaba y quién era el que lo había escrito. Allá, en aquella casi lóbrega cocina, cuando oía los primeros compases de tu Lacrimosa sin saber que era tuyo, Wolfgang...

—Oye, amigo mío, —me dice el Diario de pronto, interrumpiendo mi hilo—, ¿cómo es eso que fuiste niño en una casa de adobe? —y quedo algo aturdido, sin entender qué me pregunta, y mucho menos, por qué. Pero recojo pronto velas: ya sé que tengo en las manos un mediotonto diario con ínfulas, que él mismo ignora son impertinencias. Le miro atentamente a sus blancos ojos y me propongo el propósito de dejar con él bien claras las cosas, sentadas bien las bases, planificar la convivencia bien... Pero cambio de pronto de estrategia para inquirir por dónde respira este diario semilisto, y le digo:

—¿Qué pasa, no sabes lo que es un adobe?

—Sí, hombre, cómo no voy a saberlo.

—¡Pues entonces!

—Vamos, que si era de adobes la casa.

—Sí, Diario, de adobes..., de adobes de arcilla, sencillos, humildes, pobres, pobres piezas de barro que formaban una casa y esta, un hogar.

—Bueno, pues habla de ella... Son estos detalles los que gusta recibir a un diario... También tenías una gata cuando eras niño, ¿no?

—Ah, sí, una gata señora gata, una gata muy gata, una gata severa y enojable y enojada..., lista como el hambre.

—Te arañaba...

—Me arañaba cuando le hacía sufrir. Ya sabes, los niños torturan a veces a los animales...

—Además, como ella era severa...

—Muy severa.

—Y se enojaba cuando le tirabas del rabo, seguro...

—¡Quién te ha dicho a ti, Diario, que yo he tirado del rabo a ningún gato!

—Bah, no es necesario que me lo diga nadie: todos los niños tiran del rabo a todos los gatos... Oye, ¿de qué color era?

—¿Color? ¿De qué color va a ser una gata que nace en una casa de adobes?

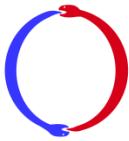
—¡Verás tú! ¡Yo qué sé!

—Pues la verdad es que no me acuerdo bien.

—Yo me la imagino blanca, tal vez con pintas negras... ¿Y maullaba?

—¡No, ladraba! ¿Dónde has visto un gato que no maúlle?

—Bueno, habrá gatos especiales...



—¡Gatos especiales! Sí, los hidráulicos... Buen gato especial estás hecho tú... Pero... —me callo y dejo de mirar al Diario para otear cómo va el día, y calibrar al paso el tiempo que me queda, y decidir finalmente si darle carpetazo o seguir oyendo sus sinsustanciadas...— ¿Por qué me interrumpes? ¿No ves que no podré seguir con el Réquiem si estás molestándome?

—¡Oiga usted, señor mío! —me dice con voz engolada y un no es sí es de soberbia y además imperativa— ¡En mis páginas no me ponga usted cosas del Réquiem ese! ¡Qué cruz con el dichoso Wolfgang! —pero a continuación me sonríe zalameramente cuando prosigue preguntándome: —La gata esa tuvo cachorillos, ¿eh?

—Un porrón, amigo mío —le contesto—, un porrón de cachorillos. Verás, los paría en el pajar...

—¡Ah, pero también había un pajar!

—Pues sí, claro que había un pajar. ¡Lleno de paja! Pero... ¿Dios mío! ¡Me haces perder el tiempo! ¡Es verdad, tiene razón el Azar cuando dice de mí que me duermo en las higueras mientras él está inspirándome! Es verdad, Diario, ¿cómo voy a adelantar con Wolfgang si me incordias con bobadas de gatos...? Mira, antes de que me interrumpieses estaba pensando que tenía que escribir que no podía creer..., que me negaba a creer que muera un hombre que escribe esos compases..., sabes, los compases del Lacrimosa, por ejemplo..., por poner un ejemplo entre mil ejemplos de Wolfgang, que me negaba a creer que pueda sucumbir tanta belleza y tanta grandiosidad bajo los golpes de la muerte, y vienes tú y me hablas de adobes y de gatos de colores...

—No, no es cierto —dice con tan grande dignidad como herida el Diario—, no es cierto en absoluto: eres tú quien habla de gatos y de adobes...

—Lo que te digo, que rompes la inspiración que liberalmente quería insuflarme la Musa... ¿Sabes? Estaba susurrándome ella que podrá la muerte hurgar en tus entrañas con su hierro... (en las entrañas de Wolfgang, se entiende), pero jamás podrá asestarte la última estocada...

—¡Oh Dios, tú sí que hurgas mis entrañas con tu hierro...! No sé por qué quieres malgastar tu tinta, tu tiempo y mi papel..., mi hermoso papel satinado..., con esas inspiraciones... ¡La última estocada!

—¡Verás! ¿No te gusta la última estocada?

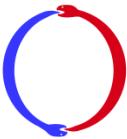
—No: a mí, ni la primera.

—Gracioso... Me decía también la Musa, Diario, que tu pluma vence y vencerá siempre a su espada..., (se entiende: la pluma de Wolfgang a la espada de la muerte..., por si no te habías enterado).

—Gracias por la acotación... ¡Pues sí que estamos buenos con esa musa! ¿Y no se sonroja cuando te inspira eso?

—No, no se sonroja.

—Porque me da la impresión de que esa musa necesitaría a su vez la inspiración de otra musa...



—A ver si te gusta ahora lo que también me inspiraba. Me decía que podrá la muerte acallar tu corazón, mas ¿cómo acallar tu son?

—En fin, no lo comento: prefiero preguntarte por el pajar. Porque resulta que en ese pajar era donde criaba tu gata a su manada, ¿no?

—Hombre, manada..., lo que se dice manada, manada... Dejémoslo en camada.

—Bueno, pues camada. ¿Tenía allí a su camada?

—Sí. Como te dije, era una gata de tomo y lomo y una madre de muy señor mío, y si no fuera por el destino tan cruel que se cebaba en los gatos de las casas humildes, hubiera criado con éxito una buena... manada..., ahora sí, una buena manada de gatos y más gatos.

—Pero el destino se cebaba en ella...

—Sí, y alguno de sus hijuelos pasaban pronto a mejor vida...

—Y seguro que ella lo sentía...

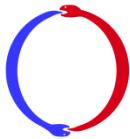
—Sufría mucho, en efecto, su falta. Bien es cierto que, como gata bien hecha y derecha, pronto olvidaba a sus mininos y ¡santas pascuas!, a esperar el celo próximo.

—Esto me interesa... Y resulta que tú, en el ínterin, le tirabas del rabo al escuchar el Lacrimosa...

—¡Oye, Diario! ¡A mí con burlas? ¡Y a estas horas? —parece por un momento confundirse el Diario, como si sus páginas se apelmazaran y quisieran desaparecer entre mis manos y de mi vista reduciéndose todas ellas en una, o en ninguna más bien. Pues sabe él que a veces me toma la ira y entonces su piel se resiente.

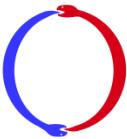
Queda en blanco mi mente un rato. Pasan inconscientemente los minutos. Se me cruzan después ideas varias. Y no pocas ideas vagas. Casi todas, flacas. No he hallado aún un método de análisis para Wolfgang que me satisfaga. No estoy preparado para intentar una síntesis. No tengo tampoco tesis que llevarme a la boca. La Musa duerme, o vaca. Me abandona a mi suerte el Azar. La Libertad me floja las riendas... ¡No será mejor escuchar la Eine kleine Nachtmusik? Aquella Pequeña serenata nocturna... Quizás fueran once años los que tenía cuando la oí por vez primera...

Ah, Wolfgang, ¡cómo te reirías si oyeras tu Serenata en el disco viejo donde la oí la primera vez! Te encantarían, seguro, te encantarían los miles de chasquidos que acompañan a tus notas. ¡El violín sobre todo! Dios mío, cuántos grillos tiene el disco viejo. ¡El maravillante disco vetusto que guarda en sus surcos torcidos la luz derecha que emana de tus notas! Pero a pesar de grillos... A pesar de que los maestros no afinen a veces bien... ¡A pesar de grillos desafinados! Wolfgang, a pesar de viejos grillos que rebullen en los pentagramas tuyos de este disco, allá estaba fulgurante tu Serenata dando no sé qué bálsamo a la mente del niño de once años que se emocionaba y enfebrecía con la energía que de tu sonido ardía y hacía arder al aire que yo respiraba. Seguía las evoluciones de los violines el niño aún cándido, y vibraba con ellas llenándole con su fuerza vital su alma de



limpieza, de perfume, de un fuego de sonrisa interna, de llamas, Wolfgang, de llamas... Ya sé que incendiaste al mundo entero con las melodías de tu Serenata. Ya lo sé. Pero el niño de once años no lo sabía. Y, sin saberlo, también a él le incendiaste con tu alegría... Debí de estar oyéndola al menos dos años enteros... Haciendo con ello que naciesen en los surcos del disco grillos y más grillos... Dos años enteros al menos oyendo lo que tu escribiste en dos minutos... Pero dos minutos de tu vida, Wolfgang, son dos mil serenatas en doscientas mil noches... En noches de grillos cuyos chirridos son eternos átomos de luz... Pero no es del todo así, ¿verdad, Wolfgang? No, no es así. No sé por qué, pero no es así. Tanta brillantez... No sé por qué. Una luz tan fulgurante en medio de la noche llena de grillos da sombra... Da sombras. No sé por qué, pero al volver a oír tu Serenata ahora interpretada por un perfecto conjunto de maestros perfectos, sin grillos, sin chasquidos, sin ramas ni hojarasca que cruce bajo el pie al caminar en cualquier otoño, al oír de nuevo ahora, demasiados años después de entonces, esa Serenata tuya, cuya nota esencial es la perfección, no puedo dejar de pensar en ti cuando la escribías, y te siento triste. Tú lo sabes, sabes que tu Serenata es la perfección absoluta. Es la esencia de la música. Y estos maestros de ahora afinan su instrumento hasta lograr el milagro. Pero debajo de ello mana un hilo de desconsuelo. Algo en ti anda descompuesto en la perfecta composición. Sabes que tu Serenata es la mejor imagen del universo..., del universo si en este no estuviera el peor grillo, la gangrena, el cáncer del hombre. ¿Será que te daba pena cuando escribías, estar en medio de grillos?

Sí, abandonado por el Azar. Me encuentro abandonado por el Azar. La Musa vaca o duerme. O tal vez esté soplando en las orejas de otros vates realmente fértiles. Mi Pluma, pues, está preñada de silencio. Solo puedo ver con ella cómo la brisa produce brillos verdes en las hojas de la magnolia, cómo, a pesar de ella, mantienen su dignidad eréctil y quieta las ramas del ciprés; con mi Pluma, encinta desde hace varias lunas de mutismo, podría tal vez solamente oler el aroma de la higuera y oír el maullido lejano de algún gato. Contempla inmóvil esta Pluma el febril aleteo de una mariposa, cautiva del desaliento, que parece agonizar en el suelo luchando contra la condición efímera de su contrato con la vida. Se apena esta Pluma por haber visitado tan fuera de lugar la muerte esas alas que batir inútilmente el aire que temprano dejará de alentarlas. Aquel gato de maullido lejano se acerca llenando de senos su trayectoria hacia la muerte que se mueve, y fija sus ojos saturados de asombro hipnotizado en la agonía. Tal vez prefiera presas más vivaces, pues abandona al lepidóptero moribundo a que finalmente la Parca selle el movimiento a sus alas ya débiles... Sí, mi Pluma esta descarriada observando cosas de poca importancia. Un gato, una higuera... Una procesión de hormigas... Qué lástima, Diario, no haber vivido unos años antes para poder sentir en tus páginas el fuego, el aire, la luz, las sombras de las notas de Wolfgang. Hubieras entonces sentido su numen arder, quemar tus entrañas, quedarte sembrado de encanto... Una



procesión de hormigas que sin gota de sudor trajinan. La lluvia, ahora, parece querer entrar en escena. Llueve. Quizás las gotas apaguen el fuego mortal de aquellas alas fugaces. Mas tal vez pueda mi Pluma ver surgir la mucosidad de las babosas, la viscosidad de los caracoles. Arrecia. Pero a pesar del martilleo de la lluvia, o tal vez a causa de él y con él mezclado, oigo rebullir en mis manos al Diario, y siento que quiere decirme algo. En efecto, dice:

—Me estaban dando ganas de hablar, incluso sin licencia tuya, de tus cosas... Vamos a ver, por ejemplo, de esa bella dama que... —y deja bien suspensa su sugerencia para que yo la confirme, pero como no le replico ni entro a su trapo, continúa con asuntos procesales, digamos así— ¡Porque, vamos! ¡Un diario que no hable de cosas íntimas...! ¡Vaya diario!

—No sé por qué tienes tantas ganas de hablar de lo que yo no quiero hablar —le digo, humedeciendo mi mirada con el aguacero.

—¡Oh, no soy digno yo, pobre diario, de que me confíen altos pensamientos! —se queja, con tal vez más sarcasmo que amargura.

—En este caso, son pensamientos bajos —le digo, y veo que cambia su faz apesadumbrada por otra nueva de malsana curiosidad.

—¡Ah! ¡Sí? —me pregunta excitado— ¡Cuánto, cuánto? ¡Cómo de bajos? ¡Rastreros? Ya sabes, en los diarios han de abundar obligatoriamente pensamientos rastreros, y más bien arrastrados...

—No sé, querido Diario, por qué te empeñas en tirarme de la lengua. Además..., insultas a personas que han escrito grandes diarios llenos de sabiduría... Pero, por otra parte, mira..., déjame, que iba a escuchar un quinteto de Wolfgang...

—¡La bella dama!

—¿Qué?

—Que hables de tu bella dama..., en la que estás pensando, aunque quieras hacerte el sueco.

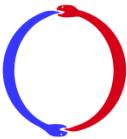
—Quería escuchar un quinteto lleno de ansiedad, de agitación... Un quinteto en el que Wolfgang...

—¡Tu damisela!

—Un quinteto cuya atmósfera inquieta sin saber por qué, que remueve las hojas de nuestro árbol interior.

—Te vas por las ramas.

—Mira..., escucha... Vamos a ver: ¿no oyes su viento, su torbellino de notas, la vorágine, la anarquía hermosa de los nervios sueltos...? —y a pesar de ser yo mismo quien le pregunto, no permito al Diario responderme. Veo encima de mi cabeza un rebaño de gaviotas que se desplazan. El sol acaba de salir del horizonte e ilumina con sus rayos la panza de las aves. Algunas graznan. ¡Qué fácil ser gaviota! ¡No escriben diarios! ¡No desean más de lo que obtienen! ¿No? ¿Cómo lo sé yo? ¿Cómo sé que alguna no quisiera ser tiburón o amapola? Bien..., esto parece ser una vía muerta... Lo cierto es que el sol, con sus oblicuos rayos tempranos, da como una capa lechosa y cálida a la panza de estas gaviotas que, agrupadas



a modo de rebaño volátil, cruzan ahora por encima de mi cabeza hacia una cercana pradera donde, al parecer, hay conciliáculo de gaviotas. Van aterrizando unas tras otras. Pasean orgullosas por encima de la hierba repleta de rocío, mirando de hito en hito a uno y otro lado. Algunas de ellas tienen entre sí, al parecer, ciertas diferencias dialécticas, con sus más y sus menos, pero la sangre, en todo caso, no llega nunca al río... Sí, es posible que alguna de estas quisiera ser tiburón y surcar esos mares sembrando terror en sus temibles aguas, pánico en sus pacíficas aguas, asombro..., sembrando con su paso asombro en las sombrías aguas de esos mares... O bien, amapolas. ¡Cómo no va a haber gaviotas que quisieran vestir las galas de la amapola! Por ejemplo, esta que tengo más cercana, un tanto despernancada ella, con toda su cabeza metida casi en su buche. Posiblemente odie ella su torvo pico y esté cansada de engullir pitanza escamosa entre la azafranada superficie de las olas saladas y turbulentas de los mares, y desee ardientemente vestirse del candor de la amapola para dárselo a los ojos de cualquier transeúnte... Vía muerta, sí, esto es una típica vía muerta... Veamos el quinteto, pues...

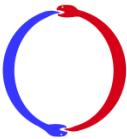
Pero pongo tu quinteto en el pebetero, Wolfgang, para que perfume el aire que respiro, y me encuentro mudo, y no encuentro verbo que esgrimir bajo mi techo asaltado por la profunda poesía de tu violín, por la viola y su drama, asaltado por el violoncelo de graves y a la vez ágiles vaharadas de vaporosas esencias sombrías que conquistan el vello de mi piel erizándolo, y apenas puedo pensar otra cosa que en esa música dialogada por las Musas a las que haces conversar a través de los arcos y las cuerdas, y dejo, incapaz de nada, arder el fluido sonoro y aromático del incienso de fragancia sagrada de tu voz para que, un vez más, acaricie la nariz y el olfato del tiempo...

Lleva sus manos a la cabeza el Diario, abre desmesuradamente sus ojos y me dice:

—Me siento avergonzado de lo que escribes en mis páginas..., de lo que escribes y de lo que callas... —pero le hago poco caso: qué importancia habría de tener un diario en blanco. En cambio, sí que tiene importancia la Musa, que me ha desamparado. Por lo que...

—¡Oh Musa, dime las palabras necesarias para sentir a Wolfgang! Porque me acuerdo ahora, querida Musa, de aquel cuarteto lejano, tal vez el número cuatro, en Do mayor, cuyo andante tan cantábil me ha hecho tantas veces abandonarme en los brazos de la paz...

Ese andante, ¡Dios mío, Wolfgang!, ese andante cantábil de tu cuarteto, cuyo canto me ha encantado desde la primera vez que lo escuché, ese andante encantador y lleno de candor..., escucha ahora mi oído ese celestial pasaje del violín..., ese andante..., dime, Musa, lo que siento, que yo solo



no lo sé, solamente puedo hallar paz, no me digas por qué, en esos amorosos brazos maternales de las cuerdas que me acunan. Tal vez sea esa sonora caricia melancólica..., ¡oh, ese pasaje del violín celestial...!, tal vez sea el violoncelo abriendo de par en par su frasco de bálsamo el que mitiga primero mi tos, mis telarañas después barre..., ¡dime lo que siento, Musa amiga, que yo solo no lo sé!, la viola casi inaudible acaso sea la que más restaña la herida..., pero..., ¡ese pasaje del violín que sube y sube al cielo!, ¡ese violín que lleva al cielo a la viola y al violoncelo!, ¡ese pasaje, Wolfgang, que me eleva sin querer del suelo! Ese pasaje... Musa: dilo tú, que yo no sé lo que siento...

—¡Pero vamos a ver! —se planta el Diario con energía—, ¿es que no vas a hablar de cómo quiere seducirte esa mujer? Parece como si solo te sedujera este Wolfgang...

—Seducir, seducir..., no sabes de lo que hablas, Diario..., no sabes de lo que hablas...

—Claro que sé de lo que hablo: que hay por ahí una mujer muy mona que te tira los tejos y tú te andas por el tejado y entre las ramas con tu caballero andante..., o con tus andantes o lo que sean...

—Y a ti parece que solo te interesen cuentos de viejas..., cuentos más viejos que las propias viejas...

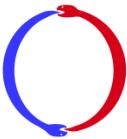
—Serán cuentos viejos, pero estoy seguro de que te encantaría, si no fueras un pusilánime de tres pares, hablar de tu amadora, y recrearte en su cabello y en sus ojos, y merodear por su boca y entre sus senos, y si no fueras...

—¡Detén ahí los bueyes, botarate! ¡Para el carro! —y sujeto con fuerza las páginas del Diario, cuya sangre siento correr por sus venas en mis manos. Y de pronto, oigo un vozarrón tras mi nuca, que con claridad meridiana me dice:

—¡Todavía no me he enterado bien de lo que pretendes hacer! —y rápidamente se suelta el resorte que tenía fijada mi mirada y mi atención en el papel que escribo, y giro hacia atrás mi cabeza buscando al dueño del vozarrón, pero solo hallo cerca la Magnolia. Tal vez haya sido esta, que harta de inclinarse sobre mis papeles y acaso sin ver nada limpio que pudiera entender, se indigna contra mí, posiblemente porque he dejado largo tiempo de admirar sus otrora hermosas magnolias blancas que, un tanto desvaídas ahora, peligran desplomarse en tierra abatidas por el incipiente látigo del otoño. Sin embargo, pensando de nuevo en aquel vozarrón, descarto a la Magnolia, y con ella a todos los árboles, pues estos hablan de otra manera, y descarto a los árboles porque reconozco finalmente que ha sido el Azar el que me increpa. Hace algún tiempo que no soplaban el Azar en mis orejas...

—¡Hombre, Azar! —le digo— ¿Precisamente tú no sabes lo que yo pretendo hacer, cuando eres tú el que me empuja a hacer lo que yo hago?

—¿No hablábamos antes de método? Aquí, en esto tuyo..., no hay método...



—No quiero métodos —le digo gesticulando con mi boca, mis manos y mis hombros— Hace tiempo que me eché en tus brazos, Azar, para que tú me guiaras... Por cierto, no sé por qué precisamente tú hablas de métodos, pues cualquier método, por mínimo que sea, es contrario a ti.

—Quieres que te guíe, —dice el Azar dándome una palmada en el hombro— pero me temo, querido mío, que no pueda ayudarte ahora —y abre desmesuradamente los ojos al continuar—: Estoy muy ocupado... Fíjate, tengo que llevar desgracias a diestro y siniestro por ahí, entre los hombres..., bueno, y también entre las mujeres. Así que estoy muy ocupado, adiós.

Y desaparece. Sin que él me lo diga, ya sé yo que poco puedo esperar de mi azar, ya sé que se ocupa poco y mal de mis cosas. En realidad, por otra parte, y si he de ser sincero, me entusiasma escasamente su visita, pues, las más de las veces, he quedado tras ella bendiciendo pocas veces su cortesía.

—¿Qué tal Salamanca? —me pregunta de improviso el Diario dando un como chasquido con sus hojas con la intención de despertarme del letargo en que he caído.

—Bien —le digo con indiferencia.

—¡Cómo que bien!

—Que está bien, que Salamanca está bien..., está en su sitio.

—¿Solo se te ocurre esa tontería?

—El río va por su cauce...

—¡Vamos! —se revuelve, se exaspera— ¡No eres digno de poner tus manos en mis páginas!

—Pero vamos a ver, ¿quéquieres, Diario?

—¿No visitaste las catedrales, San Esteban, las Conchas, la Universidad, la Plaza?

—Sí...

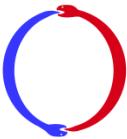
—¿La Casa de Santa Teresa?

—Sí...

—¿Y el convento de..., y la iglesia de...y el palacio de...y la torre de...?

—Sí, lo vi todo, pero en estos momentos estoy metido en otros pensamientos... Mira, no avanzo nada con Wolfgang, me queda un interminable rosario de diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas, topacios, aguamarinas, ópalos y ágatas... con las que Wolfgang esmaltaba sus papeles..., me queda una inmensa malaquita que cortar...

—Claro, claro..., te interesa más ese Wolfgang que el concierto que oíste en la Catedral Vieja, concierto en el que dialogaban dos encantadores órganos realejos..., claro, te interesa más Wolfgang que unos realejos... Esto es poco para Wolfgang..., a pesar de que te maravilló, ¡no lo niegues!, te maravilló la sencilla sonoridad de sus tubos trepando por la piedra de la nave hacia la bóveda..., ¡hacia qué bóveda, Dios mío! Claro, esto es poco



para Wolfgang... —y el Diario se sulfura al continuar increpándome—: ¡Otro gallo cantaría si hubieran interpretado obras de Wolfgang! No sé..., cuando escribes ciertas cosas cierro los ojos para no verlas, porque no quiero sonrojarme...

—¿Sabes qué te digo, Diario? —le pregunto mirando a otro lado— Que cierres lo que quieras; pero a ser posible, cierra la boca, que quiero pensar cómo voy a continuar...

—Pero entonces, hijo mío, —me dice su cara apenada— si cierro mi boca, ¿a dónde tengo que ir para leer tus pensamientos?

—En primer lugar, —le digo, irritado— no soy hijo tuyo, sino precisamente lo contrario: tu padre. Yo soy tu padre..., y además tu madre... ¡Y cuando seas padre, comerás dos huevos!

—¡Dios, qué pena de hombre! —se queda susurrando. Por un momento parece abatido por lo que él considera mi estupidez, pero pronto renace con nuevos bríos, y me pregunta, su cara llena de entusiasmo: —¿No vas a escribir de la Casa de Santa Teresa?

—Qué le pasa a la casa de Santa Teresa.

—¡Hombre, tú sabrás, que fuiste quien la visitó!

—Sí, y qué.

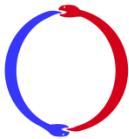
—¿No te gustó ya, de entrada, el zaguán cerrado? Recuerda, el zaguán... La casa estaba totalmente cerrada, pulsaste el timbre y un rato largo después..., recuerda, un rato largo después..., abrió la puerta una viejecita... Oye, siempre hay viejecitas detrás de las puertas cerradas de las casas viejas, ¿no? Y entonces empezó allí la visita... Toda la viejecita para ti solito, no había más visitantes... Empezó ella a contarte toda la historia de la casa... Ah, qué cosa tan entrañable era la casa, todo aquello... Y Teresa después allá arriba... ¡zas!, un éxtasis doloroso..., recuerda, la viejecita te subrayó con bastante vehemencia lo de doloroso..., y tras el arroboamiento de la santa, el vivo porque no muero y muero porque no vivo, y tal y tal.

—¿Ya acabaste? —le digo, cortante.

—No, no has empezado —me dice, sonriente.

—Pues yo no voy a hacerlo ahora...

—¡No me digas que no es hermoso! ¡Qué mujer! Hacía tiempo..., confíásalo, hacía tiempo que no leías de verdad el poema... ¡Qué mujeraza! ¡De pelo en pecho! Por cierto..., recuerda ahora la impresión que te causaron Las moradas del castillo interior... Poco a poco te iba calentando..., a medida que ibas leyendo te iba metiendo la santa en el bolso..., ¡qué maravilla de lenguaje y lo que decía! Y eso que ella declaraba de vez en cuando: no sé dónde me meto, hermanas mías, no sé lo que me digo y no sé si sabré salir de aquí..., y sin saber salir de allí, salía diciendo cosas impresionantes... Al final del libro, ¡recuérdalo y confíásalo!, al final estabas ya tan colgado de Teresa, te tenía tan metido en su bolsillo, o en su seno, te tenía tan metido, que te dio una horrible pena que el libro terminara, y que terminara como terminaba..., y..., ¡confíásalo!, confiesa que se te humedecieron las mejillas..., qué digo, lloraste como un tonto y sin saber



por qué, con su libro en tus manos, sin saber qué hacer con ellas, sin saber qué hacer con el libro..., y lloraste como un bobo, lloraste, lloraste...

—¡Bah, bah! ¿Dónde estabas tú para saber si eso es así?

—Estaba donde tiene que estar un diario: ni más ni menos.

—Bueno, en fin, ¿ya acabaste con Santa Teresa? ¡Porque, vamos!

—No, no he acabado porque no has empezado. Háblame del Vivo sin vivir en mí.

—¡Ja! Me haces reír. ¡Es que no se te puede dar la mano: coges rápido el pie!

¡Qué magnífico allegro di molto, Wolfgang, qué fuerza, qué invención, qué valentía! ¡Dios mío! ¡Esto es sangre! ¡Sangre, Wolfgang, sangre! Escribiste con sangre el allegro di molto de tu quinteto último, y la sangre que derramaste en él corre por él y arrastra a la par la mía. Y la haces saltar. Y creo que es de puro júbilo. Sí, rayos intensos y repentinos, fogonazos de sangre luminosa se disparan en tu allegro. Infinitas flechas de perfecta hechura amorosa y certera, de inmensa carga benéfica que hacen rebosar el cofre de mi entusiasmo con su toque. Oír el allegro de tu quinteto es largarse sudoroso y sediento a una fresca fuente de donde brota con alegría saltarina el agua reconfortante con que empapo mis labios y sacio mi garganta, donde empapo mis manos y mis brazos y sacio mi cerebro, en el que empapo mis ojos y con el que se sacia mi alma, porque de esa fuente mana la sangre de la tierra, la savia de la vida, la sangre y savia que brotaba de tu corazón y con la que a través de tus manos empapabas los pentagramas para que después éstos empapasen de savia y sangre mi corazón para saciarlo. Ah, tu último quinteto..., savia y sangre, sangre y savia vitales que quitan y matan la sed y el sudor, el sudor y la sed mortales..., y el sudor y la sed de los mortales. Pero oigo de reojo también, Wolfgang, tu quinteto anterior en sol menor... Y el alma me cae a los pies. Resaltas en él tanto, con la mayor belleza posible, la miseria de ser hombre mortal abocado a la nada...

—Pues recuerdo que en otro hermano mío... —interrumpe mi cavilación el Diario—, en otro diario hermano escribiste con entusiasmo mil cosas del viaje que hiciste a Egipto.

—Oh, eran otros tiempos.

—Tu entusiasmo por Egipto era tan largo como el Nilo, y más profundo..., si se ha de creer a aquel diario. Creo que debes de tener aún en la retina algún hipogeo.

—Alguno tendré en ella, no te digo que no.

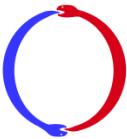
—Y no digamos nada de las mastabas...

—No digamos nada de ellas, pues.

—¡Oh, aquellos eran diarios!

—Sí, aquellos lo eran, Diario. ¿Qué más?

—Nada.



—¡Cómo que nada! ¿No vas a decirme ahora, querido Diario, qué es lo que tengo que escribir? —le digo, y en ese momento siento cómo se subleva en mis dedos la Pluma, que dice con voz enojada:

—¡Me estáis aburriendo con tanta cháchara infantil e insulsa! ¿Para esto voy a estar yo a vuestro servicio? —y veo entonces que el Diario, pestañeando ostensiblemente, se aleja un tanto de mi mano y de la acerada y tintórea punta de la Pluma, y algunas de sus hojas tiemblan, como si una repentina y fuerte corriente de aire hubiera abanicado su brusquedad de forma excesivamente inamistosa. Por mi parte, hago poco caso de estos detalles, digamos de intendencia y, aunque lamento algo que mi propia Pluma me recrimine, no me corta realmente el aliento de su enojo.

—¡Pues debería importarte, carajo! —exclama la Pluma leyendo mi pensamiento— ¡Debería importarte! —repite con redoblada exclamación la péñola irritada, y añade—: Porque si no te importa que yo esté a gusto o disgustada, vas a tener problemas. ¡Quién te dice a ti que no pudiera yo ponerme en huelga, o echar en tus papeles borrón tras borrón de tinta!

—Oh, querida Pluma —le respondo—, entonces sería tal vez mejor, pues en vez de escribir, pintaría..., y ya sabes que una imagen vale más que mil palabras...

Por su silencio, se colegiría que mi argumento, aunque traído por las orejas a esta palestra, acalla momentáneamente su lengua plumífera. Si acaso, solamente se le oye, por toda respuesta, un inaudible y despectivo ¡bah! que nada significa.

—¡No crees —insisto— que mil palabras valen menos que una imagen?

—¡Lo creéis vosotros? —les pregunta a mis dedos. Pero mis dedos no pueden responder entonces porque, en el mismo momento, su atención queda allí interrumpida para prestársela a las gaviotas, las cuales, al unísono (si es que se puede decir así), remontan de improviso el vuelo para conquistar el azul. El sol oblicuo dora de nuevo sus panzas. Sí, parece ser que se ha dado cerrojazo al conciliáculo de las gaviotas.

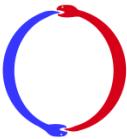
Vuelvo mis ojos al cuaderno, pues acaban de sugerirme las aves braceando en los aires el andante del concierto de Wolfgang, pero noto entonces que los ojos del papel están fijos en los míos y mantienen firme su mirada...

—No sé por qué rehúyes tanto —me dice la mirada del Diario— hablar de esa dama que se interesa acaso por ti... A mí me parece una persona simpática.

—Ah, ¿sí? —le digo displicente.

—Simpática, a la par que hermosa, y no menos hábil y dinámica.

—¡Oh, Diario! ¡Qué impertinente eres! Además..., cómo sabes tú todo eso, que vete a ver lo cierto que sea...



—¿Cómo no voy a saberlo? ¡Me has manchado tantas veces con tus pensamientos!

—¿Cómo sabes tú todo eso, que además no creo que sea cierto?

—¿El qué? ¿Que no es dinámica y hábil? ¿Que no es hermosa y a la par simpática?

—Y bien, ¿es hábil y dinámica? ¿Simpática y hermosa?

—Yo solo sé lo que tú piensas.

—Espera, espera..., eso otro... ¿Cómo dices, Diario, que te mancho con mis pensamientos? Reconozco, es cierto, haberlos tenido a veces no del todo limpios, pero tú estabas entonces lejos...

—¿Pero crees tú que es óbice la distancia para la perspicacia de un diario astuto?

—Y tú eres un diario astuto, claro...

—Algo se me habrá pegado.

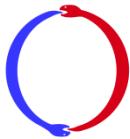
—Mira, lo que yo creo es que eres un arrogante montón de celulosa..., un lenguaraz cúmulo de madera deslenguada... Eso es lo que eres, un necio amasijo de leña...

—¡Ea! ¡Admitámoslo! ¡No voy a negarlo ahora! Aunque no sea del todo, o casi nada cierto lo que dices de mí. Pero admitámoslo. Bien, pero...

Dejo de escuchar al Diario porque en ese momento una ráfaga más fuerte de lluvia y viento impacta con estruendo en mi cristal. Me gusta la lluvia. No sé muy bien por qué, pero me gusta su invasión, sea ruidosa esta o silenciosa. Debo de tener corazón vegetal, pues me alegra y reconforta, como a todas las hojas, el licor de los cielos. O, vísceras de caracol o de babosa. Tal vez tenga dentro vísceras de babosa ansiosa de humedad, y como ella, saque de mi interior el gozo para que repte por la superficie perlada de la hierba tras la lluvia. O como el caracol..., que nunca sale con paraguas... Pero he dejado al Diario con la palabra en la boca...

—¿Qué decías, Diario? —le pregunto a mi montón de celulosa. Él se queda mudo, como si no me oyese, o como si el ruido de la lluvia, ahora que he abierto mi ventana, ensordeciera su pensamiento. Tal vez el continuado martilleo de las gruesas gotas de agua que impactan en todo le cohíban, y se niegue a hablar, pues no quiere compartir su sonido con el sonido de la lluvia cantarina. Dejo, pues, de pensar en el Diario. La lluvia lleva sonido de humedad a mis recuerdos líquidos... Intento ahora, Wolfgang, recordar cuándo, cómo, dónde oí por vez primera el andante en fa de tu tercer concierto en do para piano...

Y no consigo recordarlo, Wolfgang. Pero importa poco que no pueda recordar cuándo, cómo o dónde lo oí por vez primera: yo sé que lo he oído desde que he podido oír. Porque cuando hay por ahí flotando cualquier pincelada de belleza, está sonando tu andante. Cuando esa lluvia fina e inaudible..., cuando la noche pare al aire ese misterio oscuro del rocío para perlar las telas de las arañas todas, cuando el sol se esconde tras un velo o



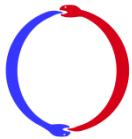
la luna ríe, entonces está sonando tu andante. Cuando bailan contradanzas las espigas de avena entre el viento, cuando el aire se marea con el raudo vuelo de la vertiginosa golondrina, cuando despunta la violeta o se balancea el sauce, cuando trepa ágil la ardilla..., entonces está sonando tu andante. ¡Juegas con el cosmos, Wolfgang! No: ¡acaricias el cosmos! No... ¡No: acunas al cosmos entero para que duerma con lánguida y prolongada y melancólica sonrisa su sueño! Pasas y repasas tu amorosa mano llevando en ella tu andante por la cabellera del universo, y le das con tu mano el aliento necesario para que subsista, para que gire, para que viva su sueño, los ojos cerrados y en paz. Y de tu mano acariciadora sembrando con tu andante las semillas de la hermosura por doquier, nacen las estrellas y las flores, y todo rezuma gracias a tu andante savia, y nace y renace con la magia de tus modulaciones el misterio de lo sagrado. Das, Wolfgang, al que escucha tu andante la ternura del enternecedor oro de tu alma, y le haces paladear esa pálida nostalgia del cielo con que mirabas las cosas. Mas yo no puedo mirarte a ti. No aguento mi mirada en tu mirada. Me da miedo. Me da miedo ver algo tan grande. Me da miedo ser tocado por Dios. Y cierro los ojos para no ver en tu mirada el aroma de Dios. Pero tu andante, Wolfgang, me abre el olfato interior, que se embriaga, casi sin querer, de ese aroma de Dios que canta con el canto de tu andante.

—¡Ya está bien de tanta apología del Wolfgang ese, y en esos términos! —exclama, al parecer hastiado, el Diario dando un manotazo brusco en sus propias hojas, e insiste con redoblada aversión y no menor enojo— : ¡Me niego a que sigas pasando esas cosas a mis páginas! —y en ese mismo momento, la Tinta con la que escribo, un tanto ruborizada, osa decir con cierta inocencia:

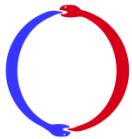
—¿Queréis creer, amigos, que he sentido, al derramarme por esos párrafos, unas como cosquillas por todo mi cuerpo que han llegado a estremecerme? —dice, y el Diario, incrédulo, le arroja dos veces su desprecio:

—¿Estremecerte? ¿Estremecerte?

—Sí, hombre, —le contesta con energía líquida la Tinta—, estremecerme. Me estremeció, ¿o es que no puede estremecerse una cuando se estremece? —y ambos, Tinta y Diario y Diario y Tinta, se enzarzan en asuntos espinosos, de los cuales no queda constancia fehaciente porque mi atención ahora ha sido llamada por el fuerte golpe de mano con que el sol está asestando a los últimos soldados del ejército de la lluvia, que, batiéndose en retirada bajo el empuje de las huestes de la luz, va dejando el campo de batalla sembrado de cadáveres que riegan con sangre incolora su faz. La magnolia, la higuera, el arce, ya bien duchados, disponen adecuadamente sus hojas a recibir la toalla del sol. También las hojas de mi Diario parecen que relajan su nerviosismo, tal vez debido a los casi siempre llamados rayos benéficos del astro del día, y se disponen a aspirarlos...



He ido en un momento a la higuera, allá abajo. El otoño de este año ha hecho henchirse de higos orondos que rebosan frescura y miel. Debe de ser por esta por la que he de disputar a las hormigas y a las aves los higos, cuya carne semilíquida, mucosa, es objeto de deseo claro por ambas partes: mis animales y yo mismo. Tal vez sean los mirlos con los que he de sostener la guerra más sanguinaria. No sé, sin embargo, si los mirlos de otros aspiran a sus higos, pero hay que reconocer que los míos, los mirlos míos, aspiran con gran tesón y probablemente mayor denuedo a mis higos, y a causa de ellos, a causa del tesón y del denuedo, engullen y transvasan a su panza, a la panza de los mirlos, más carne mucosa y mucilaginosa, pero a pesar de ello, melosa, que yo. No son, bien es cierto, mancas precisamente las hormigas en cuanto a tesón, no, y diría sobre este aspecto, sin empacho, que no solo no son mancas, sino que tienen tres brazos, al menos, en lo que a tesón se refiere. En cuanto al denuedo de las hormigas, confieso no habérselo aún medido. Pero tengan más denuedo que tesón, o viceversa, el caso es que son las hormigas unas gélidas contrincantes mías en la rebusca de los más dulces higos de mi oronda y henchida higuera. Por cierto, no he observado con detenimiento qué hace una hormiga dentro de un dulce higo. Porque tengo entendido, tal vez me equivoque, que la hormiga ase con sus mandíbulas la presa y la transporta, más o menos procesionalmente, al hormiguero. Pero en el caso de marras que nos ocupa ahora, parece juicioso pensar que la presa, ese meloso mucílago del higo maduro, habría de deshacerse literal y dulcemente en las mismas mandíbulas que la asen, o tratan de asirla, para después, bastante menos procesionalmente de lo que parecería, transportarla al hormiguero. Y entonces, como ella, la hormiga, piensa que su presa es no transportable, que esto sí que puede pensarlo hasta una hormiga, que no es transportable, aunque sea en una perfecta procesión, debe sencillamente comerla, engullirla, digo devorar al pobre higo, al pobre higo maduro. Tal vez me equivoque. No, no descarto mi error. Pues, pensándolo dos o tres veces, si la hormiga se emborracha del tan dulce como mucoso mucílago del maduro higo, ¿cómo va entonces a estar después en condiciones aceptables para buscar otras presas y transportarlas al lejano hormiguero, aunque de la procesión ya ni se acuerde? ¿Y si el general o el comandante del ejército de las hormigas ve tambaleándose a este soldado super raso y echando por esa boca sin pizca de honor eructos y bocanadas de dulzor mucoso y meloso...? Vía cerrada... Esto no da más de sí... Y el caso es que me he olvidado de los mirlos... Se podría empero preguntar por qué hablo de mirlos, o qué me hace pensar que son tales, y no cuervos, urracas, arrendajos o cotorras; u otras aves. Sí, se podría pensar..., pero me importa una higa que se piense: mirlos son, que no urracas ni jilgueros, los pájaros que endulzan sus picos en mis higos. Y mirlos, los que, de camino, acibaran mi paladar. Porque no menos que acíbar puede segregar uno cuando, después de esperar largos invierno, primavera y verano, llega un pródigo otoño preñado de higos para parar en el pico voraz de un hambriento mirlo. Porque es voraz de verdad ese pico. Y me consuela poco que, sin parar en barras, ese amarillento pico, por



hermoso que parezca al que no tiene higos, barra cualquier rastro del dulce y mucilaginoso higo arrastrando con él, con el pico, incluso a las borrachas hormigas ebrias de dulzor que seguían engullendo miel en las vísceras semilíquidas del higo, de mi higo. Y aquí hemos vuelto a la laboriosa hormiga, que llegó a la higuera en admirable procesión, pero que se va a marchar de ella, de la higuera, con escasa honra y, además, volando. No sé si se entiende que va a marchar volando, porque el mirlo... Sí, creo que se entiende. El caso es que, a la viceversa, no lo sé; pero lo que sí sé es que hay mirlos que se comen hormigas en las higueras. Mas, como me digo, esto me aporta escaso consuelo, porque yo no como ni mirlos ni hormigas, pero sí higos. Y no hago ascos tampoco a las brevas. Por cierto, no sé si las higueras de otros dan también brevas. La mía, en todo caso, creo que sí. Unos, los higos, y otras, las brevas, como es bien sabido, se suceden en el tiempo y en la higuera misma. Pero no es fácil dilucidar quién va primero. Y para más inri, no deja de ser fatigoso tener que andar metido en estas harinas de averiguar, primero, por qué un mismo árbol da dos frutos distintos; y segundo, cuál de ellos es el uno y cuál el otro. Otro aspecto, antes de que se me olvide, que quería promover es: ¿las hormigas y los mirlos prefieren más las brevas que los higos?, ¿los higos que las brevas?; ¿las hormigas prefieren más los higos y los mirlos las brevas?; ¿prefieren las hormigas más las brevas y los mirlos los higos?; ¿o son los mirlos los que...? Volviendo al inri de antes: sí, parece sencillo saber que la breva va antes del higo. Pero, ¿qué ocurre si al tiempo del higo sale de la higuera una breva? ¿Es higo o breva? ¿Y si la segunda cosecha es, ni más ni menos, de brevas, cuando todo el mundo sabe que la higuera da en segundas nupcias, y perdóneseme este tropo, higos? ¿Qué pasa entonces: son brevas o son higos? Lo que digo, que causa una fatiga de órdago esto de la higuera. Árbol caprichoso donde los haya, nace para sembrar más dudas que higos y brevas juntos. Un peral, por ejemplo, da peras, y peras pero que muy peras, y nada más que peras. ¿Qué decir de un manzano? Pues lo mismo (no quiero decir que un manzano dé peras, sino...) Pero la higuera..., ahora que viene el otoño, ¡zas!, allá van higos; más tarde, cuando venga la primavera, ¡toma brevas! Hay poca seriedad en un árbol así. Pero investiguemos en profundidad por qué la breva es breva y el higo, higo. Investiguemoslo, sí... Pero..., ¡tal vez es esto lo que han estado durante toda su vida investigando los mirlos y las hormigas en las higueras!

—¡Hombre, Diario! ¡Despiertas!

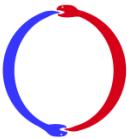
—¿Qué? ¿Dónde estoy? —pregunta asustado y aún somnoliento el Diario restregándose con energía sus ojos— ¿Me he quedado dormido?

—Como un lirón... ¡No veas cómo roncaba!

—Yo no ronco.

—Cómo que no. Y además de roncar, soñabas, soñabas en voz alta, y bien alta.

—¿Soñaba? Yo no sueño. ¿Qué decía?



—¿Cómo dices que no sueñas y después preguntas qué decías en el sueño? —le hago ver su pequeño desliz, pero como ignora sus deslices, no replica. Continúo: —Hablabas de hormigas y de mirlos, de brevas y de higos...

—Algo me suenan esas hierbas...

—Sí, querido Diario, tenías una pelotera de higos y de mirlos, de hormigas y de brevas, todo ello en torno a una higuera, de padre y muy señor mío. Un buen galimatías que ya me estaba dando grima, y si no te hubieras despertado tú solo, te hubiera dado un coscorrón a ver si despertabas, porque, la verdad sea dicha, aunque cuando estás en vela me desvelas con tus impertinencias, prefiero que estés, a pesar de todo, en vela a que sueñas dormido en voz alta, porque tu alto sueño, Diario, me desvela más, y no sé si sabré después conciliar el sueño con mis ojos, o más bien, no sé si sabré reconciliarme con...

—Bueno, bueno... ¡Vale ya, hombre! Veamos: ¿has empezado ya a contar tu historia de amor en mis páginas mientras estaba yo algo adormilado?

—¿No lo sabes tú, precisamente?

—Pues no. ¡Como me he quedado un ratito así!

—No sé, me da el olfato que tú, aunque dormido, debes de tener abierto un ojo para vigilarme.

—Bueno: ¿empezaste o no empezaste esa historia?

—Casi no sé a qué te refieres.

—Eres un cínico de grueso calibre... Parece que lo que pretendes es escribir chorradadas sobre ese Wolfgang, o lo que sea, para evitar escribir una hermosa historia de amor, o si quieras, una historia de amor hermoso.

—No tengo una hermosa historia de amor que contar, porque no tengo una historia de amor hermoso a mis espaldas...

—¡Pues la tendrás a tus pechos!

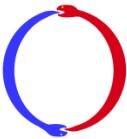
—No tengo pechos suficientes para las historias de amor hermosas...

—¡Pues no serás nunca nada ni nadie! ¡Y yo, un diario vulgar y anodino que jamás hará parpadear ni al más benigno de los lectores! No serás nada si en mis páginas no escribes con sal y con gracia y con pasión y con fuego mismo la historia de tu hermoso amor...

—Querido Diario: las historias de amor pudieran ser tal vez, algunas, hermosas... Pero cuanto más hermosas, más mentirosas. Porque dudo razonablemente que las historias verdaderas de amor sean verdaderas historias de un amor verdaderamente hermoso.

—¡Retórica! ¡Dialéctica! ¡Sofística! —exclama el Diario, fingiendo, creo yo, su indignación, y continúa: — ¿Y eso por qué? ¿Por qué no puede haber una historia hermosa de un amor también hermoso?

—En primer lugar, porque el que escribe, miente. En segundo lugar, porque el que siente amor, amor hermoso, no puede escribir. En tercer lugar, ¿qué tienen que ver las palabras con el amor? El amor se siente, o no se siente. Y te ataca, por así decir, el corazón, y no la boca. Y si no te invade, eres libre para pensar, para hablar y para escribir; es decir, para



mentir. Y si te invade esa hermosura del amor, te echa llave a la boca, te la cierra, te la sella, te deja incapaz de articular palabra balbuciendo un no sé qué.

—Solo dices una cosa, y esa, de forma sofística.

—Bien, cerremos este asunto...

—¡No! ¡No lo cerremos! Vamos a ver..., ¿es que no puedes mojar tu Pluma en fuego y escribir en mis páginas...?

—Te quemaría, Diario, arderías. Te abrasaría.

—¡Prefiero chamuscarme de amor que consumirme quemado por el hielo!

—¡Oh Diario! ¡Dios mío!

—Lo prefiero..., la verdad.

—¡Dios mío!

—Pues te juro, amigo mío, —me dice, apretando sus palabras en la boca— que alguna vez..., cuando duermas..., cuando estés despistado, o enredado en las telarañas de tus nubes noc..., cuando estés colgado de las ramas...

—¡Qué!

—Te juro que haré un pacto a tres con la Pluma y la Tinta, y hablaré de tu historia de amor...

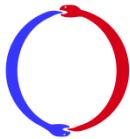
—Baladronadas... ¿A mí, aquí y ahora, con baladronaditadas? —le pregunto, intentando mostrarle mi poco aprecio por su desafío. Levanto entonces al cielo los brazos, y exclamo: —¡Oh Musa, dime las palabras necesarias para acallar a este necio! —continúo aún con otra exclamación, extendiendo al este y al oeste mis brazos: —¡Tú, Azar mío, oblígame a cubrir de silencio las fauces de este zoquete! —y finalmente suplico, no sé muy bien a quién: —¿Por qué no destináis mutismo a mi Diario, que con su socalaña me está desviando constantemente de mi camino?

Pero solo se digna responderme el Tiempo (que, por otra parte, siempre es el que contesta a todo). En un momento, de forma un tanto vertiginosa, el Tiempo se revuelve, o se arremolina en el aire, y se me planta delante echándome a la cara el siguiente exabrupto enigmático:

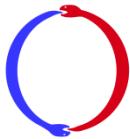
—No tengo tiempo. —Dice, y añade con no menor enigma: —Estoy ebrio de sueño...

Así pues, si la Musa y el Azar me dan la callada por respuesta, si el Tiempo no tiene tiempo para atenderme..., pero ¡cómo! ¡El Tiempo no tiene tiempo!

Y entonces, atreviéndome por primera vez en mi vida a ser descortés y un no sé qué de malnacido, agarro bruscamente por los pelos al Tiempo y le arrojo al rostro estos o semejantes denuestos:



—¡Cómo es eso, mala pécora, de que no tienes tiempo, oh Tiempo, de acoger bajo tus alas a un polluelo desvalido como yo, nacido de un huevo de tu mismo útero! ¡No ves que apenas tengo plumas y cualquier altanero gavilán podría cerrar sus aceradas garras sobre mi tierno plumón indefenso, y transportarme a los aires, lejos del nido! ¡Cómo es eso, insensato y loco padre de todos, cómo es posible que hayas osado embriagarte, precisamente tú, de ese salutífero licor, el sueño, tal vez el único del que se te ha vedado beber ni una gota! ¡No ves que si tú duermes, ebrio, la Parca entonces campará a sus anchas! Ahora me explico..., claro, ahora ya sé por qué razón algunos hijos tuyos, que no deberían haber jamás muerto, fueron dolorosamente pronto segados por la guadaña... Como Wolfgang... ¡Claro! ¡Estuviste bebiendo, descastado tiempo, sueño y sueño como si fuese agua, y te emborrachaste, y te dormiste, y la Parca, bien afilado su instrumento para hacer correr lágrimas, segó la flor más hermosa, incluso mucho antes de haber llegado a su máxima floración!



Créditos de fotografía e ilustración

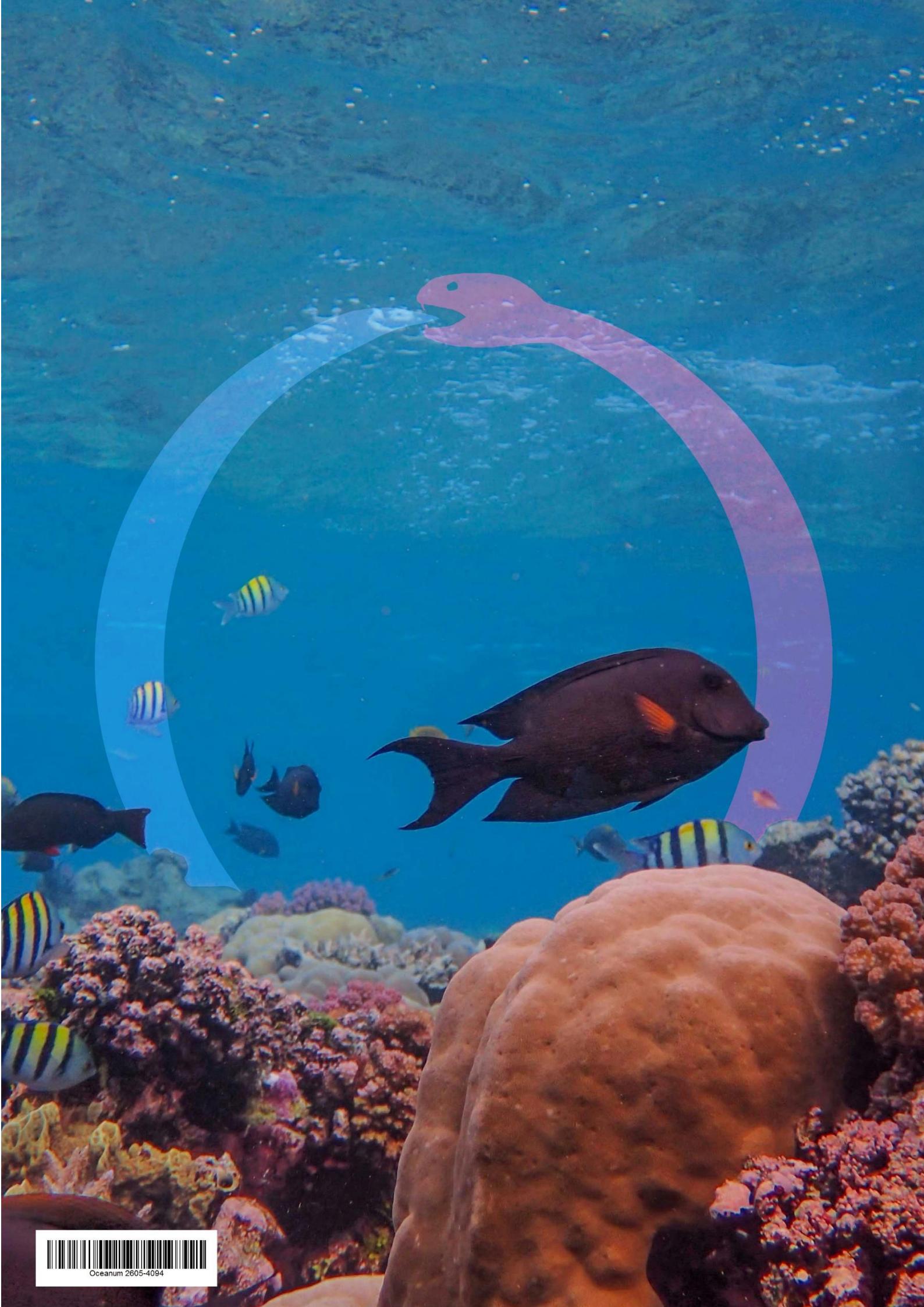
índice



Portada y contraportada de Francesco Ungaro
(*Underwater Voyages without tank*)

- | | | | |
|----|-----------------------------|--------|-----------------------|
| 10 | ProtoplasmaKid | 49 | Mark Harpur |
| 13 | Warren | 50 | EDHASA |
| 15 | Francisco Pacheco | 52, 53 | SER |
| 16 | Valentin Carderera y Solano | 53 | Bill Ingalls |
| 16 | Juan Bernabé Palomino | 54 | COPE |
| 18 | Mr. Tickle | 59 | RAE |
| 21 | William Sonmans | 60 | power axle |
| 31 | Thomas Jarrand | 85 | galaxim |
| 35 | latintadealmansa | 86 | Hannah Reding |
| 38 | Venti Views | 93 | Dhaya Eddine Bentaleb |
| 41 | Zoltan Tasi | 102 | Stephany Lorena |
| 43 | Patrick Gillespie | 107 | Eugene Chystiakov |
| 45 | Maria Budanova | | |

Con el agradecimiento de OCEANUM



Oceanum 2605-4094